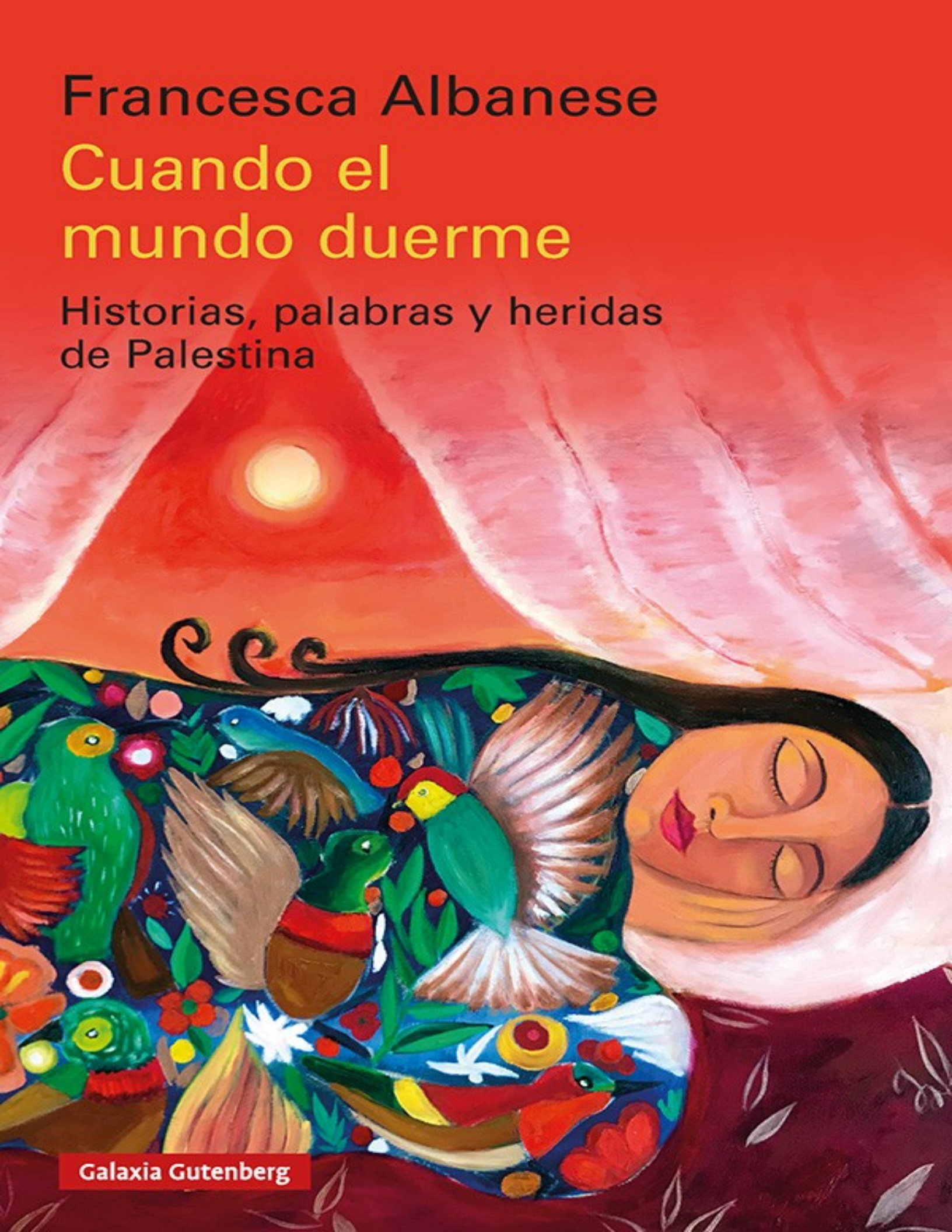
Francesca Albanese

Cuando el mundo duerme

Historias, palabras y heridas de Palestina



Galaxia Gutenberg



© Antoine Doyen

Francesca Albanese es relatora especial de la ONU sobre la situación de los derechos humanos en los territorios palestinos ocupados. Jurista, profesora y estudiosa, ha trabajado para la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos y la Agencia de la ONU para los refugiados palestinos. En el ejercicio de estas funciones, ha asesorado a las Naciones, a los gobiernos y a la sociedad civil en Oriente Medio, el norte de África y Asia-Pacífico. En 2020, publicó *Palestinian Refugees in International Law* y en 2023 *J'accuse*.

Si hay una voz lúcida, crítica, implacable, en contra de las políticas de *apartheid* que Israel ha aplicado a los palestinos en la Franja de Gaza y Cisjordania, si hay una voz que se ha oído y se oye en el mundo entero cuando se trata de defender la verdad acerca del genocidio –reconocido como tal por las Naciones Unidas– perpetrado al pueblo palestino por parte del ejército israelí, esta es la voz de Francesca Albanese, jurista internacional y relatora especial de la ONU sobre la situación de los derechos humanos para el territorio palestino ocupado.

Se habla de «conflicto» palestino-israelí, pero no puede hablarse en esos términos cuando, como señala Albanese, las posiciones de ambos países «son estructural e históricamente desiguales, y cuando hay una parte que ocupa, saquea y oprime mientras que la otra es ocupada, saqueada y oprimida».

Cuando el mundo duerme es un valiente testimonio de la cruda realidad de un pueblo que ha sido ilegalmente ocupado, violentado y arrasado. Diez historias, cuyos protagonistas establecen un *diálogo* con la autora, abren una reflexión y nos plantean preguntas a las que es necesario darles respuesta: ¿cuáles son las consecuencias de la ocupación? ¿Dónde está el hogar de un refugiado? ¿En qué condiciones vive el pueblo palestino? Y ahora que la paz parece estar cada vez más cerca, ¿habrá un Estado palestino? ¿Tendrán los palestinos derecho a la autodeterminación, que incluye la soberanía y la independencia nacional, y podrán vivir en paz, libres, por fin, de las coacciones de Israel? Estas son preguntas que no podemos eludir y que, a través de los personajes y lugares de este libro, nos ayudarán a comprender lo que fue Palestina antes del 7 de octubre de 2023 y lo que es ahora.

FRANCESCA ALBANESE

Cuando el mundo duerme

Historias, palabras y heridas de Palestina

Traducción de
Mónica Monteys

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original:
Quando il Mondo Dorme. Storie, parole e ferite della Palestina
Traducción del italiano: Mónica Monteys

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2026

© Mondadori Libri S.p.A.,
publicado inicialmente en Rizzoli, Milán, Italia, 2026
© de la traducción: Mónica Monteys, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada:
Última noche en Gaza © Malak Mattar
Esta artista es una de las protagonistas del libro.

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-08-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice de contenido

Introducción. ¿Es la solidaridad una declinación política del amor?
1. Hind. ¿Qué es la infancia en Palestina?
2. Abu Hassan. ¿Cuáles son las consecuencias de la ocupación?
3. George. ¿Qué significa vivir en Jerusalén?
4. Alon. ¿Cómo se reconoce a un antisemita?
5. Ingrid. ¿Cómo se acaba con el *apartheid*?
6. Ghassan. ¿Hasta dónde puede llegar la crueldad de un genocidio?
7. Eyal. ¿Cómo se calculan las condiciones que conducen a la destrucción de un pueblo?
8. Malak. ¿Dónde está el hogar de un refugiado?
9. Gabor. ¿Por qué es tan importante preservar la memoria de un pueblo?
Conclusión. El vicio de la esperanza
Agradecimientos
Bibliografía
Notas

Nota aclaratoria:
Todas las cifras de muertos y heridos que aparecen en este libro se remontan a la primavera de 2025, pero lamentablemente la situación en Gaza y Cisjordania se ha deteriorado drásticamente desde entonces.

Por primera vez me siento verdaderamente indignada.
Indignada por la indiferencia.

La violencia de este genocidio, la manera en la que ha entrado
en nuestra vida cotidiana
y ser consciente de que a algunos no les ha afectado en absoluto
mientras que otros han quedado devastados.

Pensar que me encuentro de nuevo ante funcionarios
de países que –todos juntos, y algunos más que otros– podrían detener todo esto.
Bastaría un simple gesto.

Me siento indignada y decepcionada,
como a menudo me sucede en esta sala,
al ver que muchos de ustedes siguen repitiendo el mismo discurso.

Por supuesto que condenamos el ataque de Hamás,
por supuesto que expresamos nuestra solidaridad con las víctimas israelíes.
Por supuesto que pedimos la liberación de los rehenes.

Pero ¿es posible que tras la matanza de
cuarenta y dos mil personas en Gaza
todavía haya alguien que no sea capaz de empatizar con los palestinos?

Pues bien, aquel de ustedes que hoy no ha dicho ni una sola palabra
sobre lo que está sucediendo en Gaza
pone en evidencia que la empatía ha desaparecido de esta sala.
La empatía es el pegamento que nos une como humanidad.
Y no es una cuestión de caridad hacia los palestinos.
Es una cuestión que tiene que ver con el respeto a sus funciones,
y eso implica también la obligación de sus Estados
de garantizar con firmeza la aplicación de la Convención sobre el genocidio para prevenir este crimen.

Así pues, si es cierto que hoy estamos aquí con la intención
de honrar el derecho internacional,
no queda otra opción que imponer sanciones a Israel,
revisando los vínculos diplomáticos, económicos,
políticos, militares y estratégicos
que mantenemos con este Estado.

Y que este sea el último genocidio en la historia de la humanidad.

FRANCESCA ALBANESE,
Extractos del discurso en la
Asamblea General de la ONU,
30 de octubre de 2024

Introducción

¿Es la solidaridad una declinación política del amor?

> Me convertí en refugiado a los diez años. En mi cabeza de niño me preguntaba por el enemigo invisible que me destruía la vida. ¿Qué aspecto tenía? ¿Era un ser humano o una bestia? ¿Por qué me había convertido en refugiado? ¿Qué le había hecho yo? ¿De dónde venía? ¿Qué lengua hablaba?
>
> SALMAN ABU SITTA, *Mapping My Return*

Últimamente he pensado en Orwell. Su famosa proclama, según la cual «la guerra es paz, la libertad es esclavitud, la ignorancia es fuerza», nunca me ha parecido tan actual y pertinente como en el debate de estos meses sobre Israel y Palestina.

Mucha gente, por ejemplo, sigue hablando de lo que ocurre en Gaza como si se tratara de un «conflicto». O peor aún, de un conflicto que comenzó el 7 de octubre de 2023. Esta lectura pone de manifiesto toda la superficialidad de quien empieza un libro por la mitad e ignora muchas páginas que guardan rastros de sangre y dolor: una historia cuyas raíces, en realidad, se hallan mucho más atrás, y que sigue siendo ignorada.

Así como sigue siendo ignorado y sordo el clamor de justicia que el pueblo palestino lleva casi un siglo reclamando por el régimen de *apartheid* que lo oprime desde hace generaciones, y por el tormento absurdo de lo que está sucediendo desde finales de 2023, y sigue sucediendo incluso después del supuesto alto el fuego entre enero y marzo de 2025: un genocidio en toda regla.

El horror en Gaza no tiene precedentes. Cuando digo que Israel está escribiendo una de las páginas más oscuras de su historia, comparable a los genocidios del pasado, muchos me responden que aún no se puede afirmar con certeza, que es preciso esperar el veredicto de la Corte Internacional de Justicia. Pero la Corte –el órgano responsable de resolver las disputas entre los Estados y suministrar opiniones consultivas sobre cuestiones de derecho internacional– ya declaró, en enero de 2024, el riesgo de genocidio, y ordenó a los Estados que tomaran medidas para detener los actos genocidas de Israel. Sin embargo, muchos países no parecen comprender esto, o lo ignoran deliberadamente. El tratado internacional se llama Convención para la *Prevención* y la Sanción del Delito de Genocidio. ¿Cómo pueden prevenirlo los Estados si no es actuando con prontitud cuando surge la amenaza (tal como afirma la Corte Internacional de Justicia)?

Y si dejamos a un lado el aspecto legal, ¿cómo es posible no alzar la voz frente a atrocidades tan despiadadas?

Cuando, en mayo de 2024, estaba en Berlín, pocas semanas después de haber presentado el informe «Anatomía de un genocidio» ante la ONU, yo era aún una voz incómoda, por denunciar en estos términos los crímenes que Israel estaba cometiendo en Gaza. Salvo el caso pendiente iniciado por el gobierno sudafricano ante la Corte Internacional de Justicia en diciembre de 2023, en el que acusó a Israel de cometer actos de genocidio contra la población palestina de Gaza, no había prácticamente más literatura sobre el tema.

Algunos estudiosos ilustres, como el historiador Raz Segal, hablaron de ello inmediatamente después del 7 de octubre, pero eran voces aisladas. Otro conocido historiador israelí, Ilan Pappé, ya denunció en 2006 las prácticas israelíes en la Franja de Gaza, que tachó de *incremental genocide*: un genocidio que gradualmente aumenta su violencia e intensidad. Y, sin embargo, dentro de las Naciones Unidas nadie osaba pronunciar esa palabra prohibida con respecto a Israel. Nadie, excepto yo y algunos otros relatores y relatoras de la ONU, sobre todo aquellos procedentes de países de mayoría global (o del sur global), para muchos de los cuales aún pervive el trauma de la colonización y los genocidios que los europeos perpetraron durante medio milenio, desde Latinoamérica hasta África y Asia.

«Anatomía de un genocidio» fue el primer informe que suministró a las Naciones Unidas una denuncia articulada del hecho de que las operaciones

militares israelíes en la Franja revelaban la intención de aniquilar Gaza, de destruirla por entero. En Berlín, donde tenía prevista una serie de encuentros y conferencias, fui acogida con enorme interés por parte de la sociedad civil y la comunidad de los *think tanks* alemanes.

Menos de un año después, con motivo de una nueva serie de actos públicos, la acogida en Alemania fue muy distinta. Hoy, son muchísimas las voces que apoyan mi versión de los hechos y su calificación jurídica como genocidio, ocupación ilegal, asentamientos coloniales y *apartheid*, entre otros delitos atribuibles al Estado de Israel. Pero la represión contra el mensaje que transmito, de mis funciones y de mi persona, ha aumentado considerablemente, como la intolerancia en el debate sobre la cuestión israelí-palestina. Entonces, ¿qué es lo que ha cambiado?

Justo antes de llegar a Alemania, en febrero de 2025, los dos actos universitarios en los que debía participar en el país fueron cancelados por presiones políticas. El primero –una clase en la Universidad de Múnich– fue suspendido de inmediato. Sin embargo, gracias a los estudiantes, conseguí impartir la clase en un centro de acogida para refugiados que no depende del gobierno, sino que se financia con fondos privados, y cuenta con un director valiente que no cedió a las presiones.

También en la Universidad de Berlín debería haber impartido una conferencia junto con Eyal Weizman, un experto israelí en arquitectura forense, pero cuando llegamos, la universidad ya había cancelado el acto público. Nos propusieron hacerlo a puerta cerrada, pero lo rechazamos; no habría tenido ningún sentido desplazarse hasta allí para tener un encuentro que sólo podía seguirse por internet. Algunos profesores y los estudiantes lograron trasladar el evento a un centro cultural con capacidad para seiscientas personas (si bien en aquel momento ya había mil doscientos inscritos). Sin embargo, el embajador israelí, la policía, varios políticos, un ministro y otras figuras institucionales ejercieron mayor presión: después de instigar a la universidad para que suspendiera la conferencia, amenazaron al centro cultural con revocar las subvenciones si realmente aceptaba celebrar el evento. Ante el riesgo de tener que cerrar por falta de fondos, el centro cedió, sólo para encontrar, a la mañana siguiente, sus paredes ensuciadas

con consignas de los grupos proisraelíes habituales: ALBANESE ANTISEMITA, ALBANESE TERRORISTA, con insultos contra mí y contra las Naciones Unidas.

Finalmente, la conferencia se celebró de todos modos, pero en la sede del periódico *Junge Welt*, donde sólo había cabida para cien personas. Afuera, había mucha gente hacinada. Mientras tanto, la policía había rodeado el edificio de agentes antidisturbios, armados con porras y metralletas. Fue en este contexto que Eyal Weizman y yo hablamos de paz para un pueblo que está sufriendo.

En Alemania, como en otras partes de Europa, y de forma cada vez más descarada en Estados Unidos, la represión ha adquirido tintes extremadamente violentos. En los últimos meses he leído con frecuencia sobre cargas policiales contra estudiantes y quienes se manifiestan junto a ellos, y en ocasiones he presenciado estas escenas con mis propios ojos. Las fuerzas del orden golpean, apalean y detienen a personas de todas las edades y nacionalidades: en primer lugar, palestinos y judíos antisionistas.

El drama es doble. Estas personas no sólo luchan para poner fin a los crímenes atroces, sino que lo hacen ejerciendo su sacrosanto derecho a la crítica y la disidencia; un derecho que supone el corolario de una libertad de expresión aún más fundamental y que debería representar uno de los bastiones de nuestras llamadas democracias liberales.

¿En qué consiste la democracia si no hay espacio para el debate?

De los *think tanks* que había conocido el año anterior en Berlín, no se presentó ninguno. De los dieciocho delegados de las ONG, sólo vinieron tres.

La noche antes del evento, en la sede de *Junge Welt,* hubo una amenaza de arresto. La Policía Federal alemana se puso en contacto con las organizaciones promotoras para que me advirtieran de que no me presentase, de lo contrario podría ser arrestada por violar las leyes alemanas sobre antisemitismo. Después de pasar prácticamente una noche en vela, a las seis de la mañana llamé a Max, mi marido, y le dije:

–No sé qué hacer, Max. Sé que estoy haciendo lo correcto, pero no quiero que me arresten, no veo a los niños desde hace veinte días.

–Tranquilízate, y haz lo que tengas que hacer. Nosotros estamos aquí –me respondió, sereno.

Así que fui.

Pero tuvo que intervenir la ONU y recordarle a la policía alemana que, como relatora de las Naciones Unidas, gozo de inmunidad diplomática, y que mi detención supondría un escándalo sin precedentes. Sólo así se calmaron, pero, de todos modos, el evento se celebró prácticamente bajo asedio: además de la veintena de furgones que había fuera de la sede del periódico, policías antidisturbios llenaban la sala. Llegué con una sonrisa, fingiendo que no pasaba nada; cuando subí al estrado, estaba indignada, pero eso no me impidió expresarme con claridad y precisión. Al final de la intervención, Michael Barenboim, violinista y profesor de la Barenboim-Said Akademie, tocó con violinistas palestinos. Fue maravilloso. Y al día siguiente Melanie Schweizer, una funcionaria del gobierno alemán que había asistido al evento, y que ya había sido suspendida por su postura crítica con respecto a las políticas de Israel, fue despedida.

Este es el nivel de represión que hoy se respira en Alemania.

***

La crisis en Gaza es ahora el síntoma de una crisis global, como dijo hace un año mi colega Irene Khan, relatora especial de las Naciones Unidas para la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión.

Cada vez estoy más convencida de que todo esto, si bien debería infundir miedo, también debería infundirnos coraje. El sistema que reprime a los palestinos –una alianza bien consolidada entre Israel y todos los demás Estados cuyas élites le garantizan la impunidad de la que siempre ha gozado– es el mismo al que nosotros pertenecemos. Es el sistema que decide por nosotros sobre cuestiones cruciales para nuestras vidas, sin necesariamente escucharnos ni representarnos; el que convierte el trabajo en precariedad y los derechos en privilegios; el que logra distanciarnos, y nos hace a todos más frágiles e inseguros; el que considera la solidaridad un acto subversivo y la empatía una forma de disfunción mental y social. Son mecanismos sutiles que, día tras día, contribuyen a desintegrar los vínculos y menoscaban nuestra capacidad de actuar conjuntamente por una causa justa, desde el medio ambiente hasta Palestina, pasando por la precariedad laboral y las cuestiones de género. He reflexionado a menudo sobre el

hecho de que Palestina ha sido, para mí, la píldora roja de *Matrix*, la que te abre los ojos a la realidad oculta de las cosas. Mi trabajo, todos los estudios de estos años sobre la cuestión palestina, me han ayudado a ver y comprender mejor el sistema en el que vivimos. Y, de una manera irracional, a seguir amándolo.

Recientemente, he comprendido el valor del coraje que se necesita para contrarrestar los engranajes del sistema. No me han faltado ocasiones para observar y cuestionarme a lo largo de meses de viajes incesantes en los que me he topado con multitud de rostros e historias: representantes de las autoridades, miembros de la sociedad civil, estudiosos e intelectuales, trabajadores, sindicatos y sobre todo muchos estudiantes y gente corriente. Personas especiales que buscan palabras útiles e importantes, que anhelan encontrar esperanza para poder intercambiarla y compartirla. Me ha ocurrido en Estados Unidos, en Australia, Nueva Zelanda, España, Noruega, Dinamarca, Holanda, Portugal, Egipto, Jordania, Canadá y, tantas veces, en Italia. Incluso en Bélgica, donde la presencia de las instituciones europeas –a veces más vinculadas a la burocracia que a resultados efectivos– suele crear un ambiente particularmente denso. Un largo viaje que me ha permitido aprovechar el impulso transversal de tantas comunidades en busca de justicia, verdad, dignidad y de un futuro mejor, más allá de las diferencias.

Al poner en orden las páginas de este libro que ahora tienes en tus manos, rodeada física y virtualmente de todos estos compañeros de viaje, he decidido dedicar a diez personas, muy queridas para mí, el relato de las cuestiones que considero fundamentales para comprender la historia, el presente y el futuro de Palestina. Estas diez personas, con sus enseñanzas, su testimonio y, a veces, también con su presencia, han acompañado mi viaje de conocimiento a través de una tierra que sufre desde hace demasiado tiempo.

Así que será George, uno de los mejores amigos de los años en que mi marido Max y yo vivíamos en Jerusalén, quien nos mostrará las calles de una y otra parte de la ciudad, entre las maravillosas casas antiguas, las librerías donde, hoy, los libros infantiles son confiscados por militares

israelíes, y los locales donde, hasta hace unos años, se podía bailar junto a esos mismos jóvenes israelíes, en este caso sin uniforme. Será Ingrid, una mujer europea que eligió Palestina, y a la que esta le ha dado tanto, quien nos explique la importancia de un cierto rigor en el pensamiento y el uso del marco jurídico del *apartheid*, tal como me lo explicó a mí en 2017. Será Eyal, que abandonó Israel hace tiempo y siente que no tiene derecho a volver hasta que no pueda viajar con un pasaporte palestino, es decir, de un Estado único y democrático, quien nos arrojará luz sobre la complejidad de las condiciones físicas y materiales que genera un genocidio. Será Hind, que murió a los seis años por culpa de ser palestina, la que nos abrirá los ojos sobre lo que significa ser niño en un país donde, desde hace generaciones, los menores no tienen derecho a tener un hogar seguro que los proteja y que respete sus raíces. Será Gabor, señalado desde muy temprana edad por persecuciones contra los judíos, quien nos ilustrará sobre la locura de lo que le está sucediendo al pueblo palestino y sobre el mito de la normalidad. Y luego Ghassan, el cirujano que, procedente de Londres, se adentró en el corazón del horror inimaginable de Gaza durante los primeros meses del asalto genocida; Malak, la joven artista que hizo el camino inverso: dejó Gaza para ir a Londres a contar, con sus pinturas, la historia de su pueblo; Abu Hassan, que nos llevó a conocer los lugares que revelan la fatiga y la opresión de ese pueblo; Alon, gran estudioso del genocidio y un apreciado amigo, quien me ayudó a comprender mejor las divergencias que puede albergar el corazón de un judío israelí que «ve» a los palestinos y siente su causa como propia: porque en la liberación del pueblo palestino de la opresión del *apartheid* se halla la clave para la liberación de los propios israelíes; y, por último, una de las personas más cercanas a mí, tanto en la vida como en la búsqueda de una conciencia que nos permita ser capaces de traducir en acción.

Diez personas, diez historias que se entrelazan con las vidas y los rostros de muchos otros –incluida yo, mis familiares, la dependienta de una tienda irlandesa o los niños que venían a comer moras delante de nuestra casa de Jerusalén–, nos plantean diez preguntas que hoy parecen demasiado difíciles de responder. Por ejemplo: ¿En qué condiciones vive el pueblo palestino? ¿Cuáles son las consecuencias de la ocupación? ¿Dónde está el «hogar» para un refugiado? ¿Qué significa ser antisemita en el contexto de

la lucha por los derechos humanos? ¿Hasta dónde puede llegar la crueldad de un genocidio?

Hoy no podemos eludir estas preguntas.

Y, como consecuencia de lo que está sucediendo, surgen otras nuevas en mi interior. Por ejemplo: ¿Por qué seguir escribiendo sobre Palestina en un país como Italia, donde es tan necesario como difícil hacer oír las voces que expongan los hechos y expliquen los aspectos legales de manera distendida? Pese a mi papel institucional, pese a que nunca he hecho nada que pudiera granjearme la antipatía de los medios de comunicación italianos, he sido el blanco de innumerables ofensas y, salvo raras excepciones, he sido excluida del panorama mediático nacional. Así que la única respuesta que puedo darme es esta: como la necesidad de hablar de ello no desaparece, sino que cada vez es más apremiante, decido aprovechar cualquier ocasión para hacerlo, incluso en este libro.

Al desarrollar en este terrible momento el germen de una idea que me rondaba la cabeza desde hacía años, la de escribir un libro de «Polaroids desde Jerusalén», aquí también quiero contar la experiencia de Palestina tal como yo la he vivido, no como una activista sino como alguien que, desde el principio, la abordó con curiosidad cultural y, luego, con una perspectiva jurídica. Cuando en 2005 llegué a la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres (SOAS, en sus siglas en inglés), una de las pocas instituciones académicas europeas en las que se abordan cuestiones de derecho, derechos humanos y descolonización desde una perspectiva crítica y no eurocéntrica, descubrí dos cosas fundamentales.

La primera, que Palestina podía –y *debía*– debatirse como una cuestión jurídica de ilegalidad prolongada, institucional y sistémica, y no simplemente como un asunto político con reivindicaciones contrapuestas. Había mucho más que no se decía, y eso empezó a resultarme incómodo, porque también autorizaba a expresarse a personas que nunca habían pisado Palestina, a menudo de manera superficial y aplicando un doble rasero a la hora de evaluar a las partes implicadas. La segunda fue el encuentro con los bufetes de abogados afines a la *critical race theory,* una manera de entender el derecho desde una perspectiva crítica y descolonizadora, encuadrado en una evolución histórica no necesariamente escrita por los vencedores, sino observada desde la perspectiva de los pueblos, que han tenido que soportar

el derecho internacional –tal como fue formulado sobre todo por los países occidentales– hasta hace poco.

En 2010 fui a vivir a Palestina con mi marido, Max, como funcionaria internacional, y permanecí allí hasta finales de 2012. Posteriormente continué trabajando en esas cuestiones como profesora. Y es en virtud de esta experiencia que me propusieron ser relatora especial de las Naciones Unidas, un cargo que trato de honrar todos los días, intentando demostrar que los puntos clave del derecho son y deben ser comprensibles para cualquiera, porque nos conciernen a todos. El derecho internacional del que me ocupo como relatora especial consiste simplemente en el conjunto de normas que los Estados adoptan para regular sus relaciones: derechos, deberes y obligaciones recíprocas. Luego están los derechos de las personas, los derechos humanos, que constituyen nuestra protección: nuestros escudos y, si es necesario, nuestras espadas.

El deseo que me impulsa es poder articular y explicar cuán flagrante es la injusticia en la vida cotidiana de los palestinos.

Un deseo que impregna también las páginas de este libro. Un libro nacido en la época de un genocidio que ha mostrado su brutalidad al mundo, y que ha sido escrito bajo una enorme presión. Estaba convencida de que tras la absurda presión ejercida por parte de actores que han influido en mi contra, el Consejo de Derechos Humanos no me renovaría el mandato. Sin embargo, el Consejo sigue depositando su confianza en mí, y la publicación de este libro coincidirá con el inicio de mi segundo mandato como relatora especial para el territorio palestino ocupado, lo que me permitirá seguir dedicándome a estas cuestiones, ya inextricablemente entrelazadas con mi vida, justo ahora que el presente, el futuro e incluso el pasado de este pueblo corren más peligro que nunca.

En Palestina –después de cincuenta y siete años de ocupación militar en Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén Este, y tras setenta y siete años desde el inicio de la limpieza étnica que alcanzó su punto álgido con la Nakba, la expulsión forzosa de los palestinos iniciada en 1948 con el nacimiento del Estado de Israel–, el genocidio que está cometiendo Israel se lleva a cabo con el conocimiento y el beneplácito del poder establecido, el mismo poder que hasta ahora ha mantenido a todos subyugados bajo la amenaza de represalias.

Los Estados Unidos, con Trump como presidente, han insinuado más de una vez que aquel que ose tocar a Israel tendrá que «vérselas con ellos». Un lenguaje amenazante, impropio de la política tal como la hemos conocido hasta ahora, pero que es totalmente coherente con la esencia de lo que declaró el propio Trump: «a todos aquellos con los que he hablado les gusta la idea de que los Estados Unidos sean propietarios de *aquel pedazo de tierra*», dijo refiriéndose a la Franja de Gaza. Esta frase encierra toda la violencia del poder desenfrenado, puede obtenerlo todo con la fuerza porque, como un Calígula del siglo XXI, considera que está por encima de las leyes. Es más, las leyes ni siquiera las ve.

Pues bien, ha llegado el momento de *tener que vérselas* con Estados Unidos, y no sólo eso: para nosotros, los «occidentales», sobre todo para nosotros, los europeos, esta es la ocasión para deshacer los nudos del pasado colonial y empezar a saldar nuestra deuda. Ha llegado el momento de posicionarse contra la devastación de Gaza y lo que queda de Palestina, y de luchar contra un sistema internacional basado en el uso de la fuerza en nombre de una supuesta «paz», siempre evocada en beneficio de unos pocos y siempre con palabras oportunas para falsear la realidad de lo que se está cometiendo, tal y como Orwell profetizó hace casi un siglo. Hoy, el concepto de «doble pensamiento» defendido por el Ministerio de la Verdad que él imaginó en *1984* –una herramienta fundamental para el control mental ejercido por el régimen totalitario que se describe en la novela– ya no nos parece tan fantasioso, de hecho, nos invita a abrir los ojos para ver lo que realmente tenemos delante.

Incluso para los expertos más hábiles en el doble discurso, ya no es posible negar la verdad sobre Palestina. En julio de 2024, la Corte Internacional de Justicia reconoció, más allá de toda duda razonable, que la ocupación mantenida por parte de Israel en Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este, desde 1967, es ilegal y debe suspenderse de forma total e incondicional.

La ocupación es ilegal porque, con su misma presencia, impide que los palestinos gocen del derecho a la autodeterminación: el derecho de un pueblo a existir y a establecerse, es decir, a elegir por sí mismo, sin control extranjero sobre el territorio y sobre la vida de los palestinos que lo habitan. Y sin embargo, este simple derecho a existir como pueblo y a vivir en libertad sigue siendo cuestionado por algunos o se confunde peligrosamente

con la solución de los dos Estados. Pero no creo que uno deba ser jurista para comprender que cualquier otro derecho carece de significado y se convierte en un simple ejercicio de retórica intelectual sin ese derecho a la autodeterminación.

Lo que está ocurriendo en Gaza y en otras zonas de Palestina sometidas al control ilegal de Israel, incluidas Cisjordania y Jerusalén Este, es un colonialismo de asentamiento que ha sido posible mediante una operación de destrucción total, metódica y planificada. En Gaza, este proceso ya es una realidad tangible, y la destrucción afecta a la vida física y biológica en todas sus formas, aniquila todo lo que existe, incluidos, naturalmente, los seres humanos que viven allí (o, mejor dicho, vivían). En Cisjordania –donde las colonias sólo para judíos son una presencia omnipresente en continua expansión, en torno a los lugares donde los palestinos viven cada vez más segregados–, si bien se está a salvo de los bombardeos masivos, como los que han devastado una gran parte de Gaza, no se está a salvo de la destrucción causada por explosivos y excavadoras, que, junto con la violencia de los colonos, derriban casas, escuelas, barrios enteros, incluso olivares y colmenas. No hay paz en Palestina si eres palestino. La seguridad en esa tierra –y, por desgracia, no sólo eso– es unidireccional; si eres palestino, sólo se la invoca para reprimir tu libertad. Para castigarte.

***

Cuando estábamos en Berlín, Eyal Weizman me dijo que unos amigos de Gaza le habían contado que, ante la escasez de pan, las familias de la zona de Deir al-Balah se habían organizado para proteger los escasos recursos disponibles. «Necesitamos guardias de seguridad para vigilar el pan y la harina», dijeron. Los soldados israelíes llamaron por teléfono al propietario de la panadería y le exigieron que pusiera fin a esa práctica: «Si no retira a esos guardias de seguridad, bombardearemos la panadería, a usted y también a los guardias». ¿Qué sentido tiene todo esto?

Hoy en día no resulta extraño oír comentarios como: «Eh, pero si Israel no quiere destruir a los palestinos. Israel sólo quiere erradicar a Hamás», o «Quiere liberar a los rehenes. Ojalá Hamás los liberara…».

A estas personas me gustaría decirles, en primer lugar, que, si bombardean una panadería, si matan a decenas de miles de niños, mutilan y dejan huérfanos a diez veces más, es evidente que estas acciones no están en consonancia con los motivos declarados de liberar a los rehenes o eliminar a Hamás, por muy peligrosamente vago que pueda ser un propósito de este tipo. En definitiva, basta con pensarlo un momento: ¿quién es Hamás? ¿Quién lucha, o quién lo votó en 2006? ¿Quién trabajaba en los hospitales bajo su autoridad? ¿Quién se resiste a la ocupación? ¿Quién se opone al genocidio?

Este tipo de razones podrían existir, de hecho, en la mente de los líderes israelíes o de los cientos de miles de soldados, a menudo muy jóvenes, que cumplen sus órdenes. Pero es muy importante entender que no tienen nada que ver con lo que, en la identificación del delito de genocidio, se denomina «intención» o, en la jerga jurídica, *mens rea*. La intención de destruir debe entenderse como la *determinación* de destruir: cuando la idea destructiva se concibe y formula contra un grupo *como tal*, sean cuales sean los motivos –incluso si se trata de una supuesta legítima defensa–, hay genocidio.

El genocidio es un delito muy grave que, dadas las garantías y los mecanismos de prevención que existen en los distintos ordenamientos jurídicos, tanto nacionales como internacionales, no debería tener cabida en la época actual. En cambio, eso es precisamente lo que ha cometido Israel, planificado por sus líderes y ejecutado por sus soldados, con la complicidad de muchos políticos occidentales y con la detestable connivencia de los medios de comunicación dominantes, que han negado, diluido y distorsionado la realidad para no perturbar los dictados de las embajadas israelíes y de las poderosas redes que apoyan a Israel, «la última frontera de Occidente».

La destrucción de un grupo como tal, cuando no es fortuita, un mero «accidente» de guerra, por brutal que este pueda ser, sino intencional, constituye genocidio. Esta destrucción deliberada se ha practicado en el cuerpo, en la vida colectiva, en el espíritu de los palestinos, en su piel. Gaza ha sido el escenario, sin duda el más feroz, el más horrible.

Temo una sociedad en la que el asesinato, la mutilación, la tortura, la violación, el hambre y la penuria son noticia según quién sea la víctima y quién el artífice. Y durante mis años como relatora especial, me he preguntado muchas veces sobre esto, cuando he participado en debates sobre el significado de la palabra «imparcialidad».

Cuando están en juego vidas humanas, la imparcialidad se convierte en un deber que nos obliga a ponernos del lado del derecho, de la justicia y de las víctimas. Ser imparcial significa tener el valor de defender lo que es justo, dar voz a quienes han sido silenciados o simplemente ignorados, y luchar contra los abusos que atormentan a nuestro mundo.

La imparcialidad no consiste en fingir que no se tiene una opinión ante las atrocidades, ni en presumir que se debe mantener una posición equidistante entre dos bandos opuestos, incluso cuando sus posiciones son estructural e históricamente desiguales, y cuando hay una parte que ocupa, saquea y oprime mientras que la otra es ocupada, saqueada y oprimida, y se desencadenan desastrosos mecanismos de violencia.

¿Cómo es posible que la verdad se haya convertido en mentira y la mentira en verdad?

Ante este mal desenfrenado, que nos querría a todos cautivos o vencidos, debemos responder con convencimiento y acción. El conocimiento es un arma fundamental, porque representa la mejor defensa contra la manipulación, la explotación y el engaño; y la acción debería surgir de forma natural.

Pero entonces, ¿cómo puede haber una posibilidad de salvación para todos nosotros, palestinos e israelíes por igual? Yo la veo. Aunque sólo sea en mi mente, pero la veo, y también veo el camino que nos lleva hasta allí. Además, sé que esta visión es realmente compartida: todas las personas que desde el comienzo del genocidio han reconocido en mí una esperanza, una luz, un punto de referencia, me han dado una fuerza que nunca habría imaginado. A pesar de las quejas, de las amenazas de muerte, del miedo a que algo pueda volverse en contra de lo que más quieres en este mundo, luchar por una causa justa es un mandato al que algunos de nosotros no estamos preparados para desobedecer.

Creo firmemente en la posibilidad de unirnos como familia humana, redescubrir el verdadero y profundo significado de la solidaridad; el término latino *solidum* implica precisamente la idea de un «todo»: algo

entero, indivisible, completo, a menudo en oposición a lo que está fragmentado o roto. Y así, como un solo cuerpo, deberíamos ser capaces de unirnos, encontrarnos y resistir. La solidaridad, en estos términos, se convierte en una «declinación política del amor», como sabiamente observó la rabina estadounidense Alissa Wise.

Solos somos frágiles, como las alas de una mariposa, pero unidos, fuertes y solidarios, podemos provocar una tormenta. No es una hipérbole fantasiosa, es un principio de la física que se llama *butterfly effect*. Cada uno de nuestros pequeños gestos es un batir de alas de mariposa que desencadena una cadena de consecuencias: como el de Mary, una de las muchas dependientas de una de las numerosas tiendas de una ciudad irlandesa. ¿Cómo podemos imaginar que su decisión, de pasar o no por la caja los pomelos comprados por una clienta, pueda incidir a largo plazo en la abolición del *apartheid* en un país tan lejano de ella como Sudáfrica? Sin embargo, debemos creerlo, porque la historia nos enseña que esto puede suceder.

En la interconexión de las luchas por la emancipación y la libertad, ya sea individual o colectiva, debemos encontrar nuestro *solidum*. Juntos, podemos afrontar cualquier reto.

Así que batamos las alas, provoquemos la tormenta, o, mejor dicho, como se dice en mi tierra, ¡armemos una *ammuìna*![1]

Que disfrutéis de la lectura,
FRANCESCA ALBANESE

1

Hind

¿Qué es la infancia en Palestina?

Perder el miedo, este es el objetivo final del hombre.

ITALO CALVINO,
El sendero de los nidos de araña

Finales de enero de 2024. Hind Rajab tiene seis años. Está acurrucada en el asiento trasero del coche de sus tíos, abrazada a sus cuatro primos pequeños. Tan pronto como llegó la enésima orden de evacuación de la zona oeste de Gaza, su madre y sus hermanos huyeron a pie, pero como llovía y hacía frío, sus tíos la llevaron en el coche con ellos.

Es la primera hora de la tarde, los sonidos de las bombas penetran en el interior del vehículo y los coches parecen estar atrapados en un atasco. Algo va mal. Sus tíos lo perciben, están nerviosos, hablan con agitación. No muy lejos de una gasolinera, cerca de Tel al-Hawa, el coche se ve inmerso en una lluvia de fuego por parte de la artillería israelí. Luego, un escalofrío surrealista. Hind mira a su alrededor: nadie habla y todos se han desplomado. Con manos seguramente temblorosas, toma el teléfono de los dedos de su prima de quince años, Layan, que ha sido abatida mientras estaba hablando con los operadores de la Media Luna Roja.[2] Hind explica que «los demás han muerto o puede que duerman», y ruega que la ayuden. «El tanque armado está frente a mí. Se mueve. ¿Vendrás a buscarme? Tengo tanto miedo.»

Al otro lado de la línea, la operadora –muy asustada porque sabe el riesgo que corre Hind–, le responde con cariño: «*Habibti*», «tesoro», y permanece con ella al teléfono para no dejarla sola.

Después de tres horas de comunicación –tanto han tardado sus colegas de la Media Luna Roja en coordinarse con las autoridades israelíes para localizar el coche y obtener el permiso para rescatar a la niña–, la operadora tranquiliza a Hind y le dice que dos rescatistas están de camino. La grabación de esa desgarradora conversación, con la vida de la pequeña pendiendo de un hilo, ha pasado a la historia y se espera que, también algún día, el trabajo de los jueces castigue a los responsables de la masacre en la que Hind fue asesinada por el ejército israelí.

Doce días después, el cuerpo sin vida de Hind fue encontrado en el interior de aquel vehículo, sobre el que alguien siguió disparando, acribillado por más de trescientas balas, no lejos de la ambulancia que llevaba los cadáveres de sus rescatistas de la Media Luna Roja que no consiguieron llegar a tiempo. Y las investigaciones del equipo británico Forensic Architecture, dirigidas por el profesor Eyal Weizman, que reconstruyó las distancias y la dinámica de los disparos, demostraron que «no es plausible» que los soldados israelíes que dispararon desde el tanque no tuvieran plena visión de la presencia de civiles en el interior del vehículo, entre ellos, dos niñas.

La historia de Hind se ha convertido en un símbolo de la brutalidad del ataque israelí contra la población de Gaza tras el 7 de octubre de 2023. Pero la niña fue asesinada más de tres meses después del 7 de octubre, cuando Israel ya había matado a más de veintiséis mil personas, incluidos al menos diez mil niños. ¿Cómo se ha podido tolerar todo esto? ¿Y cómo es posible que incluso hoy, a finales de marzo de 2025 –mientras estoy terminando la revisión de este libro–, cuando el número confirmado de niños muertos ha sobrepasado los diecisiete mil, de los cuales mil son menores de un año, continúe reinando la impunidad y la maquinaria de muerte desatada por Israel siga imparable?

La respuesta se esconde en décadas de manipulación discursiva que han distorsionado la percepción de las relaciones de fuerza entre israelíes y palestinos.

Durante los últimos treinta años, este relato ha llevado a muchos a creer que los palestinos son responsables de su propia situación, que representan

una amenaza existencial para Israel. ¿Incluso los niños? Sí, también los niños. Y puede que sobre todo ellos, porque en la lógica del ataque israelí que se inició después del 7 de octubre, cualquier vida palestina está considerada un potencial peligro futuro para la supervivencia de Israel.

¿Cuántos niños palestinos han muerto de este modo, con la impunidad de los perpetradores, en el dolor insoportable de familias y comunidades enteras? Decenas de miles. La historia de Hind, por muy atroz que sea, no es una historia inusual en Palestina. Mohammed Tamimi tenía dos años cuando, algunos meses antes del 7 de octubre de 2023, las fuerzas de ocupación israelíes –las que formalmente se denominan Fuerzas de Defensa de Israel (IDF)– le dispararon en la cabeza mientras estaba en el coche con su padre en la Cisjordania ocupada. Nadie se hizo responsable, como siempre.

Así es la infancia en Palestina.

En Jerusalén, cerca del jardín de la casa en la que vivíamos Max y yo, había una pequeña colina con una morera enorme, increíble, generosa, que daba frutos durante meses. Bajo el árbol se formaba siempre una alfombra morada de moras caídas, y los niños venían a menudo a recogerlas.

Justo debajo de la casa había un murete de piedra al que estaba adherida una de esas rejas de malla metálica, que debió de haber sido colocada provisionalmente años antes, y que allí se había quedado. Los niños, a fuerza de pasar por ella para recoger las moras, habían abierto un paso. Un buen día los vi y les dije:

–Hola, chicos, cuando queráis moras, llamadme y os abriré la reja, así no tendréis que pasar por ahí abajo.

La mayoría no me entendió, porque casi ninguno de ellos hablaba inglés, salvo un niño de ojos oscuros al que ya había visto por la zona con sus amigos y su hermana gemela.

–Hola –repetí entonces, dirigiéndome directamente a él–. Sé que sois de este barrio, os he visto jugar muchas veces. Cuando queráis moras, no os preocupéis, sólo tenéis que llamarme, así no correréis el riesgo de haceros daño en la malla metálica.

Su respuesta, respetuosa pero contundente, me dejó perpleja.

–No, gracias –me dijo–. No hace falta que nos dejes la verja abierta. Seguiremos cogiendo las moras así, trepando, como hemos hecho siempre.

A sus once años, el pequeño Mohammed ya me parecía muy asertivo. Su familia había sido una de las primeras del barrio de Sheikh Jarrah en sufrir, por parte de los colonos israelíes –civiles armados que pueblan las colonias de Cisjordania, apoyados por el ejército–, la expropiación de la casa donde Rifqa, la abuela de Mohammed y de su hermana Muna, se había refugiado en 1948 tras ser expulsada de Haifa (hoy en Israel). Al término de una larga batalla legal, en 2009 el edificio principal de su propiedad fue ocupado por colonos israelíes, mientras que la familia El-Kurd tuvo que construir en el huerto un anexo al que fueron obligados a mudarse todos los miembros de la familia.

La reacción de Mohammed me sorprendió, porque un niño de once años –o de siete, doce o catorce años– no tiene ese tipo de conciencia de los derechos, del espacio, de la identidad. Pero para los palestinos que han crecido bajo la ocupación, al igual que para los millones que han nacido en los campos de refugiados alrededor de Palestina, es así. Generaciones de personas han crecido viendo cómo su tierra, día tras día, sigue siendo arrancada de debajo de sus pies como si fuera una alfombra, lo que ha desencadenado una lucha interminable por la casa, por la dignidad, por todo lo que debería darse por sentado a esa edad. A los palestinos se les arrebata la infancia, crecen en cuerpos de niños, ya cargados de preocupaciones, ansiedades, miedos y responsabilidades que no deberían ser propios de esa etapa de la vida.

Por ello, como relatora especial de la ONU sobre la situación de los derechos humanos en los territorios palestinos ocupados, decidí, en 2023, dedicar mi tercer informe a la infancia, y para ello recurrí a una palabra del idioma inglés que describe vívidamente la realidad palestina: *unchilding*, es decir, «privar de la infancia». La elección de este tema surgió de la esperanza de que mostrar en qué consistía realmente la vida de un niño en Palestina, junto con las estadísticas y el derecho, pudiera ayudar al público a comprender mejor la gravedad de la situación.

Cuando llevé a cabo mi investigación todo era muy distinto a como es hoy: el informe se presentó dos semanas después del 7 de octubre de 2023, pero se concluyó dos semanas antes. La situación ya era terrible.

En aquel momento del otoño, las cifras de los niños palestinos asesinados a lo largo de quince años (desde 2008 hasta septiembre de 2023) eran sobrecogedoras: más de mil cuatrocientos. Cada uno de ellos, un pequeño universo borrado para siempre. Del 7 de octubre de 2023 a marzo de 2025, estas cifras, ya de por sí aterradoras, se han multiplicado por diez: en diecisiete meses, más de diecisiete mil niños han sido asesinados, más de mil eran recién nacidos, cuyas vidas han sido truncadas antes incluso de que pudieran aprender a gatear, hablar o jugar.

En agosto de 2024, en Gaza, Mohammed Abu al-Qumsan estaba solicitando los certificados de nacimiento de sus gemelos, que habían nacido tres días antes, cuando recibió una llamada: tu apartamento ha sido bombardeado, tus hijos y tu mujer están en el hospital. No se ha podido hacer nada por ellos. Murieron antes incluso de abrir los ojos a la vida.

Así es la infancia en Palestina.

***

En 2023, como no recibí la autorización necesaria por parte del gobierno israelí para viajar a la región ocupada y poder desarrollar mi investigación para el informe de la Asamblea General de la ONU de ese otoño, decidí adoptar un enfoque alternativo. Con el apoyo de la sociedad civil palestina y otros colaboradores, creamos grupos de discusión que me permitieron entrevistar a los niños *online*.

En aquella época estaba de vacaciones con mi familia en Sicilia, en casa de mis suegros. Todas las tardes, después de comer con mis hijos y darme un chapuzón rápido en el mar, subía a la terraza de la casa, y allí, después de enchufar el ordenador a una de las pocas tomas de corriente que había disponibles, comenzaban las reuniones que se prolongaban durante varias horas.

Los grupos de niños y adolescentes entrevistados pronto demostraron estar bien estructurados y disciplinados. Divididos por franjas de edad y ubicación geográfica, tanto los chicos como sus padres y acompañantes estaban entusiasmados de tener la oportunidad de compartir sus experiencias y testimonios conmigo. Reunidos alrededor de una mesa o sentados en sillas a veces más grandes que ellos (como en el caso de los

niños en Jenin), todos estaban muy atentos a la pantalla. Alguien traducía, aunque, sobre todo en Gaza, la mayoría de los niños hablaba bien inglés, por lo que podía interactuar directamente con ellos, sin necesidad de mediación.

Aquellos encuentros me proporcionaron un auténtico impulso de vitalidad y dulzura, un entorno en el que la energía y la esperanza parecían resistir pese a las adversidades. En medio de todas las dificultades de la ocupación permanente, de las guerras continuas en Gaza, donde el asedio *de facto* convertía a todos en prisioneros de un gueto, y de la devastadora proximidad de las colonias israelíes en Cisjordania, con los continuos arrestos, las incursiones de soldados y los ataques de los colonos, los niños que conocí aquel verano demostraron tener una extraordinaria capacidad para preservar valores fundamentales, en primer lugar, el amor por la escuela. Con sus camisas limpias, que se pusieron para la ocasión, y el pelo bien peinado en el caso de los chicos, y con prendas de colores y las melenas recogidas con un pañuelo o sueltas sobre los hombros en el de las niñas, aquellas voces me hablaban de una gran sed de conocimiento y de un ardiente deseo de futuro.

También esta es la infancia en Palestina.

Un aspecto que me impactó sobre todo al principio y que me enseñó algo sobre mí misma y los prejuicios que a veces arrastramos sin darnos cuenta, fue lo realmente preparados que estaban los niños cuando abordábamos temas menos personales y más generales. Tanto si hablábamos de cuestiones relacionadas con el agua, como de la educación o la libertad de movimiento, me contaban las violaciones que sufrían con un lenguaje tan preciso y reivindicativo que casi parecía forzado, construido. «Parecen pequeños abogados», pensé. Pero pronto comprendí que no había nada artificioso en su capacidad para argumentar e intervenir. «No son mis hijos, que van al colegio, juegan y llevan una vida protegida y acolchada», me decía, cuando me di cuenta de que todos aquellos niños y jóvenes habían vivido experiencias dolorosas y aterradoras; así que puede entenderse que para ellos hablar de derechos humanos constituya un grito de vida, una apasionada petición de respuestas.

¿Cómo es posible que nos esté pasando esto, si se supone que todos tenemos garantizados tantos derechos? Es una pregunta que resuena con fuerza entre los niños palestinos, un reclamo a una justicia que suele ser inalcanzable.

Mientras que mi hijo de ocho años tiene que preocuparse por memorizar las tablas de multiplicar, los niños palestinos se apropian del lenguaje del derecho como un manifiesto para reivindicar su propia existencia, su humanidad. Y así, paradójicamente, para defender su derecho a existir, a ser niños, a veces se convertían en auténticos abogados defensores, llevando una carga increíble sobre sus hombros.

Una carga ancestral que impregna su sociedad desde hace generaciones: por eso, creo, en su inocencia se manifestaba también una conciencia tan profundamente arraigada de las injusticias. Se necesita un valor sobrehumano para que un niño afronte la conciencia de la opresión: ese estado de guerra permanente, estar separado de todos los demás palestinos del mundo, sin poder viajar, ni siquiera soñar con las cosas más simples de la vida.

Para mí, en aquellos días, me resultaba paradójico alejarme unos pocos metros del mundo que me rodeaba –un mundo en el que las preguntas más importantes eran: «¿Han comido los niños?», «¿Qué han hecho?», «¿Quién se está peleando con quién?», «¿Quién se ha comido dos helados a mis espaldas?»–, para pasar todas las tardes con los niños de Gaza City, Khan Yunis, Jerusalén, Belén, Nablús, Ramallah, Masafer Yatta y dejarme absorber por otra dimensión, completamente distinta.

En contadas ocasiones, mi hijo Giordano, que entonces tenía seis años, con la espontaneidad propia de su edad, se acercó para ver con quién estaba hablando, sin darse cuenta de que iba en traje de baño. Recuerdo que un niño me preguntó:

–¿Por qué no está vestido?

–Porque estamos en la playa –le respondí.

Pero ellos eran niños de Cisjordania, que nunca habían visto el mar.

Con los niños que viven en Cisjordania tuvimos muchos más encuentros que con los de la Franja de Gaza, porque la logística era más complicada: era difícil, por ejemplo, organizar los autobuses para ir a recogerlos o que los acompañaran sus padres, debido a los cientos de puestos de control, fijos y móviles, creados por el ejército israelí para «vigilar» los

movimientos de los palestinos. Tuvimos que organizar muchos encuentros diferentes, cada uno con solo cuatro o cinco niños que cambiaban a su vez. Me esperaban sentados, aseados, todos emocionados y ya preparados para lo que querían decirme. Yo les dejaba hablar. Ya había recopilado datos sobre las guerras, los ataques, la destrucción de casas, hospitales, escuelas, sobre los desalojos, los asesinatos, las detenciones, así que tenía especial interés en que hablaran de su vida: la casa, los juegos, los viajes, la familia, para que el informe que estaba elaborando fuera «el suyo» y tuviera, en la medida de lo posible, su voz.

Los grupos de discusión nunca duraban menos de un par de horas. Hacia el final, después de conocernos un poco, me sentí preparada para hacer la pregunta: «¿Hay algo que temáis?». Inevitablemente, todos hablaban de la muerte. El mayor miedo de estos niños era morir o perder a sus padres; en segundo lugar, los arrestos; en tercer lugar, «que derriben mi casa». Estos son los miedos más frecuentes de los niños palestinos, así es cómo crecen. Sólo esto ya me parece de una brutalidad increíble.

«Tenemos que luchar por el derecho a respirar, a estar aquí, a permanecer en nuestra tierra sin tener que sufrir a diario», dijo Rawan, de once años. Y Aladdin, de catorce: «Siempre tenemos que huir de algún peligro, si no son los soldados, son los colonos».

Los niños y jóvenes con los que hablé, me contaron infinidad de historias en las que la violencia y el miedo se expresaban de mil maneras diferentes: la violencia de los puestos de control, la pérdida del trabajo del padre, el temor a ser abofeteado, a los golpes, a ser desnudado en público, el «te quitaré la tierra y humillaré a tus padres», el sufrimiento por no tener a los progenitores en casa, porque, si los arrestan o los matan, entonces tiene que crecer con algún pariente cercano o lejano, que sin duda lo quiere, pero que no es ni su madre ni su padre.

Su vida cotidiana, incluso antes del 7 de octubre de 2023, era así. «Nos bombardeaban por todos lados, estaban en todas partes. Teníamos mucho miedo de que nuestros padres pudieran morir», me contó Yasmine, de dieciséis años, quien en ese momento, ya había vivido cinco guerras en Gaza. Y esta es la historia de Samer, de once años: «A mi padre lo asesinaron unos soldados cerca de una colonia. Dijeron que era violento… No sólo perdí a la persona más importante de mi vida, sino que también nos quitaron nuestra casa. Primero me quedé huérfano, luego me dejaron sin

hogar. El año pasado, los soldados atacaron mi escuela tres o cuatro veces. Lanzaban gas lacrimógeno y disparaban con balas de verdad. Muchos profesores y compañeros no podían respirar, me dijo Fares, de doce años.

Así es la infancia en Palestina.

***

Y, por desgracia, esto no es lo único que les roba la infancia a los niños palestinos. La violencia que presencian y de la que son víctimas no sólo es brutalmente repentina, sino también –igual de brutal– *sistémica*: algo que se insinúa en la cotidianeidad de cada persona y define sus contornos. Cuando escribí el informe sobre la infancia, también contamos a los niños heridos y mutilados de por vida, a los hijos de padres muertos, heridos o incapacitados, y a todas las personas, tanto adultos como menores, que han sufrido traumas. Estas cifras dejan sin aliento, pero al mismo tiempo no dicen nada, hasta tal punto que los palestinos llevan años rebelándose contra el riesgo de banalización de las estadísticas: una organización de jóvenes escritores fundada en Gaza por el profesor y poeta Refaat Alareer se llama precisamente We Are Not Numbers (No somos números). Se trata de un movimiento que nació en oposición a la destrucción de la cultura, las imágenes y las esperanzas palestinas en Gaza, causada por la ocupación y el conflicto permanentes.

Toda la vida de los palestinos, especialmente la de los más pequeños, parece estar allí, lista para ser destruida. Basta pensar en sus espacios existenciales.

Para cualquier niño, el hogar debería representar el centro de la infancia, un refugio seguro donde crecer, explorar y soñar; sin embargo, en Palestina, la protección ni siquiera se encuentra entre las paredes domésticas. La expropiación y la destrucción de viviendas se han convertido en un arma de la ocupación israelí, de modo que quienes crecen en esta realidad se ven obligados a vivir con una «no pertenencia» forzada impuesta desde fuera. Cada ladrillo sustraído de la propiedad o derribado no es sólo una vivienda demolida, sino un pedazo de vida, de historia y de pasado borrado, además de un futuro hipotecado, que marca irremediablemente el alma de los más jóvenes. Esta violencia imprime una herida profunda, una pérdida que

trasciende la materialidad, que rompe vínculos y comunidades, y proyecta la sombra de una existencia precaria sobre la inocencia de la juventud.

El colonialismo de asentamiento israelí, diseñado, de hecho, para anexionar progresivamente (e ilegalmente) lo que queda del territorio palestino, no se limita sólo a esto, sino que crea un entorno coercitivo que sofoca las posibilidades de crecimiento y desarrollo. Los niños y sus familias, al verse privados de recursos básicos como el agua y la electricidad, se ven abocados a la pobreza. La segregación territorial y las restricciones impuestas por la ocupación les impiden acceder a una educación y recibir una atención médica adecuadas, tanto en Gaza (incluso antes del ataque actual) como en Cisjordania.

La ocupación, por lo tanto, repercute en todos los aspectos de la vida de los palestinos. En el territorio ocupado, las demoliciones punitivas y los desalojos forzosos dejan a muchas familias sin hogar y condenan a los niños a vivir una infancia marcada por la ansiedad y la incertidumbre. El bloqueo de Gaza –una auténtica prisión al raso desde hace dieciséis años, antes de su completa destrucción– y los continuos ataques militares han destruido, durante años, las infraestructuras esenciales, lo que ha obligado a millones de personas a depender de la ayuda humanitaria. Generaciones de niños no sólo han sido testigos de la pérdida de sus hogares y tierras, de sus familiares y amigos, sino que han interiorizado el trauma de ver a su pueblo constantemente humillado y privado de sustento y dignidad.

Los niños palestinos de hoy, que representan casi la mitad de la población, han vivido toda su vida bajo la ocupación, al igual que sus padres antes que ellos. Un sistema que desde hace generaciones les priva de derechos fundamentales como la autodeterminación, la vida, la seguridad, la dignidad y el desarrollo, convirtiendo todos los días de su infancia en una lucha por no sucumbir. Estos niños crecen rodeados de violencia, viendo cómo sus casas son demolidas, sus escuelas destruidas y sus tierras confiscadas. Las imágenes de niños que merodean entre los escombros de sus hogares, recogiendo juguetes y pedazos de libros que escaparon de las excavadoras, o consolando a sus padres afligidos, están grabadas en mi memoria.

En aquel verano de hace dos años, que ahora parece tan lejano, además de los grupos de discusión con los niños, pensé en entrevistar también a personas adultas que, en la época de la primera y la segunda intifada, eran

menores de edad y que, ahora, ya son padres o incluso abuelos y abuelas. Una cosa que ha quedado clara es que la ocupación se ha vuelto cada vez más agresiva. Ahmed me contó: «Al menos, cuando éramos pequeños, en la época de la primera intifada, podíamos correr por las colinas. Ahora está el muro. Hay demasiados puestos de control. Ahora ni siquiera hay espacio».

A lo largo de los años, las colonias israelíes han continuado su expansión de manera incesante: desde los Acuerdos de Oslo en los años noventa hasta la construcción del muro a principios de 2002, pasando por la violencia continua en Cisjordania, el espacio en el que estas personas pueden vivir se ha reducido y fragmentado progresivamente.

A los niños se les ha privado incluso del espacio para imaginar. Están encapsulados, lo que me hizo tomar conciencia de otro aspecto fundamental de la ocupación: la estética de la encarcelación. Crecer bajo la ocupación israelí es como crecer en una prisión al raso, hecha de puestos de control, torres de vigilancia, colonias que vigilan desde arriba lo que queda del territorio, guardias armados para imponer su versión del orden ante cualquier supuesta amenaza. La violencia que se sufre en este espacio no es solamente física, sino también psicológica. Pienso en los niños que he conocido, e imagino que muchos de ellos acabarán por abandonar su tierra, donde ya no parece haber horizonte, y los sueños se ven sofocados por la brutalidad de la ocupación.

En esta cárcel a la intemperie, en la que adultos y niños se ven obligados a vivir, también las cifras de detenciones de menores palestinos son escalofriantes: desde 2000 hasta 2023, más de trece mil menores han sido detenidos, arrestados y encarcelados; y desde octubre de 2023 ya son más de trescientos. Las detenciones se llevan a cabo con cualquier pretexto, como el caso que cuenta Abir, de catorce años: «Un chico [palestino] iba caminando por la calle. Los soldados lo detuvieron, lo registraron, lo golpearon y finalmente lo arrestaron porque se negó a quitarse los pantalones durante el registro». También yo había presenciado numerosos abusos y vejaciones similares contra los palestinos por parte del ejército o la policía israelíes, por lo que nada de ese horror era nuevo para mí. Pero me dolía escucharlo en boca de chicos tan jóvenes.

Durante el periodo en que lideré grupos de discusión con niños y niñas palestinos, la violencia en los puestos de control y las incursiones armadas nocturnas y diurnas por parte del ejército israelí en las aldeas palestinas

estaban a la orden del día. Los propios soldados israelíes, por ejemplo, los de Breaking the Silence –una organización de exsoldados israelíes que denuncian públicamente los abusos del ejército en el territorio ocupado para sensibilizar sobre el impacto de la ocupación, no sólo sobre los palestinos, sino también sobre los militares–, reconocían con franqueza que tenían órdenes de invadir las aldeas, a veces cada noche durante semanas, si no meses: tenían que convencer a la población hasta la extenuación para que se marchara en nombre de la «seguridad israelí».

***

A la violencia estructural, cotidiana, que afecta a los hogares y amenaza a diario la seguridad y la dignidad de los niños y sus familias, hay que añadir, además, la violencia eruptiva de las guerras, los pogromos de los colonos armados (cada vez más numerosos en Cisjordania) y los ataques militares.

Cada año, cientos de niños y jóvenes son arrestados arbitrariamente, mutilados o asesinados, lo que les provoca profundos traumas físicos y psicológicos que raras veces reciben tratamiento.

A fin de cuentas, para todos los palestinos, incluidos los sectores más jóvenes de la población, la protección es una quimera: no existe ni por parte de las instituciones ni en ningún otro lugar. Los niños crecen con esta constante y terrible exposición a la violencia, y toda la sociedad se ve afectada por ello. Existe un trauma intergeneracional muy grave, que pude constatar cuando hablé con los chicos que habían estado detenidos. Estaban traumatizados. Incluso aquellos que luego hacen rehabilitación y mejoran relativamente llevan estas profundas cicatrices impresas para siempre. Algunos vuelven a la escuela, pero es muy difícil, porque si sales de la cárcel demasiado pronto significa que has hablado y, como consecuencia, eres condenado al ostracismo por tu comunidad. Si, por el contrario, has resistido seis meses, uno o dos años, entonces eres un héroe. Pero si has salido, probablemente tus padres han tenido que pagar por tu liberación.

No es normal crecer en un sistema así. Cuando la gente se pregunta: «¿De dónde viene la violencia?», para entenderlo sólo tienes que ampliar tu perspectiva y dejar los prejuicios a un lado.

Las historias que escuché durante esos encuentros *online* me impresionaron profundamente. El 2023 fue un año muy violento: hubo al menos diecisiete ataques a pueblos palestinos por parte de los colonos, que terminaron con casas y coches quemados, y palestinos asesinados. Recuerdo a un niño de doce años que había perdido a su hermana durante un ataque militar en Jenin en el verano de 2023. La ciudad llevaba días sitiada, y su hermana había sido asesinada en el patio trasero de su casa por el ejército israelí. Todos me hablaban de aquella niña, del vacío que había dejado en el campo de refugiados en el que había crecido, en el Freedom Theatre de Jenin, del que formaba parte. Ese teatro, que ha tomado el nombre de libertad, es una institución que permite a los niños, que viven en una zona en constante tensión, explorar su propia creatividad, expresar lo que llevan dentro.

«¿Cuánto dolor pueden contener unos cuerpos tan pequeños?», pensé mientras aquel niño, limpio y aseado, me contaba la historia de su hermana asesinada casi ante sus ojos.

Laila Mohammed Ayman Khatib tenía dos años y estaba cenando en casa con su familia cuando un soldado israelí le disparó en la nuca. Ocurrió en enero de 2025. ¿Cuántos periódicos hablaron de ello? ¿Por qué la vida (y la muerte) de los palestinos no tiene espacio ni voz en nuestras sociedades?

Así es como Israel, además, siembra las semillas del odio entre los palestinos, y me parece increíble que esto no se entienda.

Otra de las cosas que me impactó profundamente en aquellas tardes de verano de 2023 es el fuerte sentido de disciplina, resiliencia y respeto mutuo que se percibía en los grupos de discusión en Gaza. Había consejos juveniles, organizaciones no gubernamentales que habían creado espacios de encuentro donde los jóvenes podían debatir sobre las situaciones que estaban viviendo, sobre las privaciones que padecían. Recuerdo dos niñas que charlaban con delicadeza. Una decía: «Es cierto que el encierro y el asedio son terribles para todos, pero al menos tú, con la leucemia, has podido ir a Cisjordania y has visto las montañas. ¡Yo nunca he visto las montañas!».

La enfermedad es otra de las cuestiones que surgieron a menudo en mi diálogo con los niños. En Gaza, por ejemplo, ya antes del genocidio, la tierra estaba contaminada, superpoblada, llena de restos de explosivos sin detonar, y el agua era imbebible. La contaminación estaba por todas partes

y el número de personas con leucemia y cáncer, también entre los menores, era muy elevado. Varios informes de la ONU y otras organizaciones humanitarias han acreditado situaciones trágicas, como la de los niños de Gaza, incluso de cuatro o cinco años, obligados a viajar solos para recibir tratamiento médico en Cisjordania. Sus padres no tenían permiso para acompañarlos. Estas restricciones forman parte de las amplias medidas de seguridad adoptadas por Israel con respecto a la población de Gaza desde 2007, y que han tenido un impacto devastador en cualquier tipo de movilidad de los palestinos. En Gaza faltaban estructuras sanitarias adecuadas, lo que obligaba a muchas familias a tener que buscar asistencia médica fuera del territorio. Esta práctica no solo ponía en peligro la seguridad de los niños, sino que también causaba un enorme estrés emocional tanto a los pequeños pacientes como a sus familias, que se veían forzadas a separarse en momentos de gran vulnerabilidad. Pero los palestinos suelen ser extremadamente solidarios: siempre había alguien que los acogía, un amigo, un pariente, un miembro de una organización humanitaria.

Así es la infancia en Palestina.

O, mejor dicho, *era*, cuando los niños con los que hablé todavía vivían y Gaza rebosaba de vida. Ahora ya no queda nada que no haya sido destrozado por la guerra: desde las casas y las familias hasta las vidas individuales. La Gaza de la que me hablaban aquellos niños en 2023 ya no existe, y gran parte de Cisjordania, tal como yo la conocí, está siendo destruida mientras escribo estas páginas. Aunque quien sobrevive a la matanza anhela reconstruir, lo que queda son escombros, y el polvo aún no se ha asentado sobre los cascotes de Gaza. Después de más de quinientos días de bombardeos casi ininterrumpidos, las bombas siguen cayendo.

En pleno genocidio palestino iniciado en octubre de 2023, en una conferencia que impartí junto con el doctor Ghassan Abu Sitta en Londres, le escuché decir: «Los niños llegan muertos, destrozados, gravemente heridos. Pregunté por su historial médico y nadie sabía nada. No eran los hijos de sus rescatadores. Sus padres habían sido asesinados».

Esta también es la infancia en Palestina.

***

Crecer en Palestina significa ser niños en un clima de miedo e inseguridad constantes, rodeados por la violencia de colonos y soldados. Una situación que obliga a plantearnos preguntas devastadoras: *¿Por qué es así? ¿Somos menos humanos que los demás?*

Por lo tanto, no era de extrañar si los niños de mis grupos de discusión se comportaban como adultos y defendían sus derechos con firmeza, incluso cuando hablaban conmigo. Yo les decía: «Mirad, estoy aquí para escucharos, ese es mi trabajo, y realmente quiero que mi informe sea el vuestro y que todo lo que cuente lo haga con vuestra voz. No sé si cambiará algo…». Al final fue aún peor. Mucho peor de lo que jamás hubiéramos podido temer o imaginar.

«… Pero esta es mi promesa.»

Recuerdo, entre otras cosas, aquel verano como la primera vez que me sentí interpelada por mis hijos:

–¿Por qué pasas tanto tiempo con los niños delante del ordenador y no con nosotros?

Me di cuenta de lo extraño que resultaba para ellos, e intenté responder, casi segura de que no me entenderían, pero al menos para que lo recordaran en el futuro.

–Porque si yo fuera la madre de un niño que vive en una situación como la de esos niños que están en la pantalla del ordenador, me gustaría mucho que hubiera alguien más capaz de ayudarme. Y si yo fuera ella, pensaría que mis hijos, los que viven en Palestina, tienen derecho a las mismas cosas que los hijos de esta otra madre: los que ahora están en la playa, andan todo el día semidesnudos y, como mucho, pueden temer clavarse una espina de erizo de mar en el pie o discutir con un amigo sobre quién llegó primero a la boya.

Era como si en ambos extremos de aquella pantalla de ordenador –donde en un lado estaban esos niños listos y preparados y en el otro los que disfrutaban de sus vacaciones sin preocupaciones– pudiera escuchar las voces internas y externas: sólo que algunos días se hacía difícil distinguirlas.

Poco más de un año después, estaba en mi casa, en Túnez. Era por la tarde y, al otro lado de la ventana, a pocos metros de mí, estaba mi hijo Giordano que saltaba a la comba y se reía; mientras tanto, en mi portátil, se

sucedían las imágenes de una madre de Gaza que corría, gritando desesperada, hacia su casa, donde su hijo se estaba quemando vivo.

Así es la infancia en Palestina.

La protección de la infancia debería estar en el centro de cualquier debate sobre la denominada «cuestión palestina», en un esfuerzo por garantizar a todos los niños el derecho a crecer protegidos en un marco de seguridad, dignidad y libertad.

Sin embargo, en esa situación, no sólo los niños palestinos crecen en un sistema absolutamente injusto, que los expone continuamente a la violencia, sino también los niños israelíes. A fin de cuentas, ellos también son víctimas, porque –como sostiene la filóloga israelí Nurit Peled-Elhanan– ser educados desde pequeños con el miedo y la desconfianza hacia el otro, con la normalización de la violencia, con una visión del mundo basada en la dominación y la opresión racial, impulsada por la ideología de sus líderes políticos y, a menudo, también por sus propios padres, no ha sido una elección.

Pero los niños crecen, y los niños de hoy son los adultos del mañana. Si hay algo que generaciones de palestinos nos enseñan es que su pueblo no se doblega a la ocupación y resiste como sabe y como puede. Lo hicieron contra los británicos que malvendían sus tierras en 1936-1939. Lo hicieron a finales de los años ochenta, al estallar la primera revuelta contra la ocupación (primera intifada), cuando a raíz del asesinato de cuatro palestinos en un accidente provocado por un camión militar israelí en el campo de refugiados de Jabalia, en la Franja de Gaza, se desencadenaron manifestaciones en todo el territorio ocupado. Lo hicieron durante la segunda intifada, que estalló en 2000 y que, a diferencia de la primera, se tiñó de una violencia letal también por parte de los palestinos. La resistencia continuó de forma más bien pacífica, pero no siempre. Y, por desgracia, cuanto más violenta y odiosa es la opresión, más violenta puede ser la fuerza que pretende eliminarla.

Los palestinos siempre han querido liderar su propia emancipación de la ocupación y el *apartheid*. Esta determinación colectiva ha adquirido, con el paso del tiempo, una forma cada vez más concreta y decisiva: por ejemplo,

durante el gran movimiento de protesta de 2021, tras la enésima oleada de vejaciones y abusos que afectó masivamente a los residentes palestinos de Jerusalén. Al frente de esta protesta había muchos jóvenes de Sheikh Jarrah –el barrio en el que yo también había vivido–, entre ellos dos hermanos gemelos, Mohammed y Muna. Cuando, años más tarde, tuve ocasión de leer sus historias, esos rostros me resultaron familiares, pero en aquel momento no era capaz de relacionarlos con nada concreto; sólo después, al ver las fotografías de niño de Mohammed El-Kurd, me di cuenta de que lo conocía: era aquel niño que venía a jugar y a recoger moras frente a nuestra casa, y que, ya de pequeño, con sus argumentos en un inglés perfecto, se enfrentó a una extranjera de treinta años.

Hoy Mohammed El-Kurd es periodista, escritor, una de las voces palestinas más sólidas en defensa de su pueblo. Este es uno de sus versos: «No era una víctima hasta que el mundo me lo dijo».

La infancia en Palestina es una historia de víctimas, de miedo, de niños privados de su derecho a crecer seguros y protegidos, aunque muchos padres hacen todo lo posible para que sus hijos puedan vivir una vida relativamente tranquila y darles una sensación de normalidad, como en la película *La vida es bella*, en el interior de una realidad que bella no es. Una realidad en la que muchos de los niños y jóvenes que he conocido a lo largo de mi experiencia personal y profesional en Palestina hoy están muertos. Una realidad donde la vida de una persona pueda extinguirse a los seis años en el interior de un coche acribillado por centenares de balas, como le sucedió a Hind.

Hoy, una organización lleva su nombre, la Foundation Hind Rajab, que se dedica a emprender acciones legales contra los responsables, cómplices e instigadores de crímenes de guerra y de lesa humanidad en Palestina.

Esto es muy importante, pero no acaba con la muerte, el sufrimiento, ni tampoco con el miedo. Como me dijo Ouadia, de catorce años: «Tener miedo a la muerte no te impide morir, te impide vivir».

Así es la infancia en Palestina.

2

Abu Hassan

¿Cuáles son las consecuencias de la ocupación?

> Nuestras casas para otros, nuestras mujeres viudas.
> Piedras esparcidas a la entrada de la calle.
>
> CCCP, *Palestina*

En Jerusalén, es toda una institución, y fue el primer palestino que mi marido, Max, y yo conocimos a nuestra llegada a la ciudad santa, durante los días de mi segunda entrevista con el departamento legal de la UNRWA (Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Medio) para un nuevo trabajo que cambiaría mi vida para siempre. Después de habernos mudado allí, continuamos frecuentándolo con regularidad. Fue una pieza clave de tantas experiencias y decisiones; y sin embargo no recuerdo su verdadero nombre. Todos lo llamaban Abu Hassan.

En el mundo árabe del Levante (Oriente Medio) anteponer los prefijos *Abu* o *Umm* al nombre de pila de una persona es un modo de reconocer la transición de la adolescencia a la madurez, generalmente marcada por la llegada de los hijos (y por la adquisición del nombre del primer hijo o hija), porque *Abu* significa «padre de» y *Umm* «madre de». Por ejemplo, nuestros amigos árabes llaman a Max, en broma, *Abu Leila*, y a mí *Umm Leila*.

En el año 2010 fue la primera vez que pusimos los pies en Jerusalén, y Max y yo, ambos viajeros curiosos, aprovechamos la ocasión para visitar la

ciudad. Sin duda sabíamos algo, pero no teníamos ni idea de lo que nos esperaba. Tanto es así que lo primero que hicimos fue el clásico *tour* por la antigua Jerusalén, acompañados de guías israelíes que nos llevaron a ver el Muro de las Lamentaciones, la Jerusalén subterránea, Silwan…

Recuerdo que precisamente allí, en Silwan, visitamos una parte de la ciudad subterránea y, en un determinado momento, uno de los guías nos dijo: «¿Veis? ¡En estas piedras todavía pueden verse los vestigios del Éxodo!». Nosotros estábamos bastante escépticos. Max, antes de partir, había leído *La invención del pueblo judío* de Shlomo Sand, y ese día, durante el almuerzo, nos pasamos todo el rato pensando sobre la posibilidad de que los israelíes utilizaran ese tipo de argumento arqueológico como parte «de su propio trabajo colonial» en un intento de demostrar que ellos ya estaban allí hace dos mil años (lo que se entendía en aquel entonces por «trabajo colonial» era algo bastante confuso). La presencia de los judíos en la tierra de Israel de la Biblia, es decir, hace dos mil años, es uno de los argumentos clave que se han utilizado para defender el derecho de Israel como un Estado sólo para los judíos, quienes en 1948 regresaron a la tierra de la que habían sido expulsados casi diecinueve siglos antes. De alguna manera, y para muchos, esto justifica la ocupación interminable y todas las demás atrocidades que se han cometido a diario durante décadas contra el pueblo palestino, sobre la base de la supuesta idea: «Hemos vuelto, y ahora marchaos todos vosotros, usurpadores».

Estábamos almorzando en el Hotel Jerusalén (otro de los edificios que se hallan frente a la ciudad vieja) cuando nos pusimos a charlar con un empleado y le explicamos lo sorprendidos que estábamos por el recorrido que acabábamos de hacer, ya que nos había parecido una especie de propaganda arqueológica. Él nos respondió con la entrega de un folleto, y nos explicó que los *tours* con guías israelíes no eran los únicos que había en Jerusalén. Nos recomendó que contactáramos con Abu Hassan y que hiciéramos uno de sus *alternative tours*.

Abu Hassan estaba a la vuelta de la esquina. Cuando no hacía de guía, se pasaba la mayor parte del tiempo en el Mihbash, una cafetería que se hallaba en el primer piso de un edificio histórico, a pocos pasos del hotel. Nada más entrar, nos alcanzó una vaharada de comida frita y humo. El local era realmente *kitsch*, pero enseguida nos sentimos como en casa; de hecho, pronto se convirtió en nuestro lugar de referencia en Jerusalén.

Preguntamos por Abu Hassan, nos presentamos y le preguntamos si en los próximos días tenía disponibilidad para hacer un *tour* con nosotros. Al día siguiente, nos fuimos con él.

Para empezar, nos llevó a los lugares de Jerusalén donde las familias estaban separadas por el muro y los niños tenían que pasar por las alcantarillas para llegar a la escuela, debido a las barreras impuestas por los israelíes. Nos explicó los chanchullos de los recorridos arqueológicos como el que habíamos hecho el día anterior. Gracias a Abu conocimos a un sacerdote, con formación en arqueología, que nos explicó con detalle cuánta manipulación político-ideológica había detrás de esa labor de narración histórica. Luego, Abu Hassan nos llevó a ver las casas que los colonos acababan de arrebatarles a los palestinos en el barrio de Sheikh Jarrah, tras expulsar a los que habitaban en ellas (incluida la familia de Mohammed El-Kurd) junto con la mayoría de los muebles y todo lo que había en su interior: frigoríficos, mantas, ropa, cuadernos infantiles… Cuando llegamos, los colonos que vivían en una de las casas expropiadas salieron de ella y empezaron a lanzarnos objetos sin dejar de gritar: «¡Fuera!, ¡Fuera!».

Al final de la visita, Abu Hassan nos llevó a almorzar. Por supuesto al Mihbash.

En la comida, al percibir hasta qué punto me había impactado lo que acabábamos de ver, me preguntó:

–¿Por qué estáis aquí? ¿Sois turistas?

–He venido a una entrevista –respondí–. Espero poder mudarme a Jerusalén para trabajar en la UNRWA.

–¡Esos buitres de las Naciones Unidas! –exclamó de inmediato–. Era mejor cuando no estabais, porque no hacéis nada, vuestra presencia no cuenta, lo único que se ha visto desde que estáis aquí es que la vida se ha vuelto más cara para todos.

Me sentí ofendida y reaccioné con rudeza.

–¡Eso no es cierto! Si me contratan para este trabajo, yo me ocuparé de los derechos humanos, eso significa que la organización quiere darle mucho más espacio.

Nunca olvidaré que mis palabras no parecieron molestarle demasiado. Me miró fijamente a los ojos y simplemente me preguntó:

–Pero *¿tú* qué quieres hacer?

Una pregunta para la que, después de tantos años, aún no he encontrado respuesta.

A las pocas semanas, en efecto, me ofrecieron el trabajo para el que me habían entrevistado, de modo que Max y yo regresamos a Jerusalén, en esa ocasión para quedarnos. Inmediatamente fuimos al Mihbash a buscar a Abu Hassan, que estaba allí, como siempre. Fuera verano o invierno, a menos que lloviera o nevara, lo primero que uno ve al entrar en el establecimiento es su silueta de espaldas, fumando la *shisha* y contemplando la ciudad vieja.

A partir de aquel día, hicimos muchas otras excursiones con él. Empezamos a conocer su historia y, a través de él, comprendimos muchas cosas de la cultura palestina. Abu Hassan gozaba de un privilegio, como jerosolimitano podía desplazarse libremente por Palestina y también por Israel. De hecho, los palestinos se dividen según cuatro sistemas de identificación diferentes: aquellos con ciudadanía israelí que viven en Israel (conocidos también como «palestinos del 48» y «árabes israelíes», un término que los palestinos detestan); los residentes de Jerusalén Este (JE), aquellos que son residentes permanentes pero no tienen ciudadanía israelí; los palestinos de Cisjordania (WB, es decir, West Bank) y los de la Franja de Gaza, ambos, por lo general, poseen documentos de identidad, emitidos formalmente por la Autoridad Nacional Palestina (ANP), pero *de facto* controlados por Israel, que regula su emisión, renovación y revocación, lo que determina así su capacidad para desplazarse, trabajar y acceder a servicios. Cada grupo tiene diferentes derechos, especialmente en cuanto a los desplazamientos se refiere, el acceso a los servicios y el estatus jurídico. Por lo tanto, la situación de los jerosolimitanos es distinta a la de los residentes en Gaza, Cisjordania o Israel: «Según la legislación israelí, los residentes palestinos de Jerusalén Este no son ciudadanos israelíes ni residentes de Cisjordania. Sin embargo, reciben un precario estatus de residencia permanente, que les permite vivir y trabajar en la ciudad, beneficiarse de los servicios sociales del Instituto Nacional de Seguros de Israel y de la asistencia médica nacional, y votar en las elecciones municipales, pero no en las nacionales», como señala Amnistía Internacional.

Fue con Abu Hassan con quien –tras pasar otro puesto de control israelí– hicimos nuestra primera visita a Hebrón. Ese día nos explicó cómo la ciudad fue dividida en dos: una parte, llamada H1, gobernada

formalmente por la Autoridad Nacional Palestina, mientras que la otra, H2, estaba bajo control militar israelí, junto con algunas zonas de la ciudad vieja inaccesibles para los palestinos. Más de treinta mil palestinos viven en H2, con respecto a los setecientos colonos judíos que disponen de una zona exclusiva en el centro de la ciudad. El viaje a Hebrón formaba parte de una gira de «concienciación», cuya primera etapa fue la mezquita de Ibrahim / Tumba de los Patriarcas, un edificio religioso dividido en dos para que los fieles musulmanes y los judíos pudieran rezar por separado a la misma figura: Ibrahim para los musulmanes, Abraham para los judíos.

En 1994, un colono israelí estadounidense, Baruch Goldstein, entró en ese lugar sagrado vestido de uniforme militar, armado con una ametralladora, y masacró a veintinueve palestinos que estaban rezando, e hirió a cerca de cien. Finalmente, alguien logró capturarlo, y fue atacado y asesinado; pero además de la carnicería que supuso su irrupción en la mezquita, este suceso desencadenó una revuelta en la ciudad: en los enfrentamientos con el ejército israelí murieron más de veinte palestinos y cuatro israelíes. Sin embargo, los israelíes no lo consideran una masacre, o simplemente no la recuerdan.

Se celebró un funeral solemne por Baruch Goldstein, y su tumba, en la Cisjordania ocupada, sigue siendo un lugar de peregrinación. Ha habido muchos horrores como este para los palestinos durante las décadas transcurridas desde el inicio de la ocupación, pero muchos no quieren ver, como si se negaran a comprender.

En Hebrón se halla una de las últimas fábricas de *kufiya*[3] que aún sigue en funcionamiento: hay algunos preciosos, tejidos a mano. Históricamente fue una ciudad de comerciantes, también famosa por su cerámica y vidrio soplado, hoy derruida, malograda y sin vida.

La vía principal de Hebrón, la calle Shuhada (que significa «la calle de los mártires»), antaño concurrida y llena de vida, lleva mucho tiempo sellada. Los palestinos pueden vivir allí, pero no caminar. Las puertas de las casas y de las tiendas han sido tapiadas por el ejército, por lo que muchos han construido pequeños puentes para poder pasar de una casa a otra. Pueden verse escenas absurdas: niños que, al llegar tarde a la escuela, saltan las verjas y son perseguidos, reprendidos o golpeados por los soldados.

***

Otro de los viajes que hicimos con Abu Hassan fue a Nablús, en el norte de Cisjordania. Todas las ciudades palestinas tienen una medina, la parte histórica rodeada de murallas, pero Nablús es única porque se halla en una zona montañosa, es decir, está rodeada de montañas, es muy verde y es famosa por su aceite de oliva, que también se utiliza para producir jabón, y por el *knafeh*, un dulce tradicional palestino, que es tan conocido como delicioso. «El de Nablús es extraordinario», me habían dicho varios amigos de Jerusalén. Y tenían razón. El *knafeh* se elabora con queso de cabra suave, dulce, recubierto con *kataifi,* una especie de pasta filo en forma de hebras muy largas y rociado con miel caliente o sirope, agua de rosas o agua de azahar. Se coloca en enormes moldes redondos, luego se hornea durante una hora y se corta a rombos o triángulos y se toma con el té. Ver cómo se prepara ya resulta una experiencia.

En Nablús, además, tuvimos ocasión de conocer a varias personas y de poder hablar con ellas para comprender mejor, y de forma más cercana, cuál era la realidad de aquel lugar. Por ejemplo, conocimos a algunos expresos políticos que habían sido arrestados simplemente por protestar contra los soldados para exigir la libertad de su pueblo, o por participar en supuestas actividades políticas.

Nos informaron de que el entonces alcalde de Nablús, Adly Yaish, pertenecía a Hamás: un movimiento nacionalista islámico que nació durante la primera intifada, en la década de 1980, de la tradición política de los Hermanos Musulmanes. A lo largo de los años, Hamás ha representado tanto una forma de resistencia armada contra la ocupación israelí y el sistema de *apartheid*, a través de las brigadas al-Qassam –responsables de numerosos ataques trágicos contra civiles y soldados israelíes que culminaron el 7 de octubre de 2023–, como un partido político. En 2006, Hamás ganó las elecciones legislativas palestinas, por encima de Fatah, el partido rival fundado a finales de la década de 1950 por iniciativa de Yasir Arafat junto con otros exiliados palestinos. Después de que la comunidad internacional no reconociera el resultado de los votos, estallaron violentos enfrentamientos entre Hamás y Fatah, hasta que, en 2007, Hamás tomó el

control de la Franja de Gaza, que aún hoy conserva a pesar de la destrucción generalizada, mientras que Fatah gobierna Cisjordania.

Siempre en compañía de Abu Hassan, visitamos por primera vez –incluso antes de que yo fuera allí por la organización para la que trabajaba– los campos de refugiados de Balata y Jenin, en el norte de Cisjordania. Después de que los palestinos fueran expulsados de sus hogares en 1948 por las milicias judías que, posteriormente, se integraron al ejército del recién formado Estado de Israel, estos dos campos se convirtieron en los mayores campos de refugiados del territorio palestino ocupado: una parte de los evacuados que llegaban en masa desde la zona de Galilea o la costa de Haifa se desplazaron al Líbano, pero muchos se asentaron en Balata y Jenin, esperando el día en que pudieran volver a casa. La primera generación vivió básicamente así, en tiendas de campaña, a la espera del fatídico regreso. Sin embargo, la segunda generación fue la de los que resistieron, la de los que lucharon: los primeros en comprender que nadie iba a ayudarlos. Ni los árabes ni las Naciones Unidas los liberarían jamás de los campos, y mucho menos de las garras de la ocupación. Y así, esa región se convirtió en la cuna de la resistencia armada en Cisjordania.

La resistencia palestina se remonta a la época británica. La oposición a Israel comenzó a afianzarse a finales de la década de 1950, cuando surgieron varios movimientos de resistencia como Fatah, el Frente Popular para la liberación de Palestina (FPLP), y el Frente democrático para la liberación de Palestina (FDLP), que, posteriormente, se asociaron y se federaron con la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), convirtiéndose en el núcleo duro de la resistencia armada. Todos estos grupos estaban fuertemente arraigados en los campos de refugiados, razón por la que Balata y Jenin se encuentran entre las zonas más frecuentemente atacadas por el ejército israelí. Pudimos ver todo esto desde dentro, porque el campo de refugiados de Jenin aún existía, aunque gran parte de él fue destruido por el ejército israelí durante la segunda intifada, y luego reconstruido con enormes sacrificios. Desde enero de 2025, el campo ha sido duramente bombardeado por Israel y, en pocas semanas, cerca veinte mil personas se han quedado sin hogar.

De aquella Palestina que fue y ha sido hablamos largamente con Abu Hassan, con quien, con el tiempo, establecimos un estrecho vínculo. Nuestra amistad fue un proceso de simbiosis: él entró en nuestras vidas y nosotros en la suya mediante un respeto mutuo, pero también siendo conscientes de que había cosas que, instintivamente, al principio no entendíamos. Abu Hassan, no sólo me llevó a ver las colonias en Cisjordania, sino que me acompañó en mis paseos por la ciudad y me ayudó a entender qué productos procedían de las colonias y cuáles no, si era mejor comprar en los supermercados para apoyar a los palestinos y qué es lo que no debía comprar en absoluto. Después de un año, me había forjado una idea bastante clara de quiénes eran los comerciantes comunes y quiénes los «colaboradores», es decir, aquellos que comerciaban con la ocupación israelí, que impuso la venta de productos de las colonias y prohibía la entrada en Jerusalén de productos palestinos producidos en Cisjordania (¡en Gaza ni pensarlo!).

Abu Hassan fue uno de los amigos a los que recurrimos cuando nos mudamos a Jerusalén para saber qué casas, de las que nos ofrecían en alquiler, les fueron arrebatadas a los palestinos en 1948, y así poder rechazarlas.

Además de las visitas guiadas que Abu Hassan nos brindó los primeros días de nuestra estancia en Palestina, siempre lo encontrábamos en el Mihbash, y nos preguntábamos si el establecimiento era suyo. Luego, con el paso de los años, descubrimos que no, pero que era como una segunda casa para él.

Nosotros también íbamos allí encantados y llevábamos a nuestros amigos, pese a que la comida no era nada del otro mundo, y los jóvenes que atendían las mesas no parecían estar especialmente dotados para el trabajo. Me llevó tiempo comprender que, si a veces se comportaban de forma poco hospitalaria, había una razón, de hecho, más de una. Esos jóvenes no sólo procedían de entornos culturales tradicionales y se veían obligados a servir alcohol o a sonreír a la gente que estaba allí, en su tierra, sin comprenderla o respetarla, a fin de cuentas, sino que todos venían de situaciones terribles y cargaban con grandes traumas. En realidad, quienes trabajaban en el Mihbash de cocineros o camareros no eran profesionales, sino jóvenes que llevaban a sus espaldas experiencias vitales difíciles, y aquel establecimiento les ofrecía una oportunidad.

Muchos palestinos, sobre todo durante los frágiles años de la infancia y la adolescencia, se ven recluidos en cárceles israelíes. Entre 1967 y 2006, más de ochocientos mil palestinos, incluidos menores, fueron arrestados y detenidos por Israel, y, obviamente, las oportunidades laborales para quienes salen de una cárcel israelí son limitadas. De modo que, para ayudar a estos jóvenes, Abu Hassan los encarrilaba y los hacía trabajar en lo que para entonces se había convertido en su cuartel general. Esta es la razón de la sombra que se cernía sobre algunos de los camareros del Mihbash.

Para mí, como para Max y nuestros amigos y colegas más cercanos, aquel lugar era un refugio y nos alegraba que fuese nuestro punto de encuentro, porque lo considerábamos una forma muy práctica de aportar nuestro pequeño grano de arena a la difícil vida de los palestinos en Jerusalén Este. No importaba que el servicio no estuviese a la altura de una Guía Michelin o que el olor a comida frita mezclado con *shisha* flotara en el aire, que precisamente era el argumento del que nuestros amigos se valían a veces para protestar e intentar llevarnos a otro sitio: «¿Por qué siempre tenemos que ir a ese sitio donde nos apesta la ropa al salir?». Pero de un modo o de otro, Max siempre conseguía convencerlos.

***

De los diversos temas de nuestras interminables charlas, uno de los más asiduos fue, sin duda, la detención. Posteriormente, al escribir mi segundo informe para las Naciones Unidas –«Privación arbitraria de la libertad en el territorio palestino ocupado: la experiencia palestina detrás y más allá de las rejas»– tuve la ocasión de iniciar una investigación mucho más profunda sobre esa cuestión, y que me reveló una información aterradora. En este informe, que presenté al Consejo de Derechos Humanos en julio de 2023, definí *carcerality* («carcelario») como la privación arbitraria y sistemática de la libertad: un sistema de confinamiento a gran escala que oprime todos los aspectos de la vida palestina. Pese a que Israel me había denegado una vez más el permiso para ir a Palestina, para preparar mi informe realicé una investigación que duró más de seis meses, y que puso de manifiesto cómo este control se produce en tres niveles: físico (mediante puestos de control, los muros y el bloqueo de Gaza, que ha convertido toda esa zona en una

prisión al aire libre); burocrático (con un sistema de restricciones que regula y limita cada movimiento), y digital (gracias a las tecnologías de vigilancia que monitorean constantemente a la población).

Los encarcelamientos a menudo se producen sin cargos, ni procesos justos, y el sistema judicial israelí garantiza los derechos civiles de los colonos mientras que aplica la ley militar a los palestinos. Por no hablar de las condiciones absurdas y degradantes a las que se ven abocados los niños y jóvenes, los tipos específicos de violencia y chantaje que sufren las mujeres y las personas LGBTQ+, y el hecho de que la tortura siga siendo generalizada en las cárceles. Este es el escenario. Prácticas que violan claramente el respeto de los derechos humanos y, por tanto, deberían ser juzgadas como crímenes de guerra y de lesa humanidad. ¿Qué legitimidad puede tener un sistema jurídico que trata a toda una población como una amenaza colectiva?

Además de la cantidad de palestinos arrestados –cifras aterradoras, porque en cualquier circunstancia el arresto y el encarcelamiento te marcan para siempre–, investigué la terrible realidad de la detención de menores por parte de Israel.

El arresto de menores es una herramienta para la represión y una de las armas que Israel utiliza para perseguir a los palestinos y privarlos de sus derechos fundamentales. La persecución, es decir, la privación intencional y grave de los derechos fundamentales basada en la identidad grupal, constituye un delito internacional, reconocido por el Estatuto de Roma (que establece que la Corte Penal Internacional tiene atribución jurisdiccional sobre crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra, agresión y genocidio).

Arrestar a un niño o a un joven, con frecuencia en plena noche, por haber arrojado piedras a soldados israelíes, a vehículos militares o a colonos, para luego acosarlo y obligarlo a suministrar información sobre personas de la propia ciudad o de su barrio, es una experiencia que lo marcará para siempre, y desencadenará una serie de consecuencias en su vida. En primer lugar, la exposición a una violencia similar, y, por si fuera poco, sin la asistencia de un padre o un representante legal, deja a los

menores solos y vulnerables: maltratados, amenazados, abofeteados, golpeados, privados de la capacidad de defenderse. A menudo se los encadena de pies y manos a las sillas y así se los retiene durante mucho tiempo. Sienten dolor, no pueden ir al baño, se orinan encima y son objeto de burlas por ello.

En más de una ocasión algún que otro niño ha sido sometido a régimen de aislamiento durante más de dos semanas. Sin embargo, los estándares de las Naciones Unidas sobre el tratamiento de los reclusos señalan que el aislamiento durante más de quince días está considerado una forma de tortura, y está expresamente prohibido en adultos, ¡ya no digamos si se trata de menores…! Los niños no deberían ser encarcelados: las cárceles no son lugares para ellos, sobre todo las militares, que es donde suelen acabar los palestinos. A lo largo de los años, varias organizaciones internacionales han recomendado que el sistema de detención militar israelí respetara los derechos de los niños. Pero visto con perspectiva, eso fue un error. Simplemente debería de haberse insistido en que los niños no debían ser arrestados por soldados, ni ser acusados de delitos imprecisos, establecidos por órdenes militares de naturaleza vejatoria, ni ser juzgados por tribunales militares. En cambio, el objetivo era intentar hacer la ocupación más «aceptable». Pero ¿cómo podría considerarse aceptable una ocupación que se utiliza como instrumento de opresión permanente?

A lo largo de los años, he asistido a varios juicios de menores y he presenciado con mis propios ojos su absurda brutalidad. Los niños eran conducidos a la sala encadenados; me parecía estar reviviendo las escenas de los esclavos en los campos de trabajo. Pequeños, demacrados, exhaustos, emocionados ante la idea de que, por primera vez desde su arresto, podrían volver a ver a sus padres, en estas audiencias que duraban tan sólo unos minutos. A menudo, el juez ni siquiera los miraba; escuchaba la acusación –«Ha tirado piedras»– y dictaba sentencia. Dos años de prisión. Tres años de prisión. Y así sucesivamente. Un juez generoso, dado que para los palestinos la pena por arrojar piedras puede ser incluso de hasta diez años (veinte si es con intención de dañar a alguien).

Después de una pesadilla de ese tipo, ¿cómo podemos sorprendernos si cuando los niños palestinos regresan a casa están traumatizados, no quieren salir, tienen miedo, mojan la cama y presentan problemas o conductas violentas? Estamos hablando de niños de tan sólo doce, trece o catorce

años, aunque arrestan incluso de menor edad. Los furgones israelíes se han llevado a niños de cinco o seis años, tal vez no detenidos sino para ser interrogados y luego enviados de nuevo a casa (basta con buscar en internet para corroborarlo). Las consecuencias son dramáticas y el mensaje es muy claro: «Están bajo nuestro control. No son libres».

¿Cómo se puede hablar de *conflicto*, como sinónimo de guerra, en una situación como esta?

El conflicto requiere dos partes relativamente comparables. Israel y Palestina no lo son: una es la ocupante y la otra la ocupada, una es la colonizadora y la otra la colonizada, que se halla en una condición de subordinación estructural y es víctima de un sistema de control y segregación. No, esto no es un conflicto, como mucho, puede ser un conflicto con la humanidad.

Además, para agravar la opresión del pueblo palestino, todas las acciones de la ocupación israelí se ven paradójicamente agravadas también por la propia Autoridad Nacional Palestina, una institución política creada en 1993 tras los Acuerdos de Oslo.

Es una lástima que estos acuerdos, firmados entre Israel y la OLP, en teoría no hubieran marcado el primer reconocimiento mutuo entre ambas partes y trazado el camino hacia la creación de un Estado palestino; pero para los palestinos, no han producido resultados concretos, salvo el fortalecimiento de la matriz de control que ha provocado que la ocupación sea aún más voraz en la adquisición de tierras y la represión de la vida palestina.

El Estado prometido se constituyó, y existe formalmente (incluso está reconocido por 135 países de las Naciones Unidas), pero en la práctica nunca se ha materializado. La ocupación israelí ha seguido expandiéndose geográficamente, y las colonias en el territorio ocupado han continuado, lo que ha intensificado las medidas represivas.

Pero incluso si se hubieran respetado los Acuerdos de Oslo, estos se cimentaban sobre una fuerte asimetría de poder entre las partes, lo que habría permitido a Israel mantener el control efectivo del territorio y dejar a los palestinos una autonomía fragmentada y privada de una auténtica soberanía. Así lo han afirmado numerosos estudiosos, tanto palestinos como israelíes, como Edward Said, Tanya Reinhart, Ilan Pappé, y lo avalan informes de organizaciones como la israelí B'Tselem. Pese a que han

supuesto un punto de inflexión simbólico, las negociaciones de Oslo no cuestionaron la arquitectura del control israelí. Por ello, muchos consideran que fueron precisamente estos acuerdos los que legitimaron la ocupación, los que transformaron la Autoridad Nacional Palestina en un organismo administrativo que gobierna a la población en algunas zonas, pero que globalmente se halla bajo la vigilancia y el dominio militar israelí. De hecho, más allá de la intención explícita de ejercer el pleno control civil y de seguridad en las principales ciudades palestinas (la denominada zona A) y de ocuparse únicamente del control civil en las zonas periféricas del territorio ocupado (la zona B), la función fundamental de la ANP, según los Acuerdos de Oslo, es mantener la coordinación de la seguridad con Israel. Pero ¿la seguridad de quién? La respuesta es evidente.

Muchos palestinos consideran que la ANP es un obstáculo para conseguir la autodeterminación; esto, lamentablemente, agrava la fragmentación social y política de los palestinos.

Hoy, más que nunca, el futuro de un palestino tiene pocas alternativas. De hecho, en el ejercicio de las funciones vitales básicas el enfrentamiento con el israelí es inevitable y no es extraño ser encarcelado o asesinado. También la política conduce al mismo resultado.

Hay figuras como la de Khalida Jarrar, parlamentaria que fue elegida en 2006 miembro del Consejo Nacional Palestino, que constantemente es detenida por razones de seguridad. En 2021, mientras estaba en prisión sin cargos ni juicio, Israel ni siquiera le permitió asistir al funeral de su hija, Suha, que falleció muy joven de un ataque al corazón.

La detención por parte del ejército israelí convierte a los palestinos en presos políticos: no son arrestados por delitos comunes, los cargos que se les imputan, cuando se presentan, suelen estar relacionados con la situación política. Siempre ha habido una solidaridad innata entre la sociedad y los presos, quienes, de algún modo, son vistos como luchadores. Ayudarse los unos a los otros y apoyar a las familias de los presos fue, primero, una prioridad de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y luego también de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), al menos hasta febrero de 2025, cuando, bajo la presión de Estados Unidos, la ANP retiró el apoyo

a los presos palestinos y a sus familias. Esto ha privado a muchas personas de una ayuda crucial, los arrestados suelen ser cabezas de familia, lo que supone dejar todo el núcleo familiar sin recursos, de ahí el interés de Abu Hassan para que aquellos jóvenes trabajaran en el Mihbash.

Es cierto que la resistencia puede ser violenta, y que debe protegerse a los civiles de ella en todo momento y pase lo que pase. No estoy aquí para justificar ningún delito que los palestinos hayan podido cometer contra civiles israelíes durante su prolongada opresión. Pero recuerdo una frase de Bertolt Brecht que me parece sumamente apropiada en este caso, así como también en otros casos de opresión sistemática y prolongada: «El río que todo lo arrasa es conocido por ser violento, pero nadie llama violentas a las orillas que lo detienen». Ha llegado el momento de extirpar la violencia de raíz, de erradicar las causas que la originan, y que, fundamentalmente, en Palestina son la opresión y el *apartheid*.

3

George

¿Qué significa vivir en Jerusalén?

All in all it was all just bricks in the wall.
All in all you were all just bricks in the wall.

PINK FLOYD,
«Another Brick in the Wall» (parte 3)

Para mí, Jerusalén es una ciudad demasiado religiosa, pero muy poco espiritual. De hecho, a menudo, he tenido la impresión de que es precisamente allí donde se respira la religión que aturde el espíritu, a pesar de que tanta gente –judíos, musulmanes y cristianos– la vive como el punto de apoyo de su fe.

Geográficamente es una ciudad como muchas otras; políticamente, sin embargo, está dividida en dos, y si la conoces bien, es una ciudad fragmentada, empezando por la Carretera 1, que la cruza de norte a sur, y sirve de línea de demarcación entre las zonas predominantemente árabes al este y las judías al oeste. Actualmente urbanizada e integrada en el tejido urbano (al este, pasa cerca de la Puerta de Damasco, Sheikh Jarrah, Musrara…), fue en su día una importante línea divisoria física, trazada por la guerra de 1948, pero también una línea cultural y política dentro de la ciudad, de la que conserva un fuerte valor simbólico e histórico.

En 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el llamado Plan de Partición, que preveía la división de Palestina en dos estados, asignando aproximadamente el 55 % del territorio al futuro Estado judío (a pesar de que los judíos representaban menos del 35 % de la población y poseían *de facto* sólo el 6 % del territorio) y el 45 % restante a

los palestinos, quienes individual o colectivamente poseían en aquel momento el 94 % del territorio.

El plan fue rechazado por los líderes palestinos y los países árabes, que lo consideraron injusto. Y esto desencadenó una guerra civil, que se agravó luego hasta convertirse en el conflicto de 1948 tras la proclamación del Estado de Israel.

Las batallas entre las milicias sionistas y las fuerzas palestinas y árabes se centraron en puntos estratégicos, entre ellos la carretera que conectaba Tel Aviv (entonces una colonia de judíos que habían llegado de Europa del Este para escapar de las persecuciones) con Jerusalén: la futura Carretera 1.

Durante el conflicto que estalló en mayo de 1948, en lo que las Naciones Unidas habían determinado como territorio del Estado judío, uno de los puntos cruciales fue la zona alrededor de la ciudad de Latrún, escenario de violentos enfrentamientos entre las tropas israelíes y la Legión Árabe, que había intervenido, en aquel momento, desde Jordania.

Después del armisticio de 1949, el alto el fuego de la Línea Verde se trazó justo en esa zona, y en algunos tramos la Carretera 1 aún la recorre hoy en día, marcando la separación entre los barrios palestinos, como Sheikh Jarrah y el vecino barrio judío ortodoxo, al otro lado de la Carretera 1, en la zona israelí de Jerusalén Oeste.

En el Plan de Partición de las Naciones Unidas, Jerusalén se concibió como un *corpus separatum*, una ciudad bajo administración internacional, pero eso nunca ocurrió. A Israel se le había asignado el 55 % de la Palestina histórica, pero en cambio se apoderó del 78 %, dejando al «Estado Árabe» concebido por la ONU –y al que se oponen los propios árabes– sólo el 22 %, lo que supuso una grave violación de los términos de la partición. Se produjeron enfrentamientos entre las milicias sionistas y la resistencia armada palestina, ataques directos contra aldeas, especialmente contra palestinos, y la expulsión o huida forzada de aproximadamente 750.000 palestinos: la llamada Nakba.

Jerusalén quedó entonces dividida en dos: el oeste, bajo control israelí, y el este, bajo control jordano. La ciudad vieja se halla justo al otro lado de la antigua Línea Verde (el otro nombre de la Carretera 1, por el color con la que fue trazada la línea de armisticio con Jordania). La ciudad vieja es espectacular. Rodeada de antiguas murallas, está formada por cuatro barrios: el armenio, el judío, el cristiano y el musulmán.

Justo fuera de las murallas de la ciudad vieja, en el lado del barrio musulmán, se halla la calle Salah al-Din, donde se encuentra la Educational Bookshop, que es la librería más conocida de Jerusalén Este: un punto de referencia tanto para extranjeros como para palestinos que tienen acceso a Jerusalén.

En la planta baja se halla la librería, que tiene (o, mejor dicho, *tenía*, hasta que se lo permitieron) una amplia selección de libros modernos e históricos sobre Palestina. En la planta inferior hay una sala en la que se imparten conferencias y una pequeña cafetería donde, cuando no había eventos, se servían dulces caseros, mientras que en la parte superior había un espacio para estudiar y trabajar. Max, que en aquel periodo trabajaba a distancia con una organización inglesa, siempre iba allí, la librería se había convertido en su oficina cuando nos mudamos desde Ginebra. Un día, cuando se percató de que quien solía sentarse a trabajar a su lado tenía un número incalculable de ventanas abiertas simultáneamente en la pantalla de su ordenador, Max le preguntó: «pero ¿cómo puedes trabajar así?». De ese modo conoció a George, y de ese modo nació su (y nuestra) amistad, en detrimento de los demás clientes de la cafetería. Con sus potentes tonos de voz, pronto fueron apodados la pareja de «contaminadores acústicos» por excelencia.

George es un ingeniero palestino de Jerusalén, una persona muy inteligente, brillante y sumamente cálida. Estudió en Estados Unidos, trabajó durante años en Silicon Valley y, a principios de la década de 2000, después de vivir allí veinte años, decidió dejarlo todo y regresar a casa para contribuir a la construcción de lo que él esperaba que se convirtiera en el Estado Libre de Palestina.

En Palestina, George tuvo dificultades para mantener un trabajo digno de su formación, sobre todo debido a su pensamiento independiente. Le costaba mucho trabajar con organizaciones internacionales, donde se esperaba que un palestino no hablara de ocupación y *apartheid*. La idea era, más o menos, la siguiente: «Si quieres trabajar con nosotros [es decir, con los occidentales adinerados], tienes que ajustarte a nuestros protocolos». Pero George era un anticonformista, y sobre todo una persona de principios, difícil de doblegarse ante la despolitización de los *donors* occidentales. Y, por supuesto, trabajar con los israelíes era aún más complicado, porque incluso los más progresistas mantenían siempre cierto sentido de

superioridad hacia los palestinos, y él no soportaba la idea de sentirse beneficiario de la generosidad ajena.

Para un palestino vivir en Jerusalén significa enfrentarse a diario a las implicaciones de la subordinación estructural impuesta por Israel. Empezando con la terminología, que solemos dar por sentada, pero que no lo es.

La oposición entre «árabes» y «judíos», por ejemplo, puede verse como una reverberación del pensamiento sionista, que tiende a simplificar esta terrible situación de *apartheid* en términos etnorreligiosos y oculta las dimensiones políticas, coloniales y nacionales. Llamar a los palestinos genéricamente «árabes», como suele ocurrir en los libros de texto israelíes o en los principales medios de comunicación de todo el mundo, contribuye a la negación de su identidad nacional. El hecho de referirse a los palestinos simplemente como «árabes» puede insinuar la idea de que Palestina no existe, y que los palestinos son huéspedes temporales o, peor aún, una invención.

¿Qué puede significar para un palestino jerosolimitano vivir todos los días inmerso en esta tensión que lo impregna todo, incluidas las palabras aparentemente más banales, pero que, al examinarlas más de cerca, no lo son en absoluto?

Nuestros amigos más queridos, quienes marcaron nuestras vidas y nos ayudaron a navegar por el intrincado espacio de la ciudad en aquellos primeros años –además de Abu Hassan– fueron George e Ibrahim: dos almas complementarias. Un cristiano y un musulmán. George siempre lleno de energía, una botella de champaña recién descorchada; Ibrahim, serio, estudioso y a menudo silencioso. Ibrahim procedía de la familia Husseini, una de las más importantes de Palestina, descendiente del Profeta y, sobre todo, del Gran Muftí de Jerusalén, una figura muy desacreditada por un relato destinado a deslegitimar su papel político durante los años de la creación del Estado de Israel en Palestina y a reducir su imagen a su controvertida cercanía con la Alemania nazi, con el fin de eclipsar su protagonismo en la resistencia palestina al Mandato británico y al sionismo. En aquel entonces Ibrahim vivía en una casa enorme y muy bonita en el

centro de Jerusalén Este. Trabajaba como periodista para una emisora occidental y tenía que batallar a diario con la necesidad de sopesar cada palabra: decir la verdad sobre Israel significaba arriesgarse a no ser publicado o, peor todavía, a perder o verse obligado a renunciar a su trabajo, como les sucede a tantos.

No sé cómo habría podido vivir sin ellos y los demás amigos durante esos intensos años en Jerusalén, cuando a menudo me sentía desalentada. Después de seis meses ya quería marcharme de allí, porque no soportaba la pesadez, la energía opresiva, esa separación forzada y persistente de las fronteras fluidas pero infranqueables que es el *apartheid*, aunque en aquel momento aún no conocía esa palabra.

Todos los días, me bastaba con atravesar la ciudad, para emprender viajes que me dejaban sin palabras. Recuerdo que al poco de conocer a Ibrahim, lo acompañamos al Muro de las Lamentaciones: uno de los principales lugares sagrados del judaísmo, venerado como la única parte que se ha conservado del muro que rodeaba el Segundo Templo de Jerusalén, que algunos creen que fue destruido por los romanos en el siglo I mientras que otros dicen que nunca existió, o que nunca estuvo allí. Junto al Muro de las Lamentaciones se halla la zona donde se alza el Monte del Templo, uno de los lugares más sagrados del islam.

Como muchos lugares de Jerusalén, también este acarrea una historia de violencia y expropiación. En junio de 1967, con la ocupación militar de Jerusalén Este por las fuerzas israelíes, el barrio marroquí, situado justo enfrente del Muro de las Lamentaciones, quedó bajo el control de la ocupación. En una sola noche, toda la zona de diez mil metros cuadrados fue arrasada, y cerca de seiscientos cincuenta residentes fueron desplazados: se les privó de sus hogares para dar cabida a peregrinos judíos. Una historia que no se cuenta a los miles de turistas y fieles que todos los años visitan ese lugar sagrado.

Aquel día, Max, Ibrahim y yo caminábamos por la ciudad vieja, compartíamos esas historias e intentábamos imaginar cómo habría sido ese lugar en la época en la que las casas antiguas estaban aún en pie, cuando, de pronto, vimos a un hombre que hablaba con bastante entusiasmo, como un vendedor de cachivaches que intenta atraer la atención de la gente, ante un grupo de personas que parecían turistas. La escena despertó mi interés, porque normalmente nadie es tan eufórico en Jerusalén. Al menos ninguno

de los que yo veía a diario: ni los palestinos, siempre con la cabeza gacha para pasar lo más desapercibidos posible, ni los judíos ultraortodoxos que atraviesan apresuradamente el barrio árabe para ir a rezar al Muro de las Lamentaciones, ni los soldados, apostados por todas partes para vigilar la vida de los palestinos. Cuando aquel hombre se dio cuenta de que lo estaba observando, me miró con una amplia sonrisa y los brazos abiertos, como Kate Winslet en la proa del *Titanic*. Luego, con un marcado acento australiano, dijo:

–*Welcome to Israel!*

–Palestina ocupada. Esta parte es la Palestina ocupada –le rebatí con una sonrisa contenida.

Replicó con dureza:

–Palestina no existe. Esto es Israel.

En ese momento, Ibrahim, que caminaba a mi lado, le preguntó con vehemencia:

–Y si Palestina no existe, ¿qué soy yo?

–Tú no existes –respondió aquel hombre sin pestañear, un hombre que, años después, descubrimos que era el líder de una de las organizaciones de colonos más violentas. Sin saberlo, acabábamos de encontrarnos con un tipo que, si viviéramos en un mundo justo, hace mucho tiempo que estaría en prisión.

***

George e Ibrahim no eran guías, pero salir con ellos significaba explorar la ciudad vieja con nuevos ojos. Solíamos pasar horas charlando en el jardín del Hospicio de Peregrinos Austriacos de la Sagrada Familia, un centro dedicado a los peregrinos, donde trabajaban muchos jóvenes austriacos. O bien íbamos al Mihbash, donde siempre estaba Abu Hassan, que en un momento determinado también se implicó en la gestión del negocio. En Jerusalén Este no había muchos locales abiertos por la noche, pero de día sí había numerosos establecimientos donde podías desayunar. Los sábados por la mañana a Max le gustaba despertarse con tranquilidad, pero yo, que era más madrugadora que él, solía ir con George a la calle Salah al-Din, a un pequeño local al que se accedía por una escalera estrecha. En el sótano

había un espacio muy sencillo, con azulejos de cocina en las paredes, mesas blancas de plástico, sillas blancas y negras, una vieja nevera para las bebidas y un mostrador con una freidora donde se servía comida caliente. Allí tomábamos el clásico desayuno palestino: *hummus, hummus basar* (que se sirve caliente, con carne) para George, tomates, aceitunas, pepinos, varios tipos de queso con aceite de oliva, una ingente cantidad de pan para untar con aceite y *za'atar*. Recuerdo que los últimos días que pasé en Jerusalén estaba en pleno embarazo, y tenía un antojo desmesurado por la comida picante, así que me atiborré de sopa de garbanzos caliente que comí con *filfil akhdar*, los pimientos verdes picantes en sustitución del pan (lo que me valió el apodo de *Ghazaouia*, «mujer de Gaza», entre mis amigos, ya que estos pimientos son muy populares allí). Los propietarios estaban sobrecogidos ante la idea de que pudiera sentirme mal allí dentro, temían una incursión por parte de los israelíes por culpa de una italiana embarazada que corría el riesgo de intoxicarse en su restaurante.

A veces, siempre con George, Ibrahim y Abu Hassan, íbamos por la noche a Jerusalén Oeste, a un lugar llamado Toy Bar, uno de los pocos puntos de encuentro de la ciudad entre jóvenes israelíes y palestinos, donde las noches de baile a veces se convertían en fiestas, donde la gente bailaba encima de las mesas hasta la madrugada. Todo ocurría en el radio de unas pocas calles. No muy lejos estaba el Diwan, que en árabe significa «diván», una discoteca con disc-jockey y mucho espacio para relajarse. Después de toda la tensión acumulada, bailar resultaba liberador, aunque yo no habría ido jamás a un lugar donde mis amigos palestinos no pudieran entrar, y aquella era una especie de zona franca. Además, Amir, el chico israelí que estaba en la entrada, conocía a Abu Hassan, y eso bastaba para que nos recibieran como si fuéramos el pachá con su séquito.

Por supuesto que había soldados israelíes, pero es importante tener en cuenta que casi todos los ciudadanos judíos israelíes, tarde o temprano, acaban siendo soldados. Para los judíos, pero no para los palestinos que viven en Israel, el servicio militar es obligatorio: dura tres años para los niños y dos para las niñas. Después del servicio militar, pueden llamarlos a filas hasta los cuarenta años, salvo algunas excepciones. Los israelíes que se niegan a servir en el ejército por ser objetores de conciencia pueden ser encarcelados, a veces incluso durante meses.

Luego estaba Uganda, un local que abrieron los palestinos en 1948, en Jerusalén Oeste –y que cerró sus puertas poco después de nuestra salida de la ciudad–, cuyo nombre era una provocación: Uganda fue uno de los lugares que, a principios del siglo XX, se propuso para el asentamiento de judíos sionistas y la creación de un Estado judío, antes de que se concretara, durante el Mandato británico de Palestina (1920-1948), la posibilidad de fundar el Estado de Israel en esa región.

Entre los muchos lugares que frecuentamos con George, Talbiya y Baka siguen siendo inolvidables para mí: dos zonas adyacentes en el corazón de Jerusalén Oeste, donde hoy, entre avenidas arboladas y cafés que parecen propios de cualquier ciudad occidental, hay casas preciosas. Casas muy elegantes, únicas, que combinan el estilo árabe con influencias otomanas y europeas, y que fueron construidas entre las décadas de 1920 y 1930 por familias palestinas adineradas, porque esa era la parte acomodada de la ciudad, donde convivían judíos, musulmanes y cristianos, antes de que la guerra los separara y de la llegada del sionismo europeo.

La mayoría de ellas están construidas con piedra clara –la piedra color crema de Jerusalén, que al atardecer brilla con destellos dorados, lo que le ha valido el apodo de «ciudad dorada»–, con ventanales en arco, enmarcados por contraventanas de madera, y techos altos. Muchas se asoman a pequeños jardines interiores con bancos de piedra y suelos de baldosas de colores, ahora ocultos tras verjas modernas, de las que surgen algunos matojos o ramas rebeldes de buganvilias, higueras y limoneros. Algunas conservan sus puertas originales, robustas y talladas a mano con tiradores de latón, y en el interior aún pueden encontrarse suelos de cerámica decorados con formas geométricas o motivos florales, hornacinas, bóvedas y chimeneas elegidas por quienes las mandaron construir. Pero poco después de 1948, la mayoría de estas casas fueron asaltadas y vaciadas por milicias sionistas, y sus propietarios se vieron obligados a huir con la esperanza de poder regresar pronto. Pero no. Setenta y siete años después, con las casas todavía allí, de la vuelta ni siquiera se habla.

Un día, mientras paseábamos con George, nos mostró la casa que le habían expropiado a su abuela. Y entonces le pregunté:

–¿Quieres que toquemos el timbre a ver si nos abren y puedes verla por dentro?

Pero me respondió con un no rotundo.

–Olvídalo, ya lo intenté, y no te digo cómo nos trataron. Ahora ellos viven aquí, o alguien que les paga el alquiler, porque estos «nuevos dueños» ya ni siquiera suelen vivir en nuestras casas.

He escuchado esta misma historia muchas veces. Palestinos que consiguen volver a los lugares de su infancia, por los recuerdos que les han transmitido los padres o abuelos desplazados –los supervivientes de la Nakba– y, cuando llegan, a menudo no encuentran nada. A veces, el edificio ha sido demolido, otras, ha sido reemplazado por nuevas estructuras; pero quizá lo más doloroso es lo que le sucedió a George: volver y encontrarse con la casa familiar aún en pie, intentar entrar, aunque sólo sea para poder verla una vez más en la vida, y ser despedido de malas maneras por quienes habitan en ella, que ni siquiera son los nuevos propietarios, sino inquilinos, como él me explicó. De hecho, muchas de estas casas suelen estar deshabitadas, porque numerosos judíos israelíes tienen la doble nacionalidad y viven en el extranjero. Incluso conocí a personas que trabajaban para organizaciones internacionales y habían alquilado casas de palestinos que en 1948 se convirtieron en refugiados: algo aberrante, pero que lamentablemente no me sorprende demasiado, porque los expatriados, de los cuales Max y yo también formábamos parte, más que inefables portadores de paz, suelen estar tan desconectados de la realidad que no sienten el aliento de la tierra que pisan. Sin conocimiento alguno de los lugares donde vivían, me di cuenta de que la idea de estar allí, bajo la apariencia del *white savior*, el salvador blanco, impedía que muchos de mis colegas y amigos, especialmente aquellos que trabajaban para las Naciones Unidas, se cuestionaran algo. Y me di cuenta de que su trabajo, y el propio hecho de vivir en aquella tierra, era una parte del problema que idealmente habían venido a resolver.

En realidad, aunque Talbiya y Baka son zonas objetivamente muy bonitas, llenas de bares y restaurantes con encanto, para mí siempre han supuesto un lugar de conflicto interior. Porque allí, la apropiación cultural es muy visible, empezando por la extraña fusión entre la cocina palestina y las influencias del este de Europa. En los menús, siempre hay *hummus, baba ganush, falafel*, aceite y *za'atar*, además de sopa de nabo, col… Por

supuesto, la idea de una fusión gastronómica entre palestinos e israelíes sería interesante si no llevara consigo inevitablemente el regusto del *apartheid*, si Israel no fuera el país que, más que ningún otro, intenta aniquilar la identidad palestina y, mientras tanto, la demoniza.

En mi opinión, la cocina de Talbiya no es una fusión, sino que simboliza la normalización de la limpieza étnica de los palestinos, que se expresa también a través de la apropiación indebida de lo que es y sigue siendo la cultura palestina. Salvo que suceda un milagro, me temo que se necesitarán décadas para eliminar la sensación de privilegio y abuso que lo impregna todo hoy en día, incluidos los menús de los restaurantes.

Por eso creo que, al otro lado de la ciudad, Jerusalén Este –parte integrante de Cisjordania bajo la ocupación militar israelí– representa una especie de frontera colonial: una realidad marcada por el constante enfrentamiento entre la población palestina local (armenia, cristiana, musulmana) y el trabajo de judaización, es decir, de imposición progresiva del control y de la cultura judío-israelí, que afecta a todos los ámbitos de la vida cotidiana. Esto no significa negar la sólida herencia judía de Jerusalén, dada la cantidad de judíos árabes que vivían en la ciudad pre-Israel. Pero, como señalan muchos historiadores, incluidos israelíes, como Menachem Klein, la vida en comunidad de judíos árabes, por un lado, y de musulmanes y cristianos, por otro, se vio comprometida por la expansión del sionismo desde la primera mitad del siglo XX en adelante. Esas heridas nunca han sanado; o, mejor dicho, no lo han hecho todavía.

Aquí surge una de las cuestiones más complejas y delicadas para la mayoría de las personas que no tienen un conocimiento profundo de la historia de Palestina. Una cuestión que abordábamos a menudo en las conversaciones y paseos con nuestros amigos palestinos y, luego, con amigos israelíes: ¿Quiénes son los verdaderos *indígenas* de esos lugares? Decir que los palestinos (identificados como los no judíos que viven, o cuya historia se origina, en esa parte de la tierra que llamamos Santa) son indígenas no significa que los judíos no lo sean.

A finales del siglo XIX, cuando el Imperio otomano inició su declive y parte del sionismo europeo emergía con planes para la creación de un Estado judío, centrado en la inmigración judía y en el control político y cultural de la población local, la Palestina histórica albergaba una población de amplia mayoría musulmana, con minorías cristianas y judías: todos eran

«árabes de Palestina». Tras las persecuciones en Europa del Este y la discriminación antisemita generalizada en todo el continente que condujo al horror del Holocausto, miles de judíos emigraron progresivamente a lo que fue, primero, territorio otomano y, luego, Mandato británico, lo que supuso un importante avance para el proyecto colonial sionista, entre cuyos fundadores cabe destacar el austriaco Theodor Herzl, los rusos Chaim Weizmann y Vladímir Zeev Jabotinsky, y el polaco David Ben-Gurión, quien en 1948 se convirtió en el primer ministro del Estado de Israel.

La *Aliyah*, término que significa «retorno» y que se emplea para describir la inmigración judía hacia la Tierra de Israel, se convirtió en una cuestión capital para el movimiento sionista a finales del siglo XIX. Por lo tanto, es correcto decir que existía una comunidad judía en Palestina anterior al sionismo (igual o inferior al 10 % de la población de aquel entonces); es correcto decir que la mayoría de los judíos que llegó a Palestina, antes o inmediatamente después de la creación del Estado de Israel, sobre todo los supervivientes del Holocausto, no tuvo demasiadas opciones, porque muchos países occidentales se mostraron reacios a acogerlos. Y miles se encontraron sin hogar, con comunidades destruidas y familias diezmadas. Es también correcto decir que, hoy en día, muchos de los israelíes que viven en las colonias de Cisjordania y Jerusalén Este, y ocupan las casas y las tierras de los palestinos, tienen nombres y acentos estadounidenses, belgas, franceses, australianos y canadienses. Con frecuencia, ni ellos ni sus padres nacieron en Israel, sino que proceden de ciudades donde suelen residir; pese a vivir en el extranjero, mantienen la propiedad o el control de los inmuebles en el territorio ocupado, por lo que contribuyen a la expropiación sistemática de los palestinos.

Vivir en Jerusalén significa también caminar por la calle y ver las pertenencias de una familia apiladas en la acera mientras alguien entra a vivir en su casa como si nada hubiese ocurrido.

Los israelíes tienen varias maneras de adquirir viviendas palestinas. En un principio, no hay nada de malo en querer comprar una propiedad, pero la cuestión es que, en Jerusalén, como en otros lugares, no se trata de simples individuos que se encaprichan de una casa y deciden comprarla, sino de

organizaciones que persiguen un determinado proyecto político de judaización de lo que queda de Palestina. Uno de los hombres más emblemáticos de este sistema, y uno de los más agresivos, es Daniel Lauria, el mismo con el que Ibrahim y yo discutimos en el Muro de las Lamentaciones. Años después lo reconocí en un documental sobre colonos, en el que explica con orgullo su compromiso de «agilizar» la compraventa de viviendas y tierras palestinas para contribuir al regreso de los judíos. En un documental que describe la labor de Ateret Cohanim, la organización liderada por Lauria filma a otro colono en una escena, que se ha hecho viral, en la que Muna El-Kurd, la hermana gemela de Mohammed, le dice: «¡Usted está robando mi casa!». Y él responde sin pudor: «*If I don't steal it someone else is going to steal it*» (Si no la robo yo, lo hará cualquier otro)». Y con gente como Lauria por ahí, ¿quién puede culparlo?

Ateret Cohanim desaloja a los palestinos –a menudo con títulos de propiedad muy cuestionables– o los convence para que vendan sus casas. Algunos acceden a hacerlo por desesperación, pero son marginados por la comunidad, por lo que venden sus casas en secreto y huyen al extranjero; mientras que otros simplemente son expulsados.

En el caso de que las adquisiciones sean incluso legales, siguen siendo parte de una ocupación, puesto que se valen de herramientas opresivas. Justo encima de nuestra casa en Jerusalén había colonos, y siempre se exhibían en compañía de guardias de seguridad, banderas israelíes, reproducciones de menorás gigantescas tambaleándose sobre los tejados… También Ariel Sharón compró una casa en Jerusalén Este, y no estaba necesariamente en una callejuela adyacente, sino en una zona muy visible, cerca de la Puerta de Damasco, por donde yo pasaba cuando iba de camino al Hospicio de Peregrinos Austriacos de la Sagrada Familia, y donde, en más de una ocasión, presencié brutales registros y palizas a jóvenes palestinos por parte de soldados israelíes. Era fundamental que aquella casa estuviera ubicada en una zona transitada, precisamente porque tenía que ser un edificio simbólico. Esas cosas también contribuyen a que el ambiente en Jerusalén esté siempre tenso. Al atravesar el barrio árabe de la ciudad vieja para ir al Muro de las Lamentaciones o al Monte del Templo, si miras al cielo te topas con enormes banderas israelíes y símbolos judíos en las casas que, hasta hace poco, habían estado habitadas por palestinos. Para un palestino, la posibilidad de regresar a casa y encontrar colonos en su

interior, como les ha sucedido a muchos, es una fuente de angustia permanente.

***

Más allá de sus innumerables encantos –la vida bulliciosa de sus callejuelas llenas de tiendas y fieles que se encaminan hacia la oración, la magia que te cautiva cuando la miras desde lo alto de sus imponentes murallas, desde una azotea o una terraza, quizá durante la hora de oración para los árabes, cuando se alzan los cánticos envolventes desde todos los minaretes–, Jerusalén siempre me ha transmitido una sensación de melancolía. Tanto cuando viví allí como las veces que volví, me gustaba estar en ella, pero al mismo tiempo sentía un vacío, un frío interior. Cada vez que ponía un pie allí, me hundía más profundamente. A pesar de ser una ciudad vibrante, es como si le hubieran arrancado algo que nunca ha recuperado. Y la población palestina de la ciudad está particularmente afectada.

Jerusalén ha sido siempre un centro importante para la vida del pueblo palestino, no sólo por su religión, sino también porque, al menos hasta la construcción del muro de separación que Israel erigió en Cisjordania, era una encrucijada comercial que servía de puente entre el norte y el sur de esta zona. Los otros puntos clave son Nablús y Hebrón, pero Jerusalén, antes de la década de 2000, era el eje neurálgico hacia el que todos convergían. Hoy en día, ha quedado aislada, bloqueada por el muro (que, en 2004, la Corte Internacional de Justicia declaró ilegal y que debería ser desmantelado, sin que esta decisión tuviera ningún efecto concreto). Así pues, en la actualidad, los palestinos de Jerusalén pueden viajar a Cisjordania, pero quienes viven allí sólo pueden entrar en la ciudad con permisos emitidos por Israel, que suelen ser difíciles, si no imposibles, de obtener.

Eso fue un desastre para la economía local, puesto que pastores, beduinos y muchos palestinos que se dedicaban a actividades rurales y artesanales estaban vinculados al comercio urbano, y Jerusalén era un centro vital para la venta, por ejemplo, de productos lácteos, que se distribuían desde allí a toda la región. Ahora todo ha terminado. Como señaló Amnistía Internacional en su informe de 2022: «El *apartheid* de

Israel contra los palestinos», los palestinos viven bajo jurisdicciones distintas y están sujetos a permisos estrictos que los separan y aíslan de sus tierras y familias.

Introducir productos palestinos en la ciudad se ha vuelto tan complicado que los comerciantes terminan por vender los de las colonias. Recuerdo que, al principio, me sorprendió mucho, pero esto no es más que otra de las caras de esta realidad delirante y difícil de sobrellevar.

A partir de octubre de 2023, con el aumento de las restricciones, los ataques, los abusos y la falta de visitantes, casi todos los establecimientos palestinos que conocía cerraron. El turismo ha disminuido drásticamente, quizá algunos puestos de zumos de naranja y granadas permanezcan abiertos para los pocos peregrinos que aún visitan la ciudad, pero ¿qué pasa con el resto? En Jerusalén, muchas familias palestinas que trabajan en la hostelería y la restauración dependen casi exclusivamente del turismo internacional. Recuerdo que, incluso hace diez o quince años, era ya muy raro ver a israelíes que se aventurasen a ir a las zonas árabes de la ciudad. De hecho, si tomas un taxi en Jerusalén Oeste, no hay garantía de que el conductor acepte llevarte a Jerusalén Este, por temor a posibles ataques. Sean estos temores fundados o no, hacen de Jerusalén una ciudad «naturalmente» dividida, como algunos lagos, donde las corrientes de agua de diferentes colores fluyen, cercanas, sin mezclarse jamás. Pero aquí, de natural sólo queda la apariencia. La esencia es un régimen de separación, segregación racial o, mejor aún, etnorreligiosa. De *apartheid*.

Abandoné Jerusalén a finales de 2012, con mi hija Leila en brazos. Max se había marchado poco después de terminar el verano para mudarse a Washington. A la espera de reunirme con él, me quedé todo el tiempo que mi embarazo me lo permitió; aguardé a que se llevaran todos los muebles de la casa y me despedí de ella una mañana de finales de noviembre mientras la luz proyectaba la sombra de las ramas del granado de la terraza sobre el suelo de mi habitación, donde sólo había quedado el colchón.

Así me encontró George, sentada en el suelo, mirando mis pies descalzos, acariciados por aquel juego de sombras. Me tendió la mano para ayudarme a levantarme y fuimos a desayunar por última vez a Salah al-Din:

el último abrazo que le faltaba al dueño del restaurante, que ya no podía más de mi obsesión por los pimientos verdes para desayunar. Luego pasamos a saludar a los hermanos Muna, dueños de la Educational Bookshop, donde compré otro montón de libros antes de despedirme, junto a George, que me acompañaba en este trámite de despedidas con su amable y pícara sonrisa. «*Habibti*», me apodaba cariñosamente cada vez que yo decía una estupidez. Cuando hablaba en serio me llamaba «Frenci» o «*Kbire*». De Jerusalén en adelante fui «Frenci *Kbire*» («alta») para diferenciarme de nuestra otra querida amiga, Francesca Bombi. Ella, para todos nosotros, era y sigue siendo «Frenci *Sghire*» («pequeña»).

Después de dejar Jerusalén, Max, George y yo volvimos a encontrarnos relativamente pronto, en marzo. Fue la primera persona, después de Max y mi madre, en sostener a Leila, en su segundo día de vida, en una clínica de Washington. Y con el tiempo, nunca perdimos de vista al «tío George», quien siguió visitándonos en Estados Unidos e Italia, al igual que yo siempre encontraba el modo de visitarlo las veces que volví a Palestina, durante los años de investigación y escritura del libro sobre los refugiados palestinos.

Entonces el genocidio cayó sobre todos nosotros como un hacha. Nos veíamos con menor frecuencia. Después de un año, George y yo empezamos a escribirnos de nuevo. Me contó que había tenido un bajón, que no se había sentido bien, que quizá había tenido una depresión; al fin y al cabo, hoy en día, ¿quién no se siente deprimido entre los palestinos?

Yo también tuve momentos bajos. Recuerdo que las primeras semanas del genocidio, entre octubre y noviembre de 2023, lloraba a menudo porque mi mente no era capaz de procesar todos aquellos muertos: doscientos, doscientas cincuenta personas al día, los niños, las historias horribles que oía… Intenté resistir, pero en aquel periodo no estaba para nadie, a veces ni siquiera para mis hijos ni tampoco para mi madre, cuya mente seguía volatilizándose. Todas las mañanas tenía que levantarme, contar los muertos, intentar comprender qué había sucedido, verificar la información, hablar con otros expertos, responder a quien me llamaba de Gaza o Cisjordania, atender tantas solicitudes de periodistas como fuera posible, y

acordarme de respirar. Guardo un claro recuerdo de una mañana de octubre, en Italia, donde concedí una entrevista a la BBC. Mis ojos parecían los de una rana. Había llorado tanto desde la madrugada, al ver las imágenes de la destrucción de Gaza, que no pude contener el malestar que me provocaba el grito inhumano de venganza que seguía surgiendo de las hordas de jóvenes soldados con uniforme de asalto.

Siguieron meses de pura apnea.

Luego, poco a poco, fue como si hubiese tenido que aprender a construir un muro entre yo, como persona, y todo lo demás, para poder retomar mi vida. Pero siempre un poco a medias, siempre cojeando, aceptando la idea de que había cambiado para siempre, de que yo también había perdido algo que nunca podría recuperar.

La Educational Bookshop también fue noticia a principios de 2025. El ejército israelí irrumpió en el establecimiento en dos ocasiones: arrestaron a los propietarios y saquearon las estanterías. Se llevaron todos los libros que tenían la bandera palestina en la cubierta o cualquier cosa que no era del agrado de los militares, como un ejemplar de una revista israelí, un libro infantil para colorear que fue confiscado como prueba de incitación al terrorismo, y el ensayo sobre la situación legal de los refugiados palestinos en el derecho internacional, *Palestinian Refugees in International Law*, que escribí en colaboración con Lex Takkenberg y que publicó Oxford University Press en 2020. El colonialismo israelí se toma la molestia de reprimir incluso la creación de una conciencia colectiva, palestina e internacional que evidencie la realidad de la ocupación. ¿Por qué, si no, deberían destruir los lugares de cultura que, al fin y al cabo, no son más que espacios de resistencia pacífica a la ocupación?

Vivir en Jerusalén significa también esto.

4

Alon

¿Cómo se reconoce a un antisemita?

> «*Apartheid*» era una palabra nueva, pero la idea era antigua. Literalmente significa «separación» […]. Lo que existía más o menos *de facto* tuvo que imponerse implacablemente *de iure*. La segregación […] tuvo que consolidarse en un sistema monolítico, diabólico en sus detalles, ineludible en su alcance y abrumador en su poder.
>
> NELSON MANDELA

Hoy más que nunca, en una situación en la que los palestinos –es decir, un pueblo que actualmente es víctima de genocidio–, así como quienes luchan por la justicia, son acusados de antisemitismo, es preciso comprender qué se entiende por «antisemitismo» y cuáles son los peligros que pueden derivarse del uso indebido de este término.

Cuando asumí el cargo de relatora especial de las Naciones Unidas para el territorio palestino ocupado en mayo de 2022, ya había sido objeto de una cantidad indecente de insultos, incluso se habían elaborado varios informes en mi contra, principalmente por parte de una organización tan canalla en el espíritu y la comprensión de los derechos humanos como eficaz en la difamación sistemática de cualquiera que se atreva a criticar el Estado de Israel. Así es la United Nations Watch. En teoría, se trata de un organismo que nació para supervisar el cumplimiento de los principios de la Carta de las Naciones Unidas, y promover los derechos humanos y la responsabilidad de los gobiernos en el interior del sistema de la ONU. En la práctica, sin embargo, es una auténtica herramienta de la propaganda israelí

dentro de las Naciones Unidas. Pero aquel que conoce Israel no se sorprende.

Durante el primer verano de mi mandato, me invitaron a dar una charla en la Comisión de Asuntos Exteriores y Comunitarios de la Cámara de Diputados italiana, y, durante la presentación, el entonces presidente Piero Fassino juzgó mis argumentos sobre la cuestión palestino-israelí de «unilaterales», y me invitó a asumir una mayor «imparcialidad». En definitiva, según él, yo era parcial.

Con la ingenuidad de una novata, me quedé completamente desconcertada. ¿En qué sentido soy parcial? ¿Por qué un político exigiría la imparcialidad a un funcionario internacional que amablemente ha aceptado la invitación para informar sobre una situación de extrema gravedad? No conseguía entenderlo: ¿cómo era posible que primero me invitaran y luego me atacaran? En aquel momento, el asunto sembró el caos dentro de la Comisión. Laura Boldrini y otros se levantaron en mi defensa, y, finalmente, fue de dominio público.

Hubo una serie de cartas abiertas entre Fassino y yo, con algunas intercesiones por parte del entonces presidente de la Cámara de Diputados, Roberto Fico. Y precisamente en medio de toda esta correspondencia fue cuando conocí a Alon Confino, un profesor universitario italo-israelí que enseñaba Historia y Estudios Judaicos y de Oriente Próximo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, y que era director del Instituto de Estudios del Holocausto, Genocidio y Memoria en Estados Unidos.

Alon había leído la noticia en los periódicos italianos, y me escribió: «Estoy al día de lo que está sucediendo. Es una vergüenza y me gustaría ayudarte. Dime si puedo escribir algo».

Y así lo hizo. Escribió una preciosa carta en inglés, y yo le ayudé a traducirla al italiano, ya que no se sentía seguro a pesar de que hablaba un italiano excelente. La envió a *La Repubblica*, que no la publicó; lo mismo ocurrió con otros periódicos a los que la había enviado. Al final, su carta abierta nunca vio la luz, pero de todo ello nació una colaboración muy estrecha entre ambos y una hermosa amistad que perduró hasta los últimos días de la vida de Alon, en junio de 2024.

Al principio de nuestra relación, Confino hizo que me interesara por una cuestión muy importante, me introdujo en el debate interno entre estudiosos

judíos de todo el mundo acerca de la definición de antisemitismo propuesta por la IHRA (Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto).

En realidad, el antisemitismo ya debería estar definido: consiste en el odio, la discriminación, los prejuicios y la violencia contra los judíos por el mero hecho de ser judíos, al igual que la islamofobia es el odio, la discriminación, los prejuicios y la violencia contra los musulmanes por el mero hecho de ser musulmanes, y así sucesivamente.

Esta organización, sin embargo, propuso en 2016 una definición particular de antisemitismo, farragosa, compleja y meliflua: «el antisemitismo es una cierta percepción de los judíos que puede expresarse como odio a los judíos. Las manifestaciones verbales y físicas de antisemitismo se dirigen a judíos o a no judíos y/o a sus propiedades, así como hacia instituciones comunitarias judías y edificios utilizados para el culto». Esta definición, aparentemente inocua, viene acompañada de once ejemplos prácticos que relacionan el antisemitismo con la crítica al Estado de Israel y sus políticas.

El peligro de esta definición es que permite que cualquier crítica al Estado de Israel se considere antisemita. En definitiva, dado que Israel se define a sí mismo como un «Estado judío», criticarlo significaría ser antisemita, independientemente de si existen o no violaciones documentadas atribuibles a Israel. Este paralelismo es nocivo, y no he sido ni la primera ni la única en afirmarlo. Como Alon me decía a menudo, confundir las críticas al Estado de Israel con el antisemitismo es extremadamente arriesgado, tanto para los palestinos como para los propios judíos, porque al pensar en estos términos, uno asocia de inmediato a todos los judíos con el Estado de Israel. Pero no es así. Alon era israelí, amaba profundamente su país, y como él, hay muchos judíos estadounidenses o europeos que no quieren tener nada que ver con los crímenes del Estado de Israel. Muchos de estos judíos son antisionistas, otros no lo son abiertamente, y otros no lo son en absoluto.

Además, al hacer comparaciones inapropiadas entre el antisionismo y la crítica al Estado de Israel, no abordamos el *verdadero* antisemitismo, que es repugnante, pero que aún existe. Es aquel de las derechas que ve a los judíos –como a los árabes o a los homosexuales– como algo impuro que debe erradicarse del sistema occidental para preservar su pureza. Como afirma el israelí Raz Segal, profesor de Estudios del Holocausto y el

Genocidio en la Universidad de Stockton, en Nueva Jersey, parece ser que la idea de la raza superior, transformada en una ideología política de exterminio por parte de la Alemania nazi hace un siglo, no desapareció con Hitler. Esta ideología ha permanecido oculta y se ha transformado, pero palpita aún en las venas de nuestras sociedades, incluso en las occidentales que proclaman estar cimentadas sobre los derechos humanos y las libertades fundamentales.

Raz Segal ha señalado cómo conceptos de supremacía racial han resurgido en contextos contemporáneos, y ha subrayado el uso de una retórica que deshumaniza a los palestinos e invoca ideologías de supremacía racial.

El mito de la raza, si se analiza en profundidad, ni siquiera fue inventado por Hitler, y este hizo de él una bandera política de destrucción y exterminio. Es el alma negra disfrazada de blanco que, a partir de 1492, aletea a lo largo de quinientos años de colonización. Lo que de niña me enseñaron a llamar el «descubrimiento de América» es, en realidad, el acontecimiento que marcó el principio del fin para miles de pueblos del continente americano. Con aquellas tres carabelas, Cristóbal Colón se convirtió en el instrumento de la ambición de poder de Isabel la Católica, reina de España, quien anhelaba apropiarse del oro y los recursos del «Nuevo Mundo» (tierra de pueblos con tradiciones ancestrales como los iroqueses, apaches, navajos, sioux, cheroquis, inuit, incas, mapuches, muiscas, guaraníes y muchos otros). Colón marcó el inicio de la explotación en Latinoamérica, a la que siguió la conquista de Norteamérica, en la que los Padres Peregrinos, huyendo de la hambruna en Europa, se apropiaron de las tierras habitadas por cientos de pueblos indígenas que hoy corren el riesgo de ser borrados de la historia. Un claro ejemplo de ello es que la historia de un país fundado sobre un genocidio, como Estados Unidos, se narra a partir del 4 de julio de 1776, cuando las Trece Colonias se separaron de Gran Bretaña con la Declaración de Independencia. Este acontecimiento marcaría el nacimiento de los Estados Unidos como nación soberana, un país que dio la espalda al hecho de que tan sólo en los primeros ciento cincuenta años de la colonización europea de las Américas, a partir de 1492,

se estima que decenas de millones de indígenas murieron exterminados por las conquistas militares, la esclavitud, las deportaciones y la propagación de enfermedades que llevaron los europeos, contra las que estos no tenían inmunidad.

Estos genocidios, que en muchas regiones causaron un colapso demográfico de entre el 70 y el 90 % de la población nativa, rara vez se mencionan, o se describen de forma alentadora, lo que *normaliza* la infamia. Todo el género *western* (desde *Soldado azul* a *Bailando con lobos*) ha *ficcionalizado* el genocidio de los llamados «pieles rojas», un término, en sí mismo, despectivo y racista. La historia la escriben los vencedores, quienes suelen ser también los que masacran. Pero los que quedan llevan su historia escrita en su interior, viaja en su ADN, y en cuanto tienen la ocasión de tomar la pluma, la corrigen. Por ejemplo, *El redescubrimiento de América* de Ned Blackhawk es uno de los libros más esclarecedores que he leído en este largo año y medio de genocidio en Palestina, y nada menos es un texto de historia que cuenta lo que precedió y condujo a la configuración de los Estados Unidos desde la perspectiva de sus pueblos indígenas.

***

Hoy en día, nadie (o casi nadie, al menos en teoría) osaría negar la interpretación del colonialismo europeo con respecto a los pueblos indígenas de América, ya que han transcurrido muchos siglos y el tiempo continúa arrojando luz sobre ciertos aspectos con mayor claridad. Sin embargo, parece ser que el asunto se vuelve extremadamente difícil cuando se trata de situaciones que conciernen al presente.

Hablé largamente con Alon sobre estas cuestiones. Después de nuestros primeros intercambios de correos electrónicos y llamadas, iniciamos una colaboración muy bonita e intensa. Le dejé leer a él y también a su íntimo amigo Amos Goldberg –profesor de Historia Judía y Judaísmo Contemporáneo en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y uno de los pocos israelíes que denunció abiertamente el genocidio perpetrado contra los palestinos después del 7 de octubre– el informe sobre autodeterminación que estaba preparando para las Naciones Unidas en 2022, y ambos me dijeron:

–¡Que no te pase nada! El problema no es cómo construyes la idea del derecho a la autodeterminación, sino que culpes a Israel de ser un régimen colonial.

–Pero lo es.

–Sí, sabemos que lo es, pero prepárate, porque arremeterán contra ti.

Y así sucedió. Mi visita a Palestina, que estaba programada para diciembre de 2022, fue cancelada, y los ataques contra mi persona por cargos de antisemitismo nunca han cesado, a pesar de las protestas en mi defensa desde muchas partes del mundo, desde profesores hasta periodistas y activistas. Los judíos progresistas siempre a la vanguardia.

Gracias a Amos y Alon me sumergí en un mundo de estudiosos judíos israelíes, ingleses y estadounidenses con quienes inicié una colaboración para poder contrarrestar lo que estaba sucediendo en las Naciones Unidas, donde grupos de presión proisraelíes con todos los medios disponibles a su alcance no dejaban de insistirle al secretario general para que las Naciones Unidas adoptaran la definición de antisemitismo que incluía automáticamente las críticas a Israel.

Esas presiones, cuando se aplicaron con éxito, tuvieron efectos reales.

Veinticinco de los veintisiete estados europeos hasta la fecha han adoptado esta definición, que no es jurídicamente vinculante, pero que se ha convertido en un estándar de uso entre gobiernos, universidades e incluso empresas. En Italia, a partir de 2020, el Consejo de Ministros adoptó la definición de IHRA. Lufthansa y muchas otras aerolíneas también la han adoptado.

¿Y eso qué significa? Significa que, si usas una *kufiya* o un alfiler con la bandera palestina, algún día podrías ser susceptible de sanciones, ya que, según esos parámetros, la bandera u otros símbolos de la identidad palestina podrían considerarse una afrenta al Estado de Israel o una negación de su existencia. Hemos alcanzado un nivel de opresión y de rechazo de la razón sin precedentes.

Por supuesto, también asistimos a un nivel de concienciación sin precedentes. Pero nunca antes habíamos visto un cuestionamiento tan sostenido al Estado de Israel. Nunca antes había habido una movilización semejante. No me refiero sólo a las calles que se llenan de gente, sino también a las importantes acciones legales vigentes, como las interpuestas por diversas organizaciones internacionales contra los gobiernos de los

países donde operan –actualmente Reino Unido, Dinamarca y Holanda– por haber apoyado y transferido armas a Israel durante un periodo en que este país cometía gravísimos crímenes internacionales contra los palestinos; o como la Fundación Hind Rajab, la asociación que exige justicia contra todos los soldados israelíes, tanto hombres como mujeres, y que se ha demostrado que estaban involucrados en crímenes de guerra y actos de genocidio.

Y, sin embargo, en muchos países se intenta bloquear estos procedimientos legales, porque se los acusa de ser «antisemitas». Así pues, por un lado, hay seguramente un mayor conocimiento y concienciación, pero, por otro, también hay una creciente represión: síntoma de una debilidad estructural en el sistema de opresión global al que están sometidos los palestinos. Y esto ocurre no sólo a manos de Israel, sino también de Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa, donde los palestinos suelen ser discriminados, precisamente porque su mera existencia podría representar una amenaza o una vergüenza para el Estado de Israel.

La distorsión lógica, la falta de racionalidad, es evidente. A veces parece casi un empecinamiento por no querer comprender, por mostrarse incapaz de llegar al fondo de las cosas. Quizá porque comprender obliga a actuar.

Me quedo sin palabras cuando leo ciertos artículos que hablan de «palestinos llenos de odio». Pero ¿quién, hoy en día, no sentiría rabia o dolor por las acciones de Israel?, ¿por el modo en que se llevan a cabo estas acciones y por su capacidad para silenciar el debate en todas partes?

Y, en cualquier caso, sean cuales sean los sentimientos, estos no deberían condicionar las decisiones políticas. El criterio debería ser la legalidad: esta es la vara que marca el límite de lo que la política puede o no puede hacer. Cuando en 2022 entablé amistad con Alon, Amos y otros firmantes de la Declaración de Jerusalén sobre el antisemitismo (una alternativa a la IHRA y fiel a la premisa: el antisemitismo es el odio a los judíos por ser judíos), ante el riesgo de que la definición de la IHRA fuera adoptada por las Naciones Unidas, decidí consultar a otros relatores especiales que, desde un punto de vista temático, pudieran ayudarnos a comprender cómo abordar la cuestión: libertad de expresión, libertad de asociación, racismo y defensa de los derechos humanos. Los diversos relatores consultaron conmigo y con los eruditos judíos que nos pidieron apoyo contra la difusión de la definición de la IHRA, que, entretanto, había

sido recusada incluso por los propios autores, dado el uso descarado que estaba haciendo de ella Israel y los grupos de presión proisraelíes. Juntos decidimos escribir al secretario general de la ONU y al alto representante de la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas, quien había recibido el encargo de abordar esta definición de antisemitismo.

En un año contribuimos a que el proceso consultivo iniciado por la ONU fuera un poco más democrático y más abierto a las voces progresistas y críticas. ¿Cómo habrían podido adoptar las Naciones Unidas una definición que, no sólo no define, sino que es extremadamente controvertida y peligrosa?

Hoy en día, aquella definición nunca fue oficialmente adoptada. Además, pese a que las Naciones Unidas han continuado celebrando debates y seminarios con estos grupos de presión, ha surgido, mientras tanto, una presión contraria y se han abierto las puertas a un grupo de expertos, entre ellos el propio Alon Confino, Amos Goldberg y David Feldman, quienes se reunieron en diversas ocasiones con las Naciones Unidas.

En octubre de 2022, un informe elaborado por E. Tendayi Achiume, relator especial de la ONU sobre las formas contemporáneas de racismo, dejó claro que la definición de IHRA, además de ser cuestionada por los mayores expertos en la materia, era extremadamente peligrosa: «Su influencia *de facto* en las políticas y prácticas de los gobiernos y actores privados ha contribuido a las violaciones de los derechos humanos, incluida la libertad de expresión, de reunión y de participación política, entre otras».

Mientras tanto, estaba preparando mi visita a Palestina, prevista para diciembre. Por primera vez, después de catorce años (de 2008 a 2022) en los que el gobierno israelí nunca había respondido a las solicitudes de los relatores especiales, decidí cambiar mi estrategia. En lugar de pedir autorización, simplemente les informé: «Viajaré de tal fecha a tal otra y tendré estas reuniones». Quería que se leyese entre líneas: «Ustedes no me pueden detener porque son una potencia ocupante ilegítima; así que voy a ir. Me he organizado con los palestinos y les pongo al corriente para que puedan facilitar mi misión lo mejor posible».

Al cabo de un día, las autoridades israelíes ya habían protestado ante las Naciones Unidas, y se habían quejado de que yo no había acatado las

normas, ya que para entrar en el territorio palestino ocupado necesitaba de su coordinación, e indicaban los procedimientos que debía seguir.

Ningún problema. Completé todos los trámites necesarios y procedí a preparar mi misión. Sin embargo, siete días antes de la partida, un periódico israelí –conocido por muchos como el portavoz no oficial del gobierno– dio una gran relevancia a una noticia ingeniosamente preparada como un auténtico bombazo mediático.

En el centro de la noticia se me acusaba de ser una antisemita redomada, como lo demostraba un post que había publicado en Facebook durante la ofensiva israelí en la Franja de Gaza, que comenzó el 8 de julio de 2014, en la que murieron más de dos mil personas, entre ellas cerca de quinientos niños, y once mil resultaron heridos. Mi post era un llamamiento a la financiación de las Naciones Unidas, que en ese momento prestaba asistencia a la población afectada, y constituía una crítica a Occidente que, ante el enésimo azote a los palestinos, permaneció indiferente a diferencia de los países africanos, asiáticos y sudamericanos, que sostenían que Europa estaba subyugada por un sentimiento de culpa por el Holocausto y por el *lobby* judío en Estados Unidos. La desafortunada elección de las palabras de aquel post es evidente: Si es cierto que existe un fuerte *lobby* proisraelí, y que es posible que muchos judíos formen parte de él, es un error hablar de «*lobby* judío». De hecho, esto presagia las responsabilidades de otros grupos en el apoyo a Israel, como los sionistas cristianos, por ejemplo, para quienes el regreso de los judíos a Tierra Santa representa el cumplimiento de la profecía bíblica, y cuyo fanatismo religioso ha alcanzado proporciones peligrosas en Estados Unidos y en otros lugares. Aún más grave, para mí, fue la falta de una distinción necesaria e indispensable entre los judíos sionistas –especialmente aquellos que reclaman la soberanía judía desde el río hasta el mar (un proyecto realmente discriminatorio y, por lo tanto, prohibido por tratados internacionales, como la Convención Internacional sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial)– y los judíos que se oponen o simplemente no desean que se los asocie con este plan político. Fundamentalmente, Israel no representa a todos los judíos, al igual que Italia, España o Estados Unidos no representan a todos los católicos.

Era el 15 de diciembre de 2022, recuerdo ese día con todo detalle, cuando esa noticia se difundió rápidamente y alcanzó una amplia

repercusión, yo, de repente, veía mi cabeza de relatora especial rodar colina abajo hasta acabar en el barro. Pero una vez más, mis amigos y compañeros de Israel acudieron en mi ayuda, con quienes meses antes había emprendido un viaje conjunto para la protección de los derechos fundamentales, en Palestina y más allá. Esa misma noche, conectados por videoconferencia, estaban Alon, Amos, Daniel Levy y David Feldman, quienes habían leído la noticia y estaban encantados de ayudarme a lidiar con la situación. Aún puedo ver ante mí la imagen de Alon, en su estudio, luminoso y esencial, en Massachusetts, que me decía: «No te disculpes, Francesca. *You can't apologize. They will mop the floor with your face if you apologize*». Limpiarán el suelo con tu cara si te disculpas. «*You will have to distance yourself from the words you used, which were infelicitous*», me sugirió que simplemente tomara distancia de las palabras que había empleado en el pasado y que habían sido realmente desafortunadas. La cuestión principal –insistió Alon– debía seguir siendo Palestina, dada la violencia sistémica y estructural a la que estaban (y están) sometidos los palestinos.

Alon era muy hábil con las palabras, tan sofisticado en su pensamiento como en su expresión, por lo que la noción de las palabras *infelicitous* fue fundamental para mi respuesta pública, en la que expresé que los términos utilizados entonces no eran los mismos que habría empleado ahora, más aún a la luz de mi mandato. Esa fue también la ocasión para aprovechar el espacio que desencadenó esa controversia, una vía útil para abordar la cuestión del antisemitismo, el verdadero, para actuar contra la instrumentalización descarada que muchos hacían de él.

Las palabras de Alon, pero también de Amos y Daniel Levy, con quienes posteriormente entablé una profunda amistad, reforzaron mi posición y me ayudaron a forjar una coraza en torno a mi compromiso, que aún hoy me acompaña. A partir de aquel momento, se me echaron encima varios grupos de presión proisraelíes.

Y, sin embargo, el hecho de que consiguiera mantener la cabeza alta ante tanta furia desatada me granjeó el respeto de mucha gente de la sociedad civil, incluidos varios grupos de judíos progresistas y numerosos intelectuales que, desde entonces, se han movilizado en mi favor y contra cualquier acusación que me haya podido caer encima. Por ejemplo, Avi Shlaim, un reconocido historiador israelí y profesor de la Universidad de Oxford, pocos días después de esta avalancha mediática, publicó una carta

en la que escribió: «Los tres pilares principales del judaísmo son la verdad, la justicia y la paz. Albanese encarna estos valores de forma extraordinaria. Y habrá muchos judíos en todo el mundo que estén preocupados por la traición de Israel a estos valores judíos fundamentales».

En aquellos días difíciles, sus palabras tuvieron un significado político y personal que no olvidaré jamás.

Este asunto no hizo más que reforzar la colaboración y la estima entre Alon y yo.

***

A principios de 2023, el periódico *Altreconomia* me invitó a presentar mi informe sobre la autodeterminación ante el Senado italiano; y yo había propuesto también la intervención de Alon. A pesar de la presión de la Embajada de Israel en Italia para que no se celebrase el evento y del consiguiente nerviosismo entre los propios organizadores, llegué a Roma entusiasmada por participar en este momento institucional en mi país, en compañía de una figura del calibre intelectual y humano de Alon; además estaba muy contenta de poder conocerlo finalmente en persona.

La tarde anterior al evento habíamos quedado en encontrarnos frente a la librería Feltrinelli, en Largo Argentina. Allí estaba aquel distinguido caballero, con un paraguas bajo el brazo y una abundante mata de pelo blanco y voluminoso, que le otorgaba un aire de alguien que no se toma demasiado en serio. Nos abrazamos como si nos hubiéramos reencontrado después de mucho tiempo, y empezamos a andar. El objetivo era hablar, seguir hablando, adondequiera que nos llevaran nuestros pasos.

Caminamos un buen rato por las calles del gueto judío, visitamos la librería y pasamos una velada maravillosa, comimos alcachofas, bebimos y charlamos sobre música y libros con algunos de mis mejores amigos. Recuerdo que al final de la cena, cuando nos despedimos, después de enviarle un selfi a Amos, que, en aquel momento, estaba en Jerusalén, Alon se rio y me dijo: «Si alguien se ha percatado de que estaba cenando contigo, ¿crees que podré atravesar tranquilamente el gueto solo y de noche?».

A la mañana siguiente, quedamos cerca del Senado e hicimos nuestra presentación.

Nos recibieron en una magnífica sala y tuvimos la oportunidad de abordar cuestiones muy importantes para nosotros. Fue un acto maravilloso y aprecié enormemente no sólo que Alon defendiera mi reputación con su indiscutible autoridad, sino también las palabras que empleó, que en Italia son completamente desconocidas, con respecto a Palestina e Israel. Alon inició su intervención hablando de antisemitismo, explicó su origen y evolución. Recordó que el término se acuñó en 1879, lo que marcó un punto de inflexión en la comprensión del odio a los judíos, que de religioso pasó a racial y político. A continuación, abordó el tema que nos permitió conocernos: el uso ideológico de la acusación de antisemitismo, y destacó cómo se utiliza con demasiada frecuencia para silenciar críticas, fundadas y legítimas, contra Israel y el sionismo, desviando así la atención de los derechos humanos de los palestinos. Según él, «la acusación de antisemitismo suele ser un arma ideológica contra personas, estudiosos y periodistas que se atreven a defender la igualdad de derechos civiles, culturales, económicos, políticos y sociales para los palestinos o a denunciar las violaciones del derecho internacional en el territorio palestino ocupado».

Alon afrontó también la compleja posición de los judíos israelíes, y argumentó que pueden ser tanto víctimas como agresores, ya que Israel, aunque nacido de las cenizas del Holocausto, ejerce hoy un poder opresivo sobre los palestinos. Criticó la politización de la Shoah y reiteró que esta no puede utilizarse para justificar las violaciones de los derechos humanos. Por ello, insistió en la necesidad de distinguir entre antisemitismo y antisionismo, y señaló que «hablar políticamente sobre sionismo e Israel no es antisemitismo, es parte de la conversación y del debate que *debemos* tener». Debemos. Él consideraba que era su deber denunciar el *apartheid* al que estaban sometidos los palestinos, precisamente en nombre de su judaísmo y de su amor por Israel. Del mismo modo, yo siento que es un deber también para mí, que observo este periodo inquietante en el que los palestinos son masacrados y, al mismo tiempo, culpados y vilipendiados en todas partes, al igual que quienes los apoyan y defienden. Siento la responsabilidad de una europea que es consciente de lo que han hecho los europeos durante siglos, y de una italiana que es consciente de que los italianos fueron cómplices de la Shoah, en nombre de una ideología racista, hace menos de un siglo. Temo que tales ideologías puedan resurgir, y por

eso cada día me empeño, con todos los medios que tengo a mi alcance, para crear una red que las corte de raíz.

En mi intervención, junto a Alon, hablé de la autodeterminación como el derecho a existir como pueblo, un derecho que es innegociable –como escribí en el informe: «Las violaciones del derecho internacional no deben negociarse, ya que esto legitimaría lo que es ilegal»–, e hice hincapié en que la cuestión palestina, durante demasiado tiempo, ha sido reducida a una crisis humanitaria en lugar de abordarse como una cuestión política que debe resolverse en conformidad con el derecho internacional. Limitarnos a la ayuda sin abordar las causas estructurales de la crisis significa perpetuar la injusticia, normalizarla, en lugar de hacer todo lo posible por erradicarla. Cuestioné, además, la narrativa que tiende a presentar la situación en Palestina como un «conflicto», cuando en realidad es una condición estructural de dominación y saqueo, propia del colonialismo de asentamiento.

De hecho, expliqué que la ocupación israelí no es temporal, sino que forma parte de un proyecto más amplio que combina el colonialismo de asentamiento, el *apartheid* y la ocupación militar. No es posible hablar ni de desarrollo ni de «paz económica» sin acabar primero con la dominación; y, de hecho, seguir inyectando dinero y ayuda humanitaria es como intentar que un juguete roto funcione. En este sentido, la comunidad internacional ha fracasado al adoptar paradigmas inadecuados que no abordan las causas el problema. En la base de todo se halla el derecho fundamental del pueblo palestino a la autodeterminación, un derecho humano que ha sido continuamente violado durante décadas.

Me parece obvio, muy evidente, que todo eso no tiene nada que ver con el antisemitismo sino sólo con la voluntad de aplicar las leyes internacionales que los Estados han estipulado. Leyes que, como tales, tienen el poder de delimitar el perímetro de la política, de distinguir lo permitido de lo prohibido, sólo si pueden considerarse objetivas y universales, y, por lo tanto, deben garantizarse a todas las personas en la Tierra.

Ese día me alegré de poder hablar en un ámbito público y formal sobre la esperanza que veo especialmente en las nuevas generaciones, sin duda entre los palestinos, pero también en la sociedad civil internacional y entre tantos judíos en la diáspora, sobre todo en Estados Unidos. Expliqué que, en

mi opinión, gran parte de los debates sobre diversas demandas sociales se articulan, o deberían articularse, a través del lenguaje de los derechos humanos, lo que nos muestra cómo la política a menudo llega tarde o, a veces, incluso se opone al cambio. Puse el ejemplo del *apartheid* en Sudáfrica, y recordé que no se había desmantelado, porque, de repente, otros estados que fueron testigos de aquellas atrocidades decidieron actuar por sus propios méritos e imponer sanciones. Es más, al principio muchos gobiernos occidentales se resistieron a la condena hasta que se vieron prácticamente obligados a reconocer que ya no podían oponerse a una campaña global de apoyo al movimiento antiapartheid.

Al final tuvieron que ceder ante una realidad que ya no podían ignorar. Sin embargo, ese cambio no había venido de arriba, era el resultado de una transformación interna en la propia sociedad sudafricana y de veinte años de movilización de la sociedad civil en todo el mundo.

Esas palabras pronunciadas desde aquella tarima, respaldadas por numerosas entrevistas publicadas en varios periódicos, tuvieron cierta repercusión. Y como Alon Confino era quien era, nadie se atrevió a atacarlo con tanta ferocidad como a mí. Su reputación, su temple, ese día, fueron una demostración contundente de cómo la unión realmente hace la fuerza.

***

Después de la reunión dimos de nuevo un paseo por Roma. Lo mejor de Alon es que era un gran intelectual, tenía una forma de hablar poderosa y te transmitía la fuerza de sus ideas, pero, al mismo tiempo, sabía ser un hombre sencillo y refinadamente despreocupado. Después de comer con los periodistas, lo primero que me dijo fue:

–¡Venga, vamos al Coliseo, tomaremos una foto y se la enviaremos a Amos para que se muera de envidia!

No había ninguna separación entre las chácharas amistosas, las conversaciones con su querida compañera Tal y sus hijos, que vivían en Israel, y la continuación de aquellas charlas que habíamos tenido unas horas antes en el Palacio Giustiniani. Recuerdo, incluso, que en un momento determinado, cuando nos acercábamos al Coliseo, le dije:

–¿No crees que los judíos europeos fueron a Palestina porque no tenían adónde ir y no porque tuvieran una conexión real con aquella tierra?

El relato de por qué el Estado judío se había establecido en Palestina me pareció un poco banal: sin duda, en comparación con otros países, como Argentina o Uganda, Palestina tenía un atractivo bíblico, pero en aquel momento no conseguía ver mucho más allá.

–Entonces, a todos los efectos podemos llamarlo colonialismo de asentamiento, ¿no? –continué–, porque los sionistas europeos no habrían ido a Palestina si no hubieran instrumentalizado o enfatizado ingeniosamente el elemento religioso.

En ese momento, Alon se detuvo en medio de la calle, se echó a reír y me dijo:

–Bueno, Francesca, si fueras mi alumna, ¡merecerías que te suspendiera el examen ahora mismo! –A continuación, con un tono más serio y más amable, añadió–: Eso no es del todo cierto. Lo que dices no es exactamente así, pero quizá podría intentar explicártelo mejor.

Y allí, con el Coliseo de fondo, me habló extensamente del complejo entramado de las reivindicaciones a la autodeterminación de los judíos europeos, y no sólo eso. Ni siquiera intentamos entrar en el Coliseo para verlo por dentro, ya que la cola era demasiado larga y estábamos enfrascados en la conversación; así que nos quedamos charlando en un banco.

–Para nosotros, hay mucho más. El pueblo judío tiene un vínculo muy fuerte con esa tierra, y con Jerusalén en particular. Es nuestra historia. Obviamente, el hecho de que exista este vínculo no significa que nos pertenezca. Pero siempre debemos ser capaces de presentar la complejidad del proceso histórico, e incluir el hecho de que ya no había ningún lugar donde muchos de nosotros pudiéramos sentirnos seguros. Este es un punto muy importante. Después del Holocausto, no es que estuviéramos protegidos, no es que en cierto momento todos abrieran los ojos y dijeran: «Oh, pobres judíos, ayudémoslos». No, seguían sin querernos. Nadie nos quería en Europa. Éramos apestados; teníamos que desaparecer de su vista de alguna manera, porque los europeos ni siquiera toleraban la idea de que los judíos fueran víctimas de todo lo que había sucedido.

Alon no se oponía a la idea de usar el paradigma del colonialismo de asentamiento con respecto a Israel.

–Sin embargo –me dijo aquella tarde–, es preciso comprender cuáles son las particularidades del colonialismo de asentamiento judío. Porque, en el fondo, siempre ha existido una conexión muy fuerte con esos lugares, y sería erróneo decir que el interés de los judíos por Jerusalén y Palestina es postizo y sólo constituye un pretexto. El amor por esa tierra está profundamente arraigado en nuestra historia y nuestra cultura.

Sus palabras fueron muy importantes para mí. De aquella conversación extraje la idea de que el Estado de Israel es lo que proporcionó orgullo, legitimidad y visibilidad al pueblo judío, y a los judíos europeos, en un periodo histórico como las décadas de 1950 y 1960, cuando prevalecía un antisemitismo muy sólido y generalizado, lo que permitió que los judíos se sintieran protegidos por primera vez en la historia. Para mí, esa idea siempre estará vinculada a Alon y a aquella tarde en las calles de Roma.

Y aún más importante e inolvidable fue la sonrisa con la que concluyó la conversación. Cogió el teléfono y, acercándose a mí, me dijo:

–Venga, enviémosle la foto a Amos y luego, aunque hace frío, me apetecería mucho un helado, ¿qué te parece?

No recuerdo si nos tomamos el helado. Seguro que sí, pero después fuimos al Trastévere, por donde seguimos paseando y charlando, y luego comimos alcachofas con mi amiga Rania Hammad, hija del histórico representante de la OLP en Italia, Nimer Hammad, y otros amigos. Despedirnos en aquel ambiente distendido fue una bonita manera de hacerlo, y, en cualquier caso, Alon y yo ya habíamos quedado en vernos pronto.

En marzo de 2023, estábamos organizando la intervención de Alon en la presentación de mi informe en Ginebra, cuando en una videollamada, en la que recuerdo claramente su suéter verde y su rostro imperceptiblemente preocupado, me dijo:

–¿Sabes? No sé si podré ir. No estoy muy bien, tengo que hacerme unas pruebas.

Un par de semanas después, en el mes abril, le diagnosticaron una leucemia. Y comenzó su tormento. Mientras tanto, yo estaba preparando mi segundo informe sobre la privación de la libertad personal en Palestina, y también, en esa ocasión, Alon y Amos me brindaron un gran apoyo, leyeron varias versiones y compartimos sus comentarios, incluso mientras Alon recibía quimioterapia. Después la correspondencia fue menos frecuente y

yo traté de no involucrarlo demasiado porque me di cuenta de que se cansaba mucho.

Luego, de repente, la historia enloqueció de nuevo. Y el 7 de octubre nos estalló en la cara con una violencia increíble. Sólo un par de semanas después fui a Estados Unidos para presentar mi informe sobre la infancia, que pasó completamente desapercibido a pesar de que, como dijo Amos, «no le faltaba nada»: el número de niños asesinados, heridos y mutilados por los ataques y las diversas guerras, la catastrófica situación de la falta de asistencia médica que luego degeneró de forma indescriptible, pero que incluso antes del 7 de octubre ya era insoportable para muchos. Durante diecisiete años, se prohibió la salida de Gaza y casi nada entraba en la ciudad sin el consentimiento de Israel, lo que significaba que no se podía tratar enfermedades que de otro modo serían tratables, como la diabetes. Había niños con afecciones leves que requerían tratamientos especiales no disponibles en Gaza y morían en sus hogares porque no se les permitía salir para visitar a un especialista ni recibir los medicamentos necesarios.

Y, sin embargo, eso no parecía importarle mucho a nadie. De hecho, durante mucho tiempo en Europa, mucha gente siguió sosteniendo que el atentado del 7 de octubre fue «el peor ataque antisemita desde la Shoah», entre ellos, el presidente francés Emmanuel Macron, a quien un día respondí públicamente en redes sociales: «¿La "mayor masacre antisemita" de nuestro siglo? No, señor Macron. Las víctimas del 7 de octubre no fueron asesinadas por su judaísmo, sino como reacción a la opresión por parte de Israel. Francia y la comunidad internacional no hicieron nada para evitarlo. Mis respetos a las víctimas».

Eso me costó la ruptura de las relaciones con la diplomacia francesa, pero incluso en ese caso podía confiar en las importantes palabras que Alon estaba escribiendo en aquellos meses, y que fueron como un regalo para mí. Alon, Amos y otros estudiosos del Holocausto y el antisemitismo, escribieron un artículo en el *New York Review* en noviembre de 2023, en el que criticaban el uso instrumental de la memoria histórica para justificar la agresión a Gaza. Denunciaron que insistir en el hecho de que los de «Hamás son los nuevos nazis» y atribuir a los palestinos una

responsabilidad colectiva servía para desacreditar a quienes defendían sus derechos. Hicieron hincapié en la importancia de distinguir entre Hamás y la población palestina en su conjunto, y advirtieron de que «la confusión entre antisemitismo y crítica a Israel» no sólo socava la lucha contra el verdadero antisemitismo, sino que legitima la represión de la disidencia y la eliminación de la causa palestina del debate público.

Para mí, lo más terrible fue que aquel comportamiento al que Macron le estaba dando voz absolvía completamente a Israel de cualquier responsabilidad, y anulaba el debate sobre todas las gravísimas violaciones del derecho internacional cometidas contra los palestinos durante décadas.

El mismo día en que pisé Estados Unidos, en octubre de 2023, llamé a Alon y le dije:

–Voy a verte.

No se sentía bien, y me respondió:

–Lo siento, pero no estoy en condiciones de ver a nadie, tengo las defensas muy bajas y no puedes venir a casa, lo lamento.

Pero por sugerencia de Amos, su gran amigo, además de colega, me tomé la libertad de insistir, y finalmente decidimos que iría a visitarlo a Boston y que, en lugar de vernos en su casa, nos reuniríamos en algún sitio.

Quedamos en un restaurante, donde por fin conocí a su pareja, la maravillosa Tal. Encontramos un lugar completamente vacío, donde podíamos mantener las distancias, y él nunca se quitó la mascarilla. Estuvimos charlando un buen rato y, después de esforzarnos para tomar todas las precauciones, terminamos abrazándonos.

Estaba muy abatido, y no sólo por su salud.

–Israel está acabado. Ahora sí que veo el final, pero ya no tengo fuerzas para hacer nada –dijo.

Esa fue la última vez que lo vi.

Alon Confino falleció el 27 de junio de 2024.

5

Ingrid

¿Cómo se acaba con el *apartheid*?

> El hombre desnudo bajó los brazos de la cabeza.
> Se había caído y miraba. Miró quién lo golpeaba,
> la sangre se deslizaba por la cara, y la perra Gudrun
> olió la sangre.
> «*Fange ihn! Beiß ihn!*», exclamó el capitán.
> Gudrun mordió al hombre, desgarrándole el hombro.
> «*An die Gurgel*», dijo el capitán.
>
> ELIO VITTORINI, *Hombres y no*

La primera vez que escuché un debate articulado sobre las razones por las que era necesario definir la situación de *apartheid* en Palestina fue en 2017, en una conferencia organizada en Jordania por académicos y la sociedad civil árabe. Ahora nos parece algo obvio, pero hasta hace unos años no lo era en absoluto.

Partamos de la base de que existen diversos instrumentos de derecho internacional para proteger a las personas, como los tratados de derechos humanos y, en situaciones de conflicto armado, el derecho humanitario. Estos se adoptaron después de las dos guerras mundiales, sobre todo para que los conflictos no fueran tan atroces y proteger a la población civil, en la medida de lo posible, de los horrores de la guerra, pero elevan también a los individuos –por lo tanto no sólo, o ya no sólo, a los Estados– a la categoría de sujetos de derecho en el ámbito internacional.

Los derechos humanos no nos los regalaron: cada uno de ellos es fruto de las luchas y los logros de individuos como nosotros. La trata de esclavos se eliminó gracias al movimiento abolicionista; el *apartheid* y la

segregación racial se prohibieron gracias a auténticas luchas civiles, y así es como hemos logrado importantes avances en los derechos de los trabajadores, las mujeres, los menores y en las personas de naturaleza diversa. El camino hacia los derechos humanos no es lineal, y la misión no está cumplida. Así lo demuestran los tiempos que vivimos.

Pero volvamos a Palestina.

Hasta hace unos años, el principal –si no el único– marco jurídico de referencia para muchos, con respecto al territorio palestino ocupado, era el derecho humanitario, es decir, las leyes de la guerra y la ocupación militar, según las cuales la ocupación militar sólo es aceptable si es temporal, si está vinculada a necesidades militares específicas y se produce con pleno respeto a los derechos de la población civil.

Israel, por su parte, ha ocupado Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este desde 1967 sin límite de tiempo ni una justificación válida. La propia ONU pidió su retirada mediante una resolución aprobada pocos meses después del inicio de la ocupación, y recordó que no es legítimo adquirir territorio por la fuerza.

Sin embargo, Israel no sólo ignoró esa orden, sino que expandió su presencia en el territorio ocupado, incluidos los Altos del Golán sirios, y reemplazó a las autoridades locales por personal militar israelí, impuso leyes militares, expropió tierras, demolió viviendas y construyó más de trescientos asentamientos donde actualmente viven cerca de ochocientos mil colonos israelíes. Todo eso se ha llevado a cabo a pesar de que el derecho internacional reconoce la ilegalidad de tales acciones. Uno de los principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas establece que está prohibido adquirir territorio por la fuerza, y la Corte Internacional de Justicia ha reiterado repetidas veces que una potencia ocupante debe garantizar los derechos esenciales de la población ocupada y no puede impedir el derecho a la autodeterminación.

Esto es, sin embargo, lo que está ocurriendo exactamente en Palestina.

Para encubrir sus violaciones, Israel ha empleado un lenguaje ambiguo: ha hablado de un territorio «controvertido», en lugar de uno ocupado, de una población «hostil», en lugar de una ocupada, es decir, de una población

necesitada de protección. Incluso la comunidad internacional ha preferido atrincherarse en los términos en lugar de afrontar con decisión la inaceptable realidad de la ocupación permanente y sus consecuencias.

Mientras tanto, a la sombra de este debate sobre las palabras en lugar de las acciones, Israel ha seguido socavando sistemáticamente no sólo los territorios, sino también el derecho internacional, mediante la distorsión del propio significado del derecho y la justicia. La ilegalidad de esta conducta es irreparable, porque atenta contra uno de los pilares del orden internacional. Deben ser las normas del derecho las que rijan las relaciones entre los Estados y no la imposición del más fuerte.

***

El año 2017 supuso otro importante punto de inflexión intelectual para mí, tras el que experimenté en la SOAS en 2005.

En la conferencia a la que asistí en Jordania en mayo de ese año, Michael Lynk –mi predecesor como relator especial de las Naciones Unidas para los territorios palestinos ocupados–, basándose en la jurisprudencia relativa a la ocupación sudafricana de Rodesia y Namibia (entonces llamada África del Sudoeste), explicó por qué, según el derecho internacional, la ocupación israelí debía considerarse ilegal.

En definitiva, la jurisprudencia de la Corte Internacional de Justicia había establecido que la presencia sudafricana en África del Sudoeste era ilegal, precisamente porque: a) no cumplía fines militares y b) violaba las obligaciones fundamentales de la ocupación. Dichas obligaciones exigen que la ocupación debe salvaguardar el bienestar de la población ocupada y no subyugarla, alterar su identidad ni modificar el estatus del territorio ni el marco jurídico de la población. Además, dicha ocupación no era temporal: se había convertido en una condición permanente.

Como afirmó ese día Michael Lynk, a propósito del caso de Namibia, la ocupación militar nunca puede considerarse un vehículo para la colonización. *¡Bingo!* Con estas palabras, rompió una barrera. Si la ocupación es ilegal no debe normalizarse en absoluto: es preciso vigilar cada caso y cada momento, e imponer su fin.

En la época de esa conferencia, hacía seis años que no trabajaba para las Naciones Unidas. Pero al escuchar a Lynk, regresé al periodo en que trabajé en Palestina, y de repente todo se aclaró. Durante mis años palestinos, solía hacerme ese tipo de preguntas: ¿por qué seguimos utilizando el derecho internacional humanitario cuando es evidente que la ocupación militar sirve para arrebatar la tierra y destruir la vida de los palestinos?

El hecho de que el instrumento legal no fuese adecuado para proteger a las personas era una noción que, de alguna manera, ya estaba presente en mí, pero las palabras de mi predecesor fueron importantes, y al recordarlo me dije: «Michael Lynk tiene razón».

Después de él, intervino Ingrid Jaradat Gassner, una experta en Palestina desde hace mucho tiempo. A propósito de su reflexión sobre el marco legal más apropiado para la situación palestina, Ingrid insistió en utilizar el concepto de *apartheid*. En aquel entonces, hablar del *apartheid* con respecto a la conducta de Israel no era nada habitual, sobre todo más allá de cierto activismo. El alcance de lo que decía Ingrid era tan revolucionario que muchos no lo comprendimos del todo: una prueba de ello es que, en el volumen científico sobre la jurisprudencia relativa a la legislación sobre refugiados palestinos en el que yo estaba trabajando en aquel entonces, sólo consideramos el régimen de *apartheid* de forma marginal. Pese a que Ingrid no era una jurista, su contribución resultó fundamental para poder interpretar, desde la perspectiva más correcta, todas las normas que protegen a individuos y grupos.

Ingrid era holandesa, pero llevaba mucho tiempo viviendo en Palestina, en Beit Jala, cerca de Belén, en la Cisjordania ocupada. En 1998, junto con su esposo Mohammed Jaradat, fue una de las fundadoras del centro de investigación BADIL, la organización de referencia en Palestina sobre la cuestión de refugiados palestinos desde 1948. En 2005, cofundó el movimiento BDS (Boicot, Desinversión y Sanciones) inspirado en la resistencia global contra el *apartheid* en Sudáfrica y basado en el derecho internacional. El movimiento había nacido poco después de una histórica opinión consultiva de 2004 de la Corte Internacional de Justicia, que establecía que la construcción del muro, iniciada dos años antes, y las prácticas implementadas por Israel en Cisjordania y la Jerusalén ocupada violaban gravemente el derecho internacional y los derechos fundamentales

de los palestinos, como la libertad de movimiento, el acceso a recursos y servicios esenciales y, sobre todo, el derecho a la autodeterminación.

Ese muro que separa a los palestinos de Jerusalén y que todavía hoy, más de veinte años después, nadie ha conseguido derribar, reduce enormemente sus posibilidades. ¿Cómo puede sostenerse la economía de un grupo de personas en una ciudad como Jerusalén, rodeada, por un lado, por la parte israelí y, por los otros tres, por colonias en el territorio ocupado, si estas personas producen servicios para una clientela que no puede acceder a ellas ni comprar productos palestinos debido a que se han cortado los vínculos con quienes producen fuera de la ciudad? El muro impide que las familias permanezcan juntas y estén en contacto, así como que cristianos y musulmanes vayan a rezar a Jerusalén. Por lo tanto, es un problema que afecta a muchos aspectos de la vida de una persona.

La decisión histórica de la Corte Internacional de Justicia se fundamenta en el derecho a la autodeterminación, un derecho tan importante y capital que, según la ley sobre la responsabilidad internacional de los Estados miembros de las Naciones Unidas, implica la obligación para todos ellos de no reconocer la situación ilegítima creada por la ocupación y de actuar para garantizar el respeto de las normas internacionales, incluidos los derechos humanos. Por lo tanto, los países de la ONU estarían obligados a no asistir ni apoyar la ocupación de ningún modo posible; y también a exigir el fin de la construcción del muro.

Desde un punto de vista jurídico, fue un momento trascendental, porque por primera vez un tribunal se pronunciaba sobre la cuestión israelí-palestina. Sin embargo, desde un punto de vista práctico, nadie actuó.

Así, en 2005, en respuesta a la inacción de los Estados tras aquella resolución, se creó el BDS, un movimiento nacido con el objetivo de promover boicots, desinversiones y sanciones contra Israel con el fin de presionarlo a cumplir con las normas de la legislación internacional y a respetar los principios universales de los derechos humanos. En mi opinión, un ejemplo perfecto de lo que debería ser la sociedad civil: el sistema de anticuerpos de una sociedad sana que respeta las normas universales, tanto desde el punto de vista nacional como internacional.

Ingrid fue una de las fundadoras de ese movimiento, inspirado en las actividades de apoyo contra el *apartheid* en Sudáfrica, donde se había llevado a cabo una importante campaña de boicot, desinversión y sanciones

mucho antes de que los Estados decidieran actuar. Todavía hoy, no podemos pensar en Sudáfrica sin que nos venga a la mente la palabra *apartheid*, pero en ese caso, la mayor parte del esfuerzo se hizo desde abajo y partió de la sociedad civil o, mejor dicho, de una sola persona, una joven trabajadora que decidió efectuar acciones prácticas que estaban a su alcance. Todo comenzó en Irlanda en 1984, cuando Mary Manning, una cajera de veintiún años que trabajaba en el supermercado Dunnes, se negó a pasar por caja los pomelos procedentes de Sudáfrica, según las directrices de su sindicato, que instaba a los trabajadores a boicotear los productos sudafricanos como protesta contra las políticas de segregación y opresión. Cuando Manning y la representante sindical Karen Gearon siguieron negándose a manipular productos sudafricanos e instaron a otros trabajadores a que hicieran lo mismo, fueron suspendidas, lo que desencadenó una huelga a la que se unieron otros ocho compañeros.

La huelga duró casi tres años, hasta abril de 1987, y produjo una reacción en cadena que llevó a Irlanda a convertirse en el primer país occidental en imponer una prohibición total a la importación de productos sudafricanos, gracias a la presión pública que generó la osada acción de Mary y sus compañeros.

La prohibición se mantuvo vigente hasta el fin del régimen del *apartheid* en 1994. Cuando Nelson Mandela recibió la ciudadanía honoraría de Dublín en 1990, el propio Mandela reconoció el valor de su gesto. Afirmó que, con ello, los huelguistas habían demostrado a los sudafricanos que la gente común, lejos del lugar donde se desarrollaban esos acontecimientos, había desempeñado un papel pionero en la lucha contra el *apartheid*. Pensar en ello, dijo, también lo ayudó a resistir en prisión. Pero no sólo eso. Cuando en 1984 el arzobispo Desmond Tutú recibió el Premio Nobel de la Paz e invitó a los manifestantes de Dunnes a asistir a la ceremonia, el movimiento antiapartheid, nacido en Irlanda, recibió una oleada de apoyo que fomentó la creciente oposición al *apartheid* y dio un paso necesario y devastador para acabar con este sistema.

Para derrocar los regímenes opresores es preciso dispararles al corazón, es decir, al bolsillo, donde reciben los pagos de los beneficios de la

explotación. Esta es la misma filosofía que sustenta BDS, la cual se compromete a exponer públicamente la complicidad internacional –no sólo política sino también económica– con el régimen del *apartheid* impuesto por el Estado de Israel contra los palestinos.

El discurso sobre el *apartheid*, al que Ingrid contribuyó de manera decisiva en el caso palestino, ha sido retomado y reforzado en los últimos años por diversas asociaciones de derechos humanos.

Las primeras en denunciarlo fueron dos organizaciones no gubernamentales israelíes que documentan las violaciones de derechos humanos cometidos por Israel en los territorios ocupados: Yesh Din y B'Tselem. En 2020, Yesh Din habló de un *apartheid* limitado a Cisjordania, donde Israel aplica dos sistemas legales distintos: uno para los colonos israelíes y otro para los palestinos. En 2021, B'Tselem publicó un informe contundente, acompañado de una icónica presentación ante el Consejo de Seguridad de la ONU, a cargo del entonces director Hagai El-Ad, en la que afirmó que Israel impuso un régimen de *apartheid* a todos los palestinos, desde el río hasta el mar, es decir, «desde el Jordán hasta el Mediterráneo». Según B'Tselem, Israel controla efectivamente todo el espacio entre el río Jordán y el mar, lo que garantiza la supremacía de los judíos israelíes en detrimento de los palestinos. Las políticas de *apartheid* identificadas incluían la fragmentación política y territorial de los palestinos, la desigualdad en los accesos a la tierra y los recursos, las restricciones de movimiento, y un sistema legal discriminatorio fundado en leyes de emergencia, órdenes militares y normativas como la ley de 2018, que reconoce el derecho a la autodeterminación «sólo para el pueblo judío».

En 2021, Human Rights Watch reforzó este análisis en un informe detallado, y definió el *apartheid* israelí como un sistema institucionalizado de dominación y opresión. HRW concluyó que Israel no sólo estaba cometiendo delito de *apartheid*, sino también de persecución, es decir, la privación sistemática y deliberada de los derechos fundamentales de un grupo. «Las autoridades israelíes privilegian metódicamente a los judíos israelíes y reprimen a los palestinos», con el objetivo declarado de mantener el control demográfico político y territorial.

En 2022, Amnistía Internacional confirmó que Israel practica el *apartheid* tanto en el territorio ocupado como dentro de sus fronteras, y añadió que el sistema también atañe a los refugiados palestinos, quienes

están excluidos del derecho al retorno, el principio según el cual todos los refugiados palestinos tienen derecho a regresar a las propiedades que ellos o sus antepasados fueron obligados a abandonar por los israelíes en 1948 y 1967. En su informe, Amnistía Internacional insta, de manera explícita, «a las autoridades israelíes, y otras partes interesadas, a desmantelar el sistema de *apartheid* contra los palestinos y acabar con las violaciones de los derechos humanos».

Pero entonces, ¿Israel es un estado de *apartheid* o no? Por supuesto que lo es. Según el derecho internacional, es un sistema creado para mantener la supremacía de un grupo racial sobre otro mediante prácticas discriminatorias y opresivas. Aunque, históricamente, solemos pensar de inmediato en el régimen sudafricano, la Convención Internacional contra el Apartheid lo clasifica como un crimen de lesa humanidad que cualquier Estado puede cometer mediante actos inhumanos –como deportaciones forzadas, arrestos ilegales, torturas y restricciones a la libertad de movimiento–, llevados a cabo para oprimir sistemáticamente a un grupo racial, manteniéndolo bajo control en beneficio de otro. El Estatuto de Roma también incluye el *apartheid* entre los crímenes de lesa humanidad, como aquellos actos cometidos «en el contexto de un ataque generalizado o sistemático contra la población civil».

No se trata sólo de discriminación, sino de negación de los derechos fundamentales, de separación de las personas por motivos raciales y territoriales, y de la aplicación de medidas coercitivas para mantener al grupo oprimido en una posición de desventaja y aislamiento.

Por lo tanto, si ampliamos la perspectiva más allá del caso de Sudáfrica, la particularidad del *apartheid* es el hecho objetivo de una segregación institucionalizada, cuya finalidad es el dominio de un grupo sobre otro: algo que, si se observa más de cerca, es también la columna vertebral del colonialismo, especialmente del colonialismo de asentamiento. ¿Quién se atrevería a decir que Francia en Argelia, o la Bélgica del rey Leopoldo en el Congo, no practicaron un régimen de *apartheid*? El *apartheid* puede existir –y sin duda existe– incluso en contextos coloniales diferentes y mucho más amplios que aquellos con los que solemos asociar este término.

Hace sólo unos años, incluso cuando me convertí en relatora especial de la ONU en 2022, hablar de *apartheid* a propósito de Israel parecía algo imposible, hasta tal punto que, en círculos diplomáticos internacionales,

algunos susurraban «la palabra A» como si *apartheid* fuera una palabra sucia. Hoy en día, esta concienciación está mucho más extendida, y estoy convencida de que dentro de unos años la palabra *apartheid* se asociará instintivamente con el Estado de Israel, como sucedió en el pasado con Sudáfrica, que aún carga con ese estigma treinta años después de su abolición, en medio de un largo y doloroso proceso de reconciliación.

***

En el caso de Israel, a las numerosas violaciones debemos añadir los cientos de miles de vidas destrozadas, asesinadas, mutiladas en cuerpo y alma, y una Gaza destruida. El genocidio en curso desde 2023 no puede borrarse de la historia del Estado de Israel, y sospecho que, en el futuro, el mundo entero se estremecerá cuando vea la bandera israelí, por lo que se ha hecho en su nombre y bajo su égida.

Hoy vivimos esta realidad sin ser demasiado conscientes de ello, porque los seres humanos necesitamos tiempo para reflexionar y poder observar desde la distancia. Pero no debemos olvidar que cuanto más se prolongue este tiempo, más inocentes morirán. Por esto es fundamental que continuemos explicando a qué nos enfrentamos y apoyar el movimiento de reacción necesario para contrarrestarlo.

Incluso el simple hecho de informarnos e impulsar la concienciación supone una importante contribución para abatir el *apartheid*.

Por supuesto, en el caso de Sudáfrica, no hubo presiones comparables, procedentes de múltiples y variadas fuentes, a las que hoy apoyan al Estado de Israel. En este caso no estamos hablando de una parte significativa de la administración israelí, sino de la amplia red que se ha construido en todo el mundo occidental, y más allá, a través de embajadas hiperactivas y sofisticadas técnicas de comunicación que promueven la marca «Israel, la única democracia en Oriente Medio», «*Israel, startup nation*». Una nueva narrativa que ha reemplazado los eslóganes populares en la época de Golda Meir: «Un estado que ha hecho florecer el desierto» y «Un pueblo sin tierra por una tierra sin un pueblo».

Hoy Israel cuenta con el apoyo de las élites políticas, culturales y financieras de varios países, el primero de todos, Estados Unidos, debido

también a la connivencia de los militares con la poderosa industria bélica estadounidense (un libro muy interesante de Antony Loewenstein, *Laboratorio Palestina*, analiza estos aspectos en profundidad).

Otro factor importante está representado por los ahora omnipresentes grupos sionistas cristianos, particularmente activos en Estados Unidos. Inspirándose en interpretaciones conservadoras de la Biblia, ven el «retorno de los judíos a Palestina» como el cumplimiento de las profecías, y consideran el apoyo a Israel como parte integrante de su fe, un hecho que influye de manera significativa en la política exterior estadounidense. Además, el sionismo cristiano también se expande con rapidez en los países de mayoría global o del sur global, donde el proselitismo cristiano enarbola, de manera cada vez más ubicua, la bandera israelí. Para superar estos enormes obstáculos, el BDS ha tenido que organizarse de un modo mucho más estructurado que el movimiento sudafricano contra el *apartheid*. Dentro del movimiento BDS, los palestinos han creado PACBI (Campaña Palestina para el Boicot Académico y Cultural a Israel), que promueve el boicot a las instituciones académicas y culturales israelíes, cómplices silenciosas de la ocupación, el *apartheid* y la negación de los derechos palestinos, así como una amplia red transnacional de organizaciones y expertos que apoya llamamientos específicos al boicot, las sanciones y la desinversión, y teje la tela de la resistencia pacífica, estratégica y activa contra el *apartheid* y su logística.

Aquí entra en juego el factor económico, que me invita a decir: si Palestina fuese el escenario de un crimen, estarían todas nuestras huellas. Numerosas empresas, fondos de pensiones, bancos, fundaciones y organizaciones de diversos países siguen invirtiendo en la economía israelí, y esto es un factor que está inextricablemente ligado a la ocupación. Si bien los sectores fuertes de la economía israelí, como las armas y la vigilancia, son los más evidentes, es importante recordar que cualquier inversión en la economía israelí puede tener implicaciones o conexiones con la ocupación y la explotación de los palestinos y sus recursos, y, por lo tanto, convertirse en un gesto vinculado a una conducta criminal. Al igual que los pomelos que Mary Manning se negó a pasar por la caja de Dunnes hace cuarenta años.

Ante una situación como esta, que merece ser denunciada y combatida con todas nuestras fuerzas, el llamamiento del movimiento BDS –que está

plenamente en consonancia con el derecho internacional– hay que apoyarlo de todas las formas posibles: desde lo que compramos hasta cómo invertimos, desde dónde vamos de vacaciones hasta a quién votamos. Todos deberíamos tomar decisiones «*apartheid-free*». La justicia para Palestina comienza con nuestros propios pasos.

Y esta justicia cada día es más necesaria, dado los crímenes que Israel sigue cometiendo. Los blancos sudafricanos nunca alcanzaron un nivel de violencia tal como para aniquilar a toda la población negra. Su objetivo era segregar y dominar. Hoy en Israel/Palestina, la realidad es completamente distinta. La denuncia y la erradicación del *apartheid*, que podrían haber sido una gran oportunidad de cambio, se han convertido en una oportunidad perdida, sobre todo tras los desastrosos acontecimientos posteriores a octubre de 2023.

***

A finales de marzo de 2025, mi amigo y excolega Lex Takkenberg, con quien trabajé en el libro sobre la historia y la legislación relativa a los refugiados palestinos, me escribió: «En estos días, Ingrid es más necesaria que nunca. Echo de menos hablar con ella, debatir, comprender».

Ingrid era una fuente constante de inspiración y positividad. Durante mis viajes a Belén, cuando enseñaba en la universidad local, me la encontré varias veces, e incluso la visité en la bonita casa de piedra cubierta de hiedra donde vivía con su esposo, en una zona tranquila, lejos del bullicio de Belén y de la Basílica de la Natividad, la iglesia que se construyó alrededor de la cueva donde supuestamente nació Jesús.

La última vez que la vi, en 2019, habíamos quedado en encontrarnos allí mismo, básicamente porque llegar a casa de Ingrid, con mi pésimo árabe, habría supuesto una pesadilla tanto para mí como para el desafortunado taxista.

Los muros de piedra de la gruta de la Natividad cubiertos de velas parpadeantes crean una atmósfera íntima y mística; y si bien no sentí ninguna llamada religiosa en particular, el hecho de estar ante la estrella plateada que marca el supuesto lugar del nacimiento de Jesús, hizo que

sintiera un profundo respeto por la sacralidad de aquel lugar y por la historia y las esperanzas de tantos que lo veneran.

Fue un encuentro muy breve. Ingrid tuvo que ausentarse debido a otros compromisos. Una lástima, porque yo estaba atravesando un momento delicado y necesitaba el apoyo de alguien como Ingrid en quien confiaba y respetaba. Lex y yo habíamos terminado nuestro libro y habíamos iniciado una consulta con la sociedad civil palestina, algunos académicos, activistas israelíes y expertos internacionales sobre las *durable solutions* para los refugiados palestinos que proponíamos en el capítulo final.

En virtud del derecho internacional, afirmamos que los palestinos tienen derecho al retorno, a la compensación y a la autodeterminación, pero también afirmamos que cualquier persona –de los campos de refugiados en Líbano, Siria o Jordania, o de Egipto y de otras partes del mundo donde viven palestinos apátridas– que desee trasladarse a otro lugar y solicitar la ciudadanía debería poder acceder a oportunidades de *resettlement*, de reasentamiento legal.

Sin embargo, muchos palestinos recelaron de esta propuesta, algunos incluso me acusaron de promover una agenda «proisraelí» y de querer amenazar el derecho al retorno.

Sabía que Ingrid había entendido cuáles eran mis intenciones cuando hablé de una política de derechos en contra de la «política del dolor» de quienes quieren mantener a toda costa a los refugiados en los campos, a la espera de que se respete el derecho al retorno de los palestinos, que, durante los setenta y siete años transcurridos desde la Nakba, no ha avanzado lo más mínimo.

Pero ese día me guardé esos pensamientos y, tras despedirme de Ingrid, fui en busca de un poco de silencio en el interior de la iglesia. Una iglesia construida en memoria de un palestino nacido hace dos mil años, que necesariamente tenía que ser de piel oscura, porque, salvo raras excepciones, los pueblos de individuos rubios y de piel clara aún no habían llegado a esos lugares; una iglesia donde, durante la segunda intifada, los muchachos de la resistencia palestina se refugiaron en ella para evitar ser asediados y atacados; obviamente no lo consiguieron.

Todas las veces que veo la Basílica de la Natividad, no puedo evitar pensar en el nacimiento y la muerte de aquel joven, y en su crucifixión, que hoy me parece ver de nuevo en la destrucción de su pueblo, que ha intentado resistir pero que está sucumbiendo. Si conseguimos imaginarnos este pueblo orgánicamente, es decir, como un cuerpo que resistió con todas sus fuerzas, que se sacrificó para defender a su gente, quizá la perspectiva cambia, incluso de la resistencia palestina a la ocupación israelí.

Por supuesto, comprender la resistencia no significa justificar la violencia contra los civiles israelíes, pero nos permite comprender que esta nace, sobre todo, como respuesta a la destrucción de un pueblo que está llegando a su fase final.

En la Palestina actual, prácticamente ya no hay espacio para la resistencia. Algunos luchan aquí y allá, pero no lo consiguen, no tienen las armas para enfrentarse al ejército más imponente de Oriente Medio, apoyado por la mayor potencia militar del mundo. Muchos ya no tienen fuerzas para defenderse; no pueden levantarse, si luchar significa dar puñetazos. No es una lucha en igualdad de condiciones, y en las luchas desiguales quienes no tienen medios se defienden como pueden.

No estamos ya en los tiempos de los partisanos italianos ni de la descolonización tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la resistencia era vista como algo heroico. Hoy ya nos hemos olvidado de que Nelson Mandela fue a prisión para cumplir casi treinta años de condena, precisamente acusado de terrorismo, y que sólo en 2008 Estados Unidos eliminó su nombre de la lista negra de terroristas. Hemos olvidado que, a ojos de los nazis, los partisanos italianos eran terroristas, y que, dentro de un mecanismo de opresor y oprimido, cualquier persona puede ser vista como un terrorista por unos y como un héroe por otros.

Lamentablemente, a veces la resistencia también implica violencia, y suele ser tanto más violenta cuanto más violenta es la opresión. En este momento, los palestinos están desesperados. Si cada pueblo es como un cuerpo, el cuerpo palestino ha sido golpeado muchas veces, durante muchísimo tiempo, y hoy aún más.

Yo era una niña durante la primera intifada de 1987, pero nunca podré olvidar las imágenes que vi en televisión, sentada en el sofá entre mi hermano y mi madre, cómo los furgones policiales capturaban a los chicos que arrojaban piedras y les vendaban los ojos. Había un muchacho con la

camisa verde, el pelo rizado y los ojos cubiertos. Recuerdo que los soldados lo sujetaban por el brazo y le rompían los huesos a pedradas. Recuerdo a los palestinos sentados en el suelo, atacados por los perros… ¿Cuántos años llevan sufriendo así los palestinos, y cuánto sufren ahora, cuando la crueldad está sobrepasando todas las barreras inimaginables?

En esta extraña primavera de 2025, me resulta difícil imaginar el futuro. Me resulta prácticamente imposible imaginar la reconstrucción de Gaza, salvo como un gran monumento que conmemore el genocidio, pero eso no significa que vea el fin del pueblo palestino. Los palestinos se levantarán de nuevo, pero ahora los israelíes están destrozando el cuerpo de este pueblo oprimido, tal como lo hicieron los políticos romanos hace dos mil años con el cuerpo de aquel joven. Y nosotros tenemos la obligación de preguntarnos si queremos formar parte de quienes se desentienden, de aquellos que, parafraseando a Pessoa, estarán condenados a sufrir las heridas de las batallas que no combatieron.

Más allá de mi anticlericalismo inveterado, creo que Jesús fue un revolucionario del amor, alguien que no temía ir al Templo y armar un ’*ammuìna* increíble, como decimos en mi tierra. Era consciente de que llevaba consigo una verdad superior, más humana y salvadora que la proclamada por los sabios de su tiempo. Los hombres del Templo. Él no se limitó a hacer la revolución, él *era* la revolución, con todo su ser y en cada acto de su vida, sin dar nada por hecho, eso es lo que también debemos hacer nosotros.

O nos empeñamos en *ser* la revolución o fracasaremos, porque ningún cambio puede darse en el mundo si primero no se da en nosotros mismos. Debemos despojarnos, un prejuicio cada vez, de todo el bagaje con el que acarreamos para avanzar, cada día un poco más, hacia la verdad.

***

Ingrid Jaradat Gassner también fue una revolucionaria incansable y silenciosa. Su revolución se expresó en la forma en que utilizó el sistema normativo internacional como si fuera un juego de Lego, viendo todas las piezas del sistema legal disponibles, para desmantelarlas y volverlas a ensamblar con el fin de fortalecer los derechos y garantizar la protección.

Cuando Ingrid nos explicó cómo se aplica el *apartheid* en Palestina, nos mostró, a todos, lo que nuestros ojos aún no podían ver. En este caso es importante que nos imaginemos al pueblo palestino de forma orgánica, como un solo cuerpo. Por lo tanto, no debemos olvidar que incluso los refugiados que se hallan fuera de su patria siguen siendo víctimas del *apartheid*, puesto que los controla con otros medios, por ejemplo, impidiéndoles regresar.

Los refugiados son parte integrante de la cuestión palestina: al contribuir a la creación del centro de investigación BADIL. Ingrid ayudó a realizar una inmensa labor de mapeo de los refugiados, de análisis de datos y de recomendaciones.

Su último proyecto «en defensa de los defensores» fue ofrecer asistencia legal gratuita a cualquiera que hubiera sido víctima de los ataques propios de la instrumentalización del antisemitismo –utilizado por Israel como escudo contra cualquier crítica–, lo que incluía a muchos activistas de la BDS que fueron criminalizados por decir la verdad y exigir la aplicación del derecho internacional. Una herramienta, por lo tanto, para proteger y defender a quienes, a su vez, defienden la causa del pueblo palestino.

Ingrid se apagó el 16 de noviembre de 2023. Ni siquiera sabía que estaba enferma. Me entristeció profundamente que una mujer como ella –una auténtica revolucionaria, activista, intelectual, altruista e inteligente luchadora abnegada, capaz de trabajar entre bastidores, y que aportó su visión sin ningún tipo de protagonismo– se hubiese ido sin que yo tuviera la ocasión de volver a verla. Me habría gustado poder despedirme y agradecerle las lecciones que nos enseñó, a mí y a todos nosotros.

Algunos dicen que el conocimiento no es un proceso de adquisición, sino de revelación progresiva, de liberación de prejuicios. En mi recorrido hacia la comprensión de la cuestión palestina, ella fue, sin duda, una figura a la que le estoy profundamente agradecida por haberme ayudado a abrir los ojos y a ver con mayor claridad. Una vez hablé de ello con Omar Barghouti, uno de los cofundadores de BDS. Después de expresarme su estima, Omar me dijo, claro y rotundo:

–¡No creas que tú también estás exenta de algunos *racial bias*![4]

–Lo sé –le respondí–. Sí, me reprimo. De hecho, estoy en ello, me los estoy quitando de encima poco a poco, como si pelara las capas de una cebolla.

Precisamente por ello, el legado cultural que nos deja Jaradat Gassner sigue siendo valioso –de hecho, crucial– para poder pelar las capas de ignorancia y de prejuicios con las que inevitable e inconscientemente acarreamos y lastran nuestra comprensión de la realidad.

Entre sus enseñanzas más importantes destaca un concepto fundamental: cuando un pueblo sufre opresión, merece un apoyo absoluto, incondicional y con principios. Es preciso aprender a escuchar, mirar con atención a quien tenemos delante, tener una visión «horizontal» de la corresistencia y evitar cualquier actitud paternalista hacia los demás.

A menudo se habla de los palestinos como si necesitaran guía y disciplina, cuando, en realidad, sólo necesitan apoyo. Esto es exactamente lo que hizo Ingrid, vincular el movimiento a la ley y a una verdadera filosofía que, como tal, debe ser rigurosa y, en algunos casos, incluso rígida.

Un buen ejemplo podría ser el caso de *No Other Land*, un precioso documental que BDS consideró, en cierto modo, un esfuerzo de normalización y, por lo tanto, fue criticado. Yo no entendía cuál era el problema. Mucha gente como yo debió de pensar: «¡Chicos, de verdad tenéis que sacarle la piel a tiras a un proyecto como *No Other Land*?».

Pero ellos replicaron: «Tened cuidado, porque esta es la forma más insidiosa de normalización».

Ahora que veo el problema, también reconozco el peligro.

Es cierto que, en la ceremonia de los Oscar, Yuval Abraham comenzó su discurso diciendo: «Vivo hoy con el temor constante de la violencia de los colonos, con las demoliciones de viviendas y el desplazamiento forzado que mi comunidad, Masafer Yatta, sufre y se enfrenta a diario bajo la ocupación israelí. *No Other Land* refleja la cruda realidad que hemos padecido durante décadas y contra la cual seguimos resistiendo, a la vez que hacemos una llamada al mundo para que actúe y ponga fin a la injusticia y la limpieza étnica del pueblo palestino».

Y también es cierto que Yuval Abraham, a quien respeto profundamente, habló luego de la relación de desigualdad entre él y Basel: «Cuando miro a Basel, veo a mi hermano. Pero no somos iguales. Vivimos bajo un régimen, donde yo soy libre, protegido por la ley civil, mientras que él está sujeto a

las leyes militares que están destruyendo su vida, y sobre las cuales no tiene ningún control».

Sin embargo, Yuval también lo puso todo al mismo nivel, cuando dijo: «La atroz destrucción de Gaza y su gente debe terminar, y los rehenes israelíes que fueron brutalmente capturados el 7 de octubre, deben ser liberados…».

Por supuesto, lo que dijo Yuval es cierto. Sí, la destrucción de Gaza debe terminar y los rehenes deben regresar a casa. En efecto, *todos* los rehenes, los israelíes, y también los miles de palestinos, incluidos los cientos de niños que se consumen en las cárceles israelíes, maltratados y a menudo torturados de forma inimaginable.

Para los palestinos la realidad de la ocupación, la limpieza étnica, el *apartheid* y, ahora, el genocidio a menudo no es admisible ni se escucha a menos que sea relativizado y matizado por la experiencia narrativa israelí. Como si los palestinos sólo pudieran contar su historia, su resistencia, expresar su sufrimiento y denunciar la injusticia que sufren sólo en presencia y con la aprobación de una voz más legítima: la israelí. ¿Puede una voz palestina existir por sí misma? Cabe preguntarse cuántas películas realizadas por palestinos han sido financiadas, producidas, distribuidas, vistas y reconocidas en un medio como Hollywood. Cabe preguntarse si Basel habría tenido la oportunidad de hablar, o incluso de asistir a la ceremonia de los Oscar, si hubiera estado solo, sin Yuval. La vida de Yuval en Israel se ha convertido en un infierno. Esto no cuestiona su compromiso ni el impacto del documental, pero los sesgos y mecanismos de normalización son poderosos y tendenciosos contra cualquier narrativa palestina, hasta tal punto que son las palabras de Yuval las que, en última instancia, sirven como referente de legitimidad, y las que captan la atención y la compasión. Es como si Yuval, a quien humanamente comprendo, hubiera desviado la atención hacia sí mismo y hacia los israelíes justo en el momento en que debería de haberse echado a un lado. Pero me llevó tiempo y explicaciones comprender las sutilezas de la normalización, que a menudo es inconsciente e involuntaria. Si te opones a la idea del supremacismo debes ser capaz de ponerlo todo a un lado, es un paso indispensable, y precisamente por eso –por haber conciliado sus actividades prácticas, como la más reciente «en defensa de los defensores», con las vinculadas al

conocimiento– considero que la labor del BDS y la contribución de Ingrid han sido fundamentales.

Algo que debe seguir haciéndonos reflexionar y que nunca debemos olvidar.

***

Las palabras correctas son muy importantes como preludio y preparación para las acciones correctas. Por lo tanto, en 2017, para mí, no fue en absoluto un ejercicio de pura jurisprudencia teórica comprender hasta qué punto la definición de *apartheid* era apropiada para la situación actual en Palestina, y no lo es hoy reconocer la necesidad de adoptar la palabra «genocidio» para definir todo lo que se venía cociendo desde hacía tiempo y que se ha desatado de la manera más dramática desde finales de 2023.

Ver, comprender y enmarcar las situaciones que presenciamos en los marcos adecuados son pasos fundamentales para prepararnos para la acción. Especialmente cuando nos enfrentamos a quienes utilizan las palabras como poderosas armas mediáticas para apoyar una masacre.

En mi cuarto informe a las Naciones Unidas, titulado «Anatomía de un genocidio», denuncié que Israel estaba aplicando un auténtico *humanitarian camouflage*: un camuflaje pseudohumanitario de sus violaciones sistemáticas y generalizadas del derecho. De este modo, Israel ha derribado los cimientos del derecho humanitario internacional, y ha ofrecido al mundo la percepción de que es legítimo atacar a civiles, a los que considera escudos humanos o daños colaterales.

Cuando Israel utiliza a palestinos como escudos humanos para entrar en las casas o se lleva a prisioneros de las cárceles para utilizarlos en los ataques, eso es literalmente *human shielding*,[5] un concepto bien definido y explícitamente prohibido por el derecho internacional. Y en eso consiste precisamente el derribo.

Israel suele hablar de «órdenes de evacuación» y «zonas protegidas», pero el lenguaje del derecho humanitario internacional se ha invertido, se ha utilizado a la inversa para justificar la propia conducta militar y los propios crímenes de guerra, y para acabar con los principios fundamentales de la

disciplina y de la protección en tiempos de conflictos armados: distinción entre civiles y militares, necesidad militar, proporcionalidad.

A fin de cuentas, ¿acaso no es *humanitarian camouflage* lo que Israel ha practicado siempre en el territorio palestino ocupado, engañando a la comunidad internacional, que le ha permitido llevarlo a cabo? ¿Por qué todos los que, de un modo u otro, estamos implicados en la causa palestina –trabajadores humanitarios, diplomáticos, funcionarios internacionales, expertos en la materia– nos hemos preocupado tanto en denunciar la opresión total y progresiva de los palestinos, obsesionados con la idea de no ofender la sensibilidad de Israel?

Esta actitud ha permitido que los proyectos políticos israelíes, que intentaban expandirse hacia lo que quedaba de la Palestina histórica mucho antes de 1967, avancen disfrazados de legalidad, ocultos tras la fachada del derecho bélico, mientras sembraban las semillas de una conducta que hoy en día aparece, en todos los sentidos, como precursora de genocidio. El deseo, especialmente en Occidente, de mantener un relato «neutral», libre de conflictos, ha perpetuado, de hecho, la injusticia y el sufrimiento, e ignorado lo que los palestinos siempre han dicho y exigido.

Cuando viví en Palestina, sentí esta profunda contradicción en mi interior, y una de las cosas que más me hizo sufrir fue la percepción de que incluso las Naciones Unidas, el sector del desarrollo y el humanitario, también eran parte integrante de ese techo de cristal que impedía que los palestinos avanzaran. La discriminación siempre está en los hechos, porque la correcta comprensión de una situación y la correcta elección de las palabras que usamos para describirla son, sin duda, un elemento indispensable para derrocar el *apartheid* y detener el genocidio del pueblo palestino. Sin embargo, como siempre, las palabras por sí solas no bastan, y deben traducirse en hechos, de lo contrario, todo discurso será en vano y no podrá detener ni un ápice la atrocidad de lo que está sucediendo.

Otra cosa que sucedió durante aquellos días, mientras escribía, es que mantuve una reunión telefónica con un alto funcionario de uno de los gobiernos europeos más próximos a Palestina, y en cuanto finalizó la reunión y colgué, lloré de rabia.

Me sorprendí discutiendo con ese funcionario del gobierno, intentaba comprender qué medidas concretas había tomado el gobierno al que representaba para contrarrestar la injusticia de las colonias y facilitar su

desmantelamiento. Cuando le pregunté qué estaban haciendo al respecto, me respondió:

–Vamos, ¿ahora vienes a criticarnos? No somos los peores de Europa.

Le señalé que su país es el que más invierte en los territorios ocupados, pero se encogió de hombros.

–¿Qué queréis que hagamos, boicotear a Israel?

Cuando le insistí en el hecho de que al menos podrían evitar usar sus ganancias para empeorar la situación. Me dijo sin tapujos que yo no era una persona ni diplomática ni constructiva, y que no era consciente del esfuerzo que estaban haciendo para apoyar a la Autoridad Nacional Palestina, con el objetivo de ayudarla a expulsar a Hamás de la Franja.

–Pero eso no es asunto vuestro –le repliqué con voz tranquila y enfatizando cada sílaba–. No os concierne a vosotros elegir quién debe gobernar Palestina. Sólo debéis preocuparos de contribuir de forma útil para poner fin a la ocupación, para que algo quede de Palestina.

Esto exige el derecho internacional.

Y, sin embargo, al menos en una cuestión, tenía razón. Es cierto que en ciertas cosas no soy constructiva. No, no soy constructiva cuando hablo con determinados políticos que tienen la necesidad de contarse sus propias mentiras. No se me da bien cargar con las heridas de batallas no libradas, por citar de nuevo a Pessoa. Pero, al menos, no estoy destruyendo la vida de los palestinos, y espero que algún día pueda concluir la mía y pensar que hice todo lo posible para salvarlos. Estoy haciendo y seguiré haciendo todo lo que está en mi mano, aprendiendo y pelando las capas de «mi propia cebolla» con la ayuda de personas que pueden enseñarme, como hizo Ingrid, que siempre será una maestra para mí.

Estas son las palabras que hay grabadas en su tumba, cerca de Belén: «Prometemos sonreír cada vez que podamos, como tú lo hiciste; seguir adelante pase lo que pase, luchando, reflexionando, defendiendo la esperanza a pesar del dolor, cayendo, levantándonos, cambiando de rumbo, retomando la lucha, ¡y finamente logrando nuestra liberación!».

Y en el sueño de la liberación de Palestina, hoy hay un poco de la liberación de todos nosotros.

6

Ghassan

¿Hasta dónde puede llegar la crueldad de un genocidio?

> La maquinaria propagandística ya se había activado a favor de la «lucha contra el terrorismo» defendiendo con gran compasión la necesidad de lograr justicia y defender los derechos humanos, sin prestar demasiada atención al hecho de que la guerra es, en sí misma, terrorismo legitimado, una injusticia absoluta, una violación irremediable de todo derecho.
>
> GINO STRADA,
> a propósito de la intervención
> de Emergency en Afganistán en 2001

Algunos creen que este supuesto «conflicto» tiene dos caras en Palestina.

Otros consideran que no es así, y que esta historia podría representarse en el escenario de una tragedia griega. Los actores implicados serían, por lo menos, tres: los palestinos, los israelíes y el imperialismo occidental, este último respaldado por un coro de vasallaje y por el egoísmo oligárquico de varios gobiernos árabes.

«Esta "guerra" –argumenta Ghassan Abu Sitta, cirujano nacionalizado británico– ha demostrado que el vínculo entre el imperialismo occidental e Israel es un proceso continuo, sin interrupción. Israel es una parte integrante del proyecto imperialista occidental en aquella zona: una colonia vinculada a Occidente, como todas las colonias de los siglos pasados.»

Ghassan Abu Sitta pasó varias semanas en Gaza, tras el ataque perpetrado por Israel en nombre del derecho a la venganza contra el pueblo considerado absolutamente culpable del sangriento atentado del 7 de octubre. Y colaboró con los hospitales de Gaza mientras materialmente le

fue posible operar. Luego, con enormes dificultades, abandonó el país. «Cuando salí de Gaza [en noviembre de 2023, NdR] y llegué al Reino Unido, me di cuenta de que el proyecto genocida era como un iceberg. Israel es sólo la punta visible, pero el resto del iceberg –que desde Gaza no se ve con tanta claridad– es todo el aparato que hace posible el genocidio: la BBC, la CNN, el *Washington Post*, el *Wall Street Journal* y las organizaciones que lo apoyan.»

Desde que Ghassan fue elegido rector de la Universidad de Glasgow, en marzo de 2024, le sucedieron muchas cosas.

Para empezar, el grupo proisraelí Abogados del Reino Unido por Israel presentó una demanda contra él, en la que se le acusaba de no ser apto para ejercer la medicina debido a supuestos posts en redes sociales. Sin embargo, la solicitud de suspensión de su licencia médica, presentada por el General Medical Council, fue rechazada por el tribunal de órdenes provisorias por falta de pruebas concretas y traducciones poco fiables de los posts, y se acogió a las declaraciones de la defensa, que había destacado que estas acusaciones tenían, en realidad, motivaciones políticas disfrazadas de preocupaciones éticas con el fin de socavar su credibilidad pública y limitar la libertad de expresión.

Algunos periodistas de la BBC le informaron posteriormente que la emisora lo había incluido en una lista de palestinos a los que no se les podía entrevistar y, en la primavera de 2024, se le prohibió la entrada en Francia, Holanda y Alemania, donde tenía previsto impartir una serie de conferencias, debido a que las autoridades alemanas le habían prohibido la entrada en todo el espacio Schengen, medida que luego fue declarada ilegal por el tribunal administrativo de Potsdam.

«Mientras tanto –señala Ghassan–, Alemania multiplica por diez sus suministros de armas, la Fuerza Aérea Británica se hace cargo del espionaje electrónico cuando sobrevuela Gaza con sus aviones, y la aviación italiana suministra los F-35 israelíes que se preparan también para bombardear Saná. Todo esto demuestra que el problema palestino no es un malentendido. La cuestión es que las potencias occidentales se valen de Israel como una herramienta para proteger sus intereses en la zona. Pero estas élites políticas occidentales tendrán que lidiar con el hecho de que la opinión pública está cambiando. Para observar este cambio, basta con medir el nivel de opresión que tiene lugar en Occidente: en Estados Unidos, miles

de universitarios han sido arrestados. En Reino Unido, se ha detenido incluso a supervivientes del Holocausto y a los organizadores de las manifestaciones contra la guerra. En Alemania, la brutalidad de las cargas policiales contra los manifestantes se ha vuelto sistémica.»

A su regreso al Reino Unido, Ghassan decidió colaborar con Scotland Yard y brindó su testimonio sobre los crímenes de guerra que acusa a Israel de cometer. El médico calificó la situación actual como una ola de destrucción sin precedentes comparada con las guerras de los últimos tiempos, y afirmó que los ataques del último año y medio constituyen «un verdadero tsunami de violencia». Por ejemplo, contó que había visto heridas claramente causadas por el uso del fósforo blanco, heridas que conocía bien, puesto que ya las había tratado durante la guerra de Gaza en 2009. «El uso de fósforo blanco está prohibido por el derecho internacional. Reconocí estas quemaduras de inmediato, ya las había tratado en 2009.»

***

Una noche, en Londres, coincidí con Ghassan en una conferencia en la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres, y pude escuchar de su viva voz las aterradoras historias que me quitaron el sueño durante meses. Explicó que, durante su estancia en los hospitales al-Shifa y al-Ahli, donde operaba a víctimas de los bombardeos israelíes, llegó a practicar hasta doce cirugías al día, muchas de ellas a niños, y me contó que una triste noche tuvo que realizar seis amputaciones a menores. Según sus estimaciones, en los primeros meses del «conflicto» en Gaza, cerca de novecientos niños fueron sometidos a amputaciones. «Cuando empiezas a operar a menores, sabes que esos niños tendrán que someterse al menos a diez o quince operaciones más hasta alcanzar la edad adulta», nos explicó aquella noche. ¿Quién lo hará?, ¿dónde se realizarán estas intervenciones si no queda nada del sistema sanitario en Gaza?, ¿qué será del futuro de esos niños, en el caso de que consigan sobrevivir?

El argumento con el que Israel justificó el bombardeo de los hospitales se sustenta en la presunta afirmación de que al-Shifa era un centro de operaciones de Hamás, algo que Ghassan negó rotundamente aquella noche. «En los hospitales, sólo vi heridos y muertos. De Hamás ni rastro.» Esto es

algo sabido, incluso entre los profesionales y los medios de comunicación, y el propio ejército israelí no ha podido aportar ni una sola prueba que no pareciera inventada a propósito. Por ejemplo, una imagen difundida por las llamadas Fuerzas de Defensa de Israel –que en realidad deberían llamarse fuerzas de ocupación israelíes– mostraba cómo un oficial israelí señalaba una hoja de papel que había pegada a la pared del hospital, de la que se dijo que era un plan operativo de Hamás; pero luego se descubrió que simplemente se trataba de la planificación de los turnos del personal sanitario.

Así lo demuestran también las imágenes que recopiló Ghassan –y que los medios consideraron demasiado crudas para difundirlas–, que no muestran nada más que pasillos abarrotados de gente que grita, desesperada, miembros mutilados y cuerpos carbonizados.

«Cuando los israelíes sitiaron el hospital al-Shifa –nos contó–, me quedé atrapado en el al-Ahli, que era el único hospital que estaba en funcionamiento en Gaza, pese a haber sufrido graves daños. En otros hospitales del sur de Gaza, vi a mis colegas sentados sin poder hacer nada porque no había electricidad y no se podía operar en los quirófanos. Al menos, en al-Ahli seguían activos dos quirófanos y una sala de rayos X, aunque ya no podíamos usar el TAC. Además de mí, había un cirujano ortopédico y un par de cirujanos generales, pero los bombardeos aéreos eran tan brutales y la cantidad de pacientes que llegaban tan desmesurada que nos vimos obligados a operar durante veintidós horas sin parar. Sin embargo, en ese momento, se acabó todo. A las cinco de la mañana el anestesista salió del quirófano y anunció: "Basta, ya no queda nada, no hay propofol, no hay oxígeno, no hay nada con lo que se pueda sedar a la gente". El hospital Al-Ahli también tuvo que parar. No teníamos fármacos que administrar, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que el problema más grave no era la falta de medicamentos, sino que el sistema sanitario se estaba quedando sin recursos, hasta el punto de que había incluso más médicos de los esperados. Esa última noche, que estuve en el sur, los heridos fueron trasladados a al-Ahli en carretas tiradas por burros porque las ambulancias se habían quedado sin gasolina. Además, creo que más de doscientos cincuenta profesionales sanitarios en aquel periodo fueron arrestados por las fuerzas israelíes: algunos fueron torturados, y muchas otras personas, probablemente cientos, siguen detenidas en cárceles

israelíes. Yo mismo, probablemente, evité que me arrestaran porque me trasladé de al-Shifa al sur, donde aún podía hacer algo.»

Lo que ha continuado y continúa sucediendo en Gaza desde el otoño de 2023 confirma las palabras y temores de Ghassan. ¿Cómo puede uno negarse a aceptar la definición de genocidio ante el horror que ha asediado a Gaza? ¿Quién podría creer la propaganda que intenta presentar un exterminio tan atroz como un «conflicto»? ¿Fue un «conflicto» aquel con el que los colonos europeos que crearon Estados Unidos exterminaron a cientos de tribus nativas de Norteamérica con pólvora y hambruna, y masacraron a toda una población y empalaron las cabezas de sus líderes tribales más queridos a plena vista para sembrar el terror entre la gente y desalentar la resistencia?

Hace un tiempo, leí en *The Guardian* el testimonio del doctor Abu Ajwa, quien, después de ser arrestado por los israelíes, contó que a sus torturadores se les pidió encarecidamente que le rompieran las manos para que ya no pudiera operar. También está la historia del doctor Adnan al-Bursh, jefe del departamento de cirugía ortopédica del hospital al-Shifa y amigo íntimo de Ghassan. Falleció a los cincuenta años en abril de 2024, poco después de su arresto y traslado a la prisión de Ofer, en la Cisjordania ocupada. Algunos colegas y compañeros de prisión afirmaron que murió a causa de actos de violencia sexual que le provocaron una perforación intestinal.

«La tortura y el asesinato de casi mil profesionales de la salud es una pieza fundamental de la destrucción del sistema sanitario –nos explicó Ghassan aquella noche en Londres–. El hospital al-Shifa se puede reconstruir en un par de años, pero se necesitaron doce para formar a un médico como Adnan al-Bursh. Si tenemos en cuenta las principales especialidades que Gaza necesita con urgencia, puede decirse que de los cinco patólogos que había antes del 7 de octubre, sólo dos siguen con vida. En Gaza, ya no hay médicos cualificados para practicar cirugías de emergencia. Todos los nefrólogos han sido asesinados. Un investigador bioestadístico analizó los asesinatos sistemáticos e intencionados y descubrió que, en Gaza, cualquier trabajador sanitario tiene una probabilidad dos veces y media mayor que cualquier otro de ser atacado y asesinado por los israelíes. Incluso si hay un alto el fuego y se produce una tregua en los bombardeos, podéis estar seguros de que el genocidio

continuará –prosiguió Ghassan ante una sala repleta de personas que lo escuchaban en religioso silencio– porque gracias a esta estrategia, la gente seguirá muriendo de todos modos, incluso por enfermedades que podrían haber sido fácilmente tratadas.» Lamentablemente, el tiempo le ha dado la razón. Y hasta la fecha más de mil trabajadores sanitarios han sido asesinados entre el 7 de octubre de 2023 y enero de 2025, mientras que más de doscientos cincuenta han sido encarcelados.

«El genocidio –concluyó Ghassan– se reconoce claramente cuando la destrucción acaba con todo: presente, futuro y pasado. Todo lo que era el pueblo de Gaza ha sido arrasado, borrado.»

Aquella noche, junto a Ghassan, me sentí plena y vacía, grande e insignificante. El poder de nuestras palabras no habría salvado ninguna vida humana, al menos no de forma inmediata. Pero el debate cambia día a día. Basta decir que nuestro anfitrión de aquella noche, el director de *The Lancet*, justo después del 7 de octubre, había descrito Gaza de esta manera: «Caminé por calles donde las imágenes de los "mártires", con uniformes de combate y las ametralladoras cruzadas sobre el pecho, acompañaban desde lo alto de los muros a los niños que iban camino de la escuela, o donde podía verse a hombres marchando con el rostro cubierto y fusiles de asalto en mano, sin que nadie los detuviera. Es en ese entorno, creado por Hamás, donde nacen las nuevas generaciones de niños en Gaza. Un entorno que alimenta y propaga el terror». Reducir Gaza a un «entorno que alimenta y propaga el terror» es injusto y superficial, y ese tipo de generalizaciones son engañosas y peligrosas. Es indudable que Hamás gobernó Gaza con mano de hierro, y los palestinos fueron sus primeras víctimas. Pero Hamás controló Gaza durante diecisiete años con el beneplácito de Israel. En cuanto a las imágenes en los muros, muchos desconocen que, para los palestinos, la celebración de los «mártires», es decir, los caídos en combate, con uniforme militar no representa una exaltación de la violencia como tal, sino la voluntad de honrar a quienes han perdido la vida a manos de la ocupación y de recordar a la comunidad que es necesario apoyar a las familias de las innumerables víctimas. Pero es cierto que los niños se ven afectados por el entorno en el que crecen. Y por eso, durante años y años, las organizaciones de derechos humanos palestinas e israelíes han implorado al mundo que detenga la ocupación, la anexión y el *apartheid*.

Cuánta arrogancia existe en nuestras actitudes occidentales hacia culturas y palabras cuyo significado, raíces y esencia desconocemos… Una arrogancia generalizada en todos los ámbitos –desde el periodismo hasta el ámbito universitario, y claramente en gran parte de la política– que ha contribuido a invisibilizar la humanidad de los palestinos y a distanciar aún más su salvación.

Por eso es fundamental que el debate cambie, que difunda palabras útiles para abatir la ignorancia mediante la transmisión del conocimiento y para seguir planteándonos las preguntas más importantes: ¿qué podemos hacer para detener todo esto? ¿Hasta dónde llegaremos mientras el mundo parece estar sumido en un profundo sueño y no puede mantener los ojos abiertos ante esta herida tan grande como un pueblo entero, esta herida que nadie parece querer atender, ni sanar ni aliviar?

7

Eyal

¿Cómo se calculan las condiciones que conducen a la destrucción de un pueblo?

> El genocidio de un pueblo conduce al genocidio de otro, es un axioma confirmado por siglos y generaciones de ocupantes y ocupados. Para un imperio totalitario como el que se construye ante nuestros ojos, las expediciones punitivas son la norma, la esencia. Hoy Tizio termina en la guillotina, mañana Cayo, pasado mañana le toca a la pequeña Liana.
>
> ANNA POLITKÓVSKAYA, *Sólo la verdad*

En teoría, antes de profundizar en los méritos de las opiniones políticas y personales, cualquier debate riguroso sobre qué constituye genocidio debería sustentarse en lo que establece el derecho internacional al respecto.

Veamos a continuación los primeros cinco artículos de la convención firmada en Nueva York por las Naciones Unidas el 9 de diciembre de 1948 tras el Holocausto, que provocó la muerte de cerca de seis millones de judíos europeos, más de doscientos cincuenta mil romaníes y sinti, y trescientas mil personas discapacitadas.

Convención para la prevención
y la sanción del delito de genocidio

Las altas partes contratantes

Considerando que la Asamblea General de las Naciones Unidas, por su resolución 96 (I) de 11 de diciembre de 1946, ha declarado que el genocidio es un delito de derecho internacional contrario al espíritu y a los fines de las Naciones Unidas y que el mundo civilizado condena;

reconociendo que en todos los periodos de la historia el genocidio ha infligido grandes pérdidas a la humanidad;

convencidas de que para liberar a la humanidad de un flagelo tan odioso se necesita la cooperación internacional;

convienen lo siguiente:

Artículo I
Las Partes contratantes declaran que el genocidio, ya sea cometido en tiempo de paz o de guerra, es un delito de derecho internacional que se comprometen a prevenir y a sancionar.

Artículo II
En la presente Convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal:

a. Matanza de miembros del grupo.
b. Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo.
c. Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial.
d. Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo.
e. Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.

Artículo III
Serán castigados los actos siguientes:

a. El genocidio.
b. La asociación para cometer genocidio.
c. La instigación directa y pública a cometer genocidio.
d. La tentativa de genocidio.
e. La complicidad en el genocidio.

Artículo IV

> Las personas que hayan cometido genocidio o cualquiera de los otros actos enumerados en el artículo III, serán castigadas, ya se trate de gobernantes, funcionarios o particulares.
>
> Artículo V
> Las Partes contratantes se comprometen a adoptar, con arreglo a sus Constituciones respectivas, las medidas legislativas necesarias para asegurar la aplicación de las disposiciones de la presente Convención, y especialmente a establecer sanciones penales eficaces para castigar a las personas culpables de genocidio o de cualquier otro de los actos enumerados en el artículo III.

Este texto y la conciencia de humanidad que lo sustenta deberían constituir la base indispensable para todos, incluidos quienes aún albergan dudas o incluso creen tener argumentos para oponerse a la idea de que todas las acciones del Estado de Israel contra el pueblo palestino se encuadran plenamente en la definición de «crimen de genocidio».

La primera vez que oí hablar de Eyal Weizman fue en 2017, cuando estaba escribiendo, en colaboración con Lex Takkenberg, el libro *Palestinian Refugees in International Law* [Refugiados palestinos en el derecho Internacional].

En aquel periodo vivía con mi familia en Indonesia, pero pasaba largas semanas en Oriente Medio, especialmente en Jordania y Palestina, donde realizaba una labor de investigación y hablaba con personas que podían ayudarme a reunir todos los elementos que estaba recopilando, para reconstruir, desde una perspectiva jurídica, casi ochenta años de éxodo forzoso de palestinos de su patria. Pese a que se trataba de un libro puramente jurídico y técnico, tenía mucho interés en conservar la parte histórica de lo que le ocurrió al pueblo palestino. Para mí, era fundamental aclarar a los lectores cómo la política había determinado ciertas implicaciones legales, como, en algunos casos, la *no* aplicación de la ley. En esta búsqueda de una mayor comprensión y herramientas útiles, tanto para mí como para quienes leerían ese texto algún día, pasé muchas tardes en la oficina del doctor Anis Kassim, un gran abogado y hombre de cultura, quien durante muchos años, además de ser autor de importantes análisis jurídicos sobre la cuestión palestina, fue director de una publicación

académica de derecho internacional, *Palestine Yearbook of International Law*.

El ritual de nuestras sesiones consistía en saludar a todos los abogados de la oficina y tomar asiento en las distintas sillas que había alrededor de la mesa mientras Anis Kassim retiraba un montón de volúmenes de su escritorio, repleto de libros y archivos, y hacía un hueco para las galletas y el té; y a continuación empezaba a hablar. Siempre me gustó su voz aplacada y elegante, que me guiaba por los recovecos de la historia en los que él mismo había sido protagonista, como los años del proceso de paz. En una de estas conversaciones me preguntó: «¿Has leído *Hollow Land* [Tierra hueca] de Eyal Weizman?».

Al oír este nombre, reparé en que algunos de los que estaban allí presentes fruncieron el ceño, pero conociendo bastante bien al profesor Kassim como lo conocía, estaba convencida de que nunca excluiría a un autor de su lista de lecturas por el mero hecho de ser israelí. Al fin y al cabo, fue él quien, unos años antes, me recomendó una serie de libros del historiador israelí Avi Shlaim, con quien más tarde entablaría una relación de amistad y admiración profunda.

Aquella tarde, el «doctor Anis» –como le llamamos todos en señal de respeto– me habló extensamente de *Hollow Land*, que leí poco después, y que considero que es un libro poderoso y necesario para comprender lo que ha sucedido en Palestina, a partir del hecho de que la destrucción sistemática, humana y política de un pueblo, comienza, ante todo, por la creación de una tierra de vacío.

Como fundador y director del grupo de investigación Forensic Architecture, Eyal Weizman se ha comprometido a revelar las miserables condiciones impuestas por la ocupación israelí mediante el análisis de los espacios. Desde su perspectiva como arquitecto forense –es decir, un profesional que utiliza principalmente herramientas arquitectónicas y tecnologías digitales para reconstruir eventos pasados relacionados con crímenes, desastres o violaciones de derechos humanos–, en este libro Eyal rastrea la historia de la ocupación israelí en Palestina durante los cuarenta años transcurridos entre 1967 y 2007.

Esta mirada, a su vez muy técnica, sobre acontecimientos que creía conocer bastante bien desde una perspectiva jurídica e histórica, me llevó a descubrir nuevos elementos, específicamente geográficos, pero también

arraigados en la experiencia de un pueblo y, por lo tanto, en el desarrollo de la historia en su vida cotidiana. Todo esto me ayudó a iluminar mi comprensión de la violencia en Palestina a través de la fragmentación del derecho, que paradójicamente sigue –en lugar de resolver– a la fragmentación geográfica.

En *Hollow Land* parece evidente que Israel ha utilizado la arquitectura y la geografía como herramientas de poder para consolidar el propio control sobre el territorio palestino ocupado. El espacio urbano y el paisaje han sido modificados para favorecer el dominio militar y político, tal como se refleja en numerosas cuestiones. Desde el modo como las colonias israelíes en Cisjordania fueron diseñadas estratégicamente, para que la colonización creara una fragmentación territorial capaz de obstaculizar la continuidad del territorio, hasta la gestión de la infraestructura y la movilidad. ¿Cómo es posible que todo el sistema de carreteras, puestos de control y muros de separación que han limitado la libertad de movimiento de los palestinos, en todos los ámbitos y durante décadas, siga garantizando un acceso seguro y rápido a los colonos israelíes, bajo la atenta y «neutral» mirada de la comunidad internacional? ¿Y cuál es la finalidad de todo esto?

Un concepto que fue realmente crucial para mí al leer *Hollow Land* es el de la «política vertical», un uso tridimensional del espacio, que demuestra inequívocamente cómo la ocupación israelí no se limita sólo a las fronteras horizontales, sino que también aborda el control del espacio aéreo, del subsuelo –por ejemplo, mediante túneles y acueductos– y la altura de los edificios.

Gracias a sus estudios, a sus múltiples intereses y a lo que, más tarde, descubriría como una personalidad multifacética, Eyal Weizman cuenta muchas historias, pero la esencia del libro es cómo Israel ha logrado atrapar políticamente a los palestinos, a través de un caos geográfico paradójicamente «estructurado» en su contra. Según él, cualquiera puede ser cómplice de este sistema (ya sea voluntaria o involuntariamente), a menos que se distancie de él con gran firmeza:

> La organización del espacio de los territorios ocupados no sólo es el resultado de un proceso ordenado de planificación y actuación, sino también, y cada vez más, de un «caos estructurado», en el que la selectiva –y a menudo deliberada– falta de intervención estatal favorece un proceso desregulado de expropiación violenta.

> Aquellos que operan en esta zona fronteriza –jóvenes colonos, el ejército israelí, la compañía de telefonía móvil y otras grandes corporaciones capitalistas, los activistas por los derechos humanos y políticos, la resistencia armada, los expertos en cuestiones legales y humanitarias, los ministros del gobierno israelí, los gobiernos extranjeros, las comunidades de apoyo en el extranjero, las planificaciones estatales, los medios de comunicación, la Corte Suprema de Israel–, si bien con objetivos distintos y contradictorios, todos desempeñan un papel en la creación y modificación generalizada y anárquica, en cuanto que colectiva, de estos espacios.

Una de las reflexiones que me pareció más brillante de su texto es su invitación a abrir los ojos ante el riesgo de la «paradoja humanitaria», es decir, la posibilidad de que las intervenciones humanitarias terminen, sin querer, por apoyar la ocupación militar en lugar de oponerse a ella. Eyal Weizman cree que intervenir para corregir las consecuencias de determinadas decisiones tomadas por las fuerzas de ocupación podría, de alguna manera, eximir a Israel de sus responsabilidades, incluidas las legales, permitiéndole desviar recursos hacia otros objetivos y, al mismo tiempo, hacer que la ocupación fuera más «eficiente» y tolerable a los ojos de la opinión pública. Si partimos de esta premisa, llegamos a la conclusión de que todo aquel que trabaje, cualquiera que sea su profesión, en unas circunstancias tan difíciles, debe respetar su propia integridad, incluso mucho más allá de los límites del trabajo por el que ha sido llamado a ejercer en un contexto determinado. Por ejemplo, como dijo Rony Brauman, de Médicos sin Fronteras, es fundamental que las organizaciones humanitarias –que a veces acceden a entornos y a información a los que otros, incluidos los periodistas, no tienen acceso– utilicen esta posición privilegiada para dar testimonio y denunciar las injusticias que observan, sin dejar de mantener la independencia e imparcialidad en sus acciones. Según Brauman, cualquier trabajador sanitario «sale al campo con instrumental médico y regresa con un testimonio». Su tarea, por lo tanto, no es sólo curar a los enfermos, sino también «dar testimonio de la verdad de las injusticias cometidas y asumir las responsabilidades políticas».

***

Eyal y yo nos conocimos en Londres, donde asistí a una conferencia. Después de haber publicado mi informe sobre la autodeterminación para las

Naciones Unidas, contacté con él por la gran afinidad que ambos teníamos acerca de la materialidad e inmaterialidad del colonialismo de asentamiento y sustitución en Palestina: la suya, desde una perspectiva del espacio, la mía, desde una perspectiva legal. Nos reunimos en su casa una fría mañana en compañía de algunos de sus más estrechos colaboradores. Una de sus afirmaciones que más me impactó durante nuestra conversación tenía que ver con su relación con Israel: «Sólo regresaré cuando pueda obtener un pasaporte palestino», me dijo, dejándome atónita. De aquel encuentro nació una sólida colaboración que poco a poco se convirtió en una bonita amistad, la cual continúa fortaleciéndose con el tiempo.

En febrero de 2025, Eyal y yo nos encontramos en Berlín. Durante mi visita debíamos debatir sobre los graves efectos de las operaciones militares israelíes y las políticas que han devastado la vida en Gaza. Sin embargo, dos de nuestras intervenciones fueron anuladas y saboteadas a causa de presiones políticas a la universidad y a las organizaciones, lo que arrojó una luz realmente preocupante sobre el declive de la libertad académica en Alemania.

No obstante, en el contexto de una creciente intimidación de cualquiera que insista en mantener abierto el debate, Eyal y yo coincidimos en que debíamos comprometernos a ser un faro de esperanza, junto con alemanes que se niegan a doblegarse ante la opresión y muchos judíos y palestinos en Alemania que se enfrentan a una represión sin precedentes en Europa. A pesar de la adversidad y el clima de miedo, pudimos impartir nuestras conferencias gracias a la determinación de todos los involucrados, incluso en lugares improvisados y pese a una fuerte presencia policial.

Eyal partió del método y de la perspectiva de la arquitectura, y dijo algo que me impactó profundamente: que, para los palestinos, desde hace generaciones, la casa es «algo que dejas atrás, no el lugar donde te quedas». Algo muy similar a lo que suelo decir sobre el genocidio perpetrado por el colonialismo de asentamiento o la limpieza étnica: para los pueblos indígenas, la tierra es *quien* uno es, no el lugar en donde se vive.

El colonialismo de asentamiento –explicó Eyal– es un proceso que opera mediante una doble dinámica: construcción y destrucción. Por un lado, se construyen asentamientos, infraestructuras y colonias; por otro, se destruyen sistemáticamente las condiciones que hacen posible la vida de la población colonizada.

La conferencia que debíamos impartir al día siguiente en la Universidad de Berlín –pero que cancelaron las autoridades alemanas, obligándonos a trasladarla en el último momento a una sede con un aforo mucho menor– se titulaba precisamente: «Condiciones de vida calculadas (*calculated*) para destruir», en referencia al artículo II (c) de la Convención sobre el genocidio, que prohíbe imponer a un grupo humano «condiciones de vida calculadas para provocar su destrucción física, total o parcial». Eyal añadió ese día: «Podríamos decir que calcular las condiciones de vida de otros es un concepto implícito en el colonialismo de asentamiento».

Y este tipo de colonialismo, según sus reflexiones, actúa de dos maneras opuestas: por un lado, mejora las condiciones en el territorio ocupado para fomentar la llegada de nuevos colonos y aumentar el peso demográfico de los israelíes, y por otro destruye de numerosas maneras las condiciones de vida de la población palestina.

«La Franja de Gaza –dijo Eyal– no es más que el resultado de un esfuerzo de ingeniería destinado a destruir las condiciones de vida que hay en ella. Es un largo experimento en el que las condiciones de vida se degradan de tal modo que obligan a la población a marcharse.» Y no se refería sólo al asedio de los últimos veinte años ni a la catástrofe que llevamos presenciando desde octubre de 2023, sino, de forma más generalizada, a la configuración del espacio y la política de la Franja desde su creación en 1948. Según él, Gaza se ha configurado como un espacio donde la vida es cada vez más insostenible, debido a un sistema que la profesora estadounidense Sara Roy ha definido de *des-desarrollo*: restricciones progresivas de agua y electricidad; destrucción de las infraestructuras; haber convertido el acuífero en algo insostenible después de haber creado, durante décadas, las condiciones para diezmar y contaminar el subsuelo; empobrecimiento de las condiciones económicas, y el deterioro de los hospitales y de la investigación científica. Todo esto, dentro de un gueto, porque desde 1948, Gaza, a pesar de los importantes avances legales, siempre ha sido un gueto, como nos recordó Eyal. Con el tiempo, el crecimiento de la población y su repulsa a ser coaccionada a aceptar la migración voluntaria –que Israel, incluso a través de las Naciones Unidas, ha intentado en vano promover durante décadas– ha llevado a los israelíes a tomar medidas drásticas para reducir la amenaza demográfica que Gaza representa para ellos. Si bien Cisjordania no está tan poblada y

aún existen muchas maneras de lidiar con su población local –o evitarlas–, Gaza es una de las zonas más densamente pobladas del mundo. O, mejor dicho, lo era.

«En los últimos veinte años, las condiciones de vida en Gaza se han calculado de forma tan meticulosa que incluso se han regulado las calorías», afirma Eyal, cuando explica cuántos y qué alimentos permite entrar Israel y establece las cantidades conforme al mínimo necesario según la edad y el género. Durante este tiempo, los palestinos también han recibido suministro de agua y electricidad «según un nivel definido como "mínimo humanitario"».

Lo más sorprendente es cómo, mientras tanto, el Estado israelí ha mejorado las condiciones de vida en los territorios adyacentes a Gaza con el fin de incentivar a los israelíes a que se establezcan allí, mediante subsidios, infraestructuras y transferencias de agua del norte al sur de la Palestina histórica. «No fue fácil convencer a los nuevos colonos para que vinieran a vivir cerca de Gaza», observó Eyal –que llama «colono» a cualquiera que, no siendo originario de aquella tierra, se fue a vivir a la Palestina histórica (ahora Israel)–, demostrando que, para ello, era esencial calcular las condiciones de vida en sentido contrario.

Todas las formas de opresión contra los palestinos –limpieza étnica, ocupación permanente, *apartheid*, genocidio– son, en realidad, aspectos del mismo sistema colonial. Y a propósito de eso, Eyal añadió una frase inolvidable: «Cuando ciertos mecanismos para calcular las condiciones de vida de un pueblo ya están activados, en el momento en que se decide exterminarlo, basta con fortalecerlos y llevarlo hasta sus últimas consecuencias».

Antes de que la organización liderada por Eyal elaborara una auténtica «cartografía del genocidio» en Gaza (la plataforma interactiva *A Cartography of Genocide* se lanzó en 2024), otros historiadores israelíes llegaron a la misma conclusión. Ese es el caso de Ilan Pappé, quien ha profundizado en el concepto de limpieza étnica en el contexto de la Nakba, y de Raz Segal, quien ha descrito la realidad actual en Gaza como un ejemplo paradigmático de «genocidio explícito, a los ojos de todos nosotros y sin ningún pudor».

Según Eyal, el genocidio no surge de la nada, no se trata de una escalada improvisada, sino que se incorpora a estructuras y mecanismos

preexistentes. Esto es así en el caso de las acciones israelíes en Palestina, así como en otras situaciones y contextos que Eyal ha abordado en su trabajo como analista y estudioso. Como el genocidio cometido en Guatemala por parte de las fuerzas gubernamentales a principios de la década de 1980 contra las poblaciones indígenas mayas, que fueron acusadas de apoyar a rebeldes de izquierda, o el genocidio contra las etnias nama y herero en Namibia, cuando entre 1904 y 1908 las fuerzas coloniales alemanas respondieron al levantamiento contra la opresión colonial con una auténtica campaña de exterminio mediante la deportación, los campos de concentración, la hambruna y las enfermedades.

En ambos casos, Eyal señala haber encontrado el mismo patrón, basado en la destrucción del territorio y las condiciones de vida como medio de exterminio. «La violencia no sólo se inflige directamente a los seres humanos sino también al entorno que los sustenta: hospitales, escuelas, comunidades, lugares de culto.»

El genocidio del que habla Eyal es una especie de modelo arquetípico de la eliminación del otro. Es la masacre de un cuerpo a través de todos los medios posibles, incluidos los de la destrucción del espacio.

Si las balas bastan para matar un cuerpo, para matar un pueblo se necesita mucho más: es necesario activar todos los medios disponibles para vaciar y aniquilar ese cuerpo colectivo, aunque siga moviéndose.

Me imagino ese cuerpo al que se le aplicara una serie de electroshocks continuos, descargas que, a fuerza de propinarlas repetidamente, extinguen una vida en su esencia misma. Basta con observar las condiciones de los nativos americanos, o de muchos entre los pocos aborígenes australianos que aún resisten. Mientras que en la vecina Aotearoa, Nueva Zelanda, pese a que los maoríes fueron ocupados y colonizados, su vida como pueblo, aunque restringida y no del todo protegida, no ha sido sofocada ni completamente destruida; para muchos otros pueblos indígenas esta es la realidad. Y eso es lo que puede sucederles a los palestinos en su propia tierra, tal como les sucedió a los judíos en Europa hace un siglo.

Después de años de discriminación y persecución, llegaron las leyes raciales, la expulsión de la vida civil, la *guetización* extrema, el hambre y las enfermedades. Y luego –dado que el número de judíos en Europa seguía siendo elevado–, bajo el mando de criminales sin escrúpulos, y con el silencio casi absoluto de los contemporáneos, se llegó a la Solución Final.

Fue ese horror sin precedentes en Europa, ese exterminio mecanizado a escala industrial, lo que llevó al mundo a decir: «Nunca más» y a definir el genocidio como un crimen.

***

Hoy en Palestina, el genocidio que se ordenó al día siguiente del ataque lanzado por Hamás el 7 de octubre de 2023, se presenta claramente como una acción sistemática con la intención de destruir a un pueblo mediante una serie de operaciones militares que han atacado indiscriminadamente a civiles, y han causado la muerte y la devastación en todas partes. Las fuerzas israelíes, provistas con un arsenal letal, han arrasado ciudades enteras y destruido hogares, escuelas, hospitales, y el propio tejido social que sustenta la vida cotidiana. Las heridas infligidas a la población palestina son evidentes, con decenas de miles de muertos, entre ellos más de diecisiete mil niños y cientos de miles de heridos: un millón de niños (esta es la demografía de Gaza), masacrados en cuerpo y alma, silenciados por una violencia indiscriminada que no perdona.

Desde octubre de 2023, la vida en Gaza se ha convertido en una sucesión de bombardeos y masacres, un contexto en el que el acceso a los recursos básicos, como el agua y los medicamentos, se ha visto interceptado deliberadamente, lo que ha conducido a la población al hambre y la desesperación. Las palabras utilizadas para demonizar a los palestinos –«animales humanos», «no hay civiles inocentes», «ni siquiera los niños son inocentes»– acompañan una política de violencia e impunidad que evoca un pasado innoble que nosotros, los europeos más que nadie, no deberíamos haber olvidado.

Lo diré sin tapujos: negar la gravedad de estos actos significa hacer la vista gorda hacia un genocidio en curso. Un crimen que habría requerido la movilización urgente de la comunidad internacional y que, lamentablemente, aún no se ha producido, porque hoy, como ayer, antes de detener un genocidio, es necesario verlo.

El genocidio se reconoce por sus víctimas: un pueblo que se halla en el punto de mira como tal. Durante décadas, los palestinos han sido tratados como una presencia incómoda e indeseada, incluso en aquella pequeña

tierra que les quedaba –Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este–, donde deberían haber podido construir el Estado que tanto anhelaban y que la comunidad internacional afirmaba apoyar. En cambio, Israel continuó reinando con mano de hierro y expulsando a los palestinos de sus hogares, para reclamar sobre esa tierra la «soberanía exclusiva del pueblo judío»: un concepto que, si lo pensamos bien, ya era absurdo hace cien años, puesto que esa tierra nunca estuvo habitada sólo por judíos, sino que era un acogedor crisol de diferentes culturas, religiones y pueblos, de los cuales los judíos constituían una minoría. Y aún parece más absurdo a la luz del marco jurídico internacional actual, que no tolera ningún tipo de discriminación, ni siquiera la religiosa, la de «raza», esa palabra horrible que tanto daño ha causado a la humanidad durante los últimos quinientos años.

La tragedia actual en Palestina ha sido la crónica de un genocidio lamentablemente anunciado. Los estudiosos del genocidio llevan mucho tiempo advirtiendo sobre señales de alerta, ejecuciones sumarias, detenciones arbitrarias, segregación racial de palestinos.

Condiciones específicamente calculadas para llevar a un pueblo a la destrucción.

Pero todo esto se ha ignorado de forma sistemática, por no decir que se ha normalizado con el tiempo. La expansión de las colonias israelíes, bajo el pretexto de negociaciones interminables y poco concluyentes, ha puesto de relieve lo ilusoria que es la idea de una paz sin derechos. Pero todo eso se pasa por alto porque, mientras tanto, la historia de Palestina que se cuenta es otra muy distinta.

Italia es un ejemplo llamativo de cómo la opinión pública ha sido progresivamente manipulada por la política –cada vez más alineada con los sucesivos gobiernos israelíes de centroderecha (incluida la llamada «izquierda» italiana, con muchos miembros del Partido Demócrata activamente comprometidos en la defensa de los intereses israelíes)– y, como consecuencia directa de sus directrices, por los medios de comunicación.

Después del 11 de septiembre de 2001, con la llegada de la lucha contra el terrorismo internacional, la resistencia de quienes defienden lo que queda de la propia tierra ha quedado reducida a un juicio implacable. Así, los palestinos han sido etiquetados de terroristas *ante litteram*, sin juicio ni apelación, y por ello parece que deben ser eliminados. La idea de que los

palestinos, al encontrarse en una situación de subyugación y desventaja, tienen derecho a defenderse de la opresión y ver realizado su derecho a la autodeterminación parece haber desaparecido del debate público italiano. Entonces nuestros partisanos, entre ellos el presidente Pertini, Nuto Revelli, Carla Capponi y muchos otros a quienes honramos como fundadores de la libertad de nuestro país, ¿eran también terroristas?

Todos sabemos que, desde el 7 de octubre de 2023, han sido asesinados más de diecisiete mil niños, mil de ellos menores de un año. Sin embargo, este relato sobre los palestinos prosigue de manera imperturbable. Diecisiete mil niños acogidos con desinterés en todo el mundo por una prensa cómplice y una política servil a los intereses israelíes. Esta es la realidad de los palestinos en 2025, una realidad que exige ser examinada y cuestionada.

Somos muchos los que luchamos contra este genocidio y contra el silencio que lo acompaña. En esta lucha es fundamental adquirir conciencia y una visión correcta de lo que ocurre.

Aquella tarde, Eyal nos dijo al concluir su intervención que, si se hubiera producido incluso el alto el fuego, del que tanto se habló en aquellos días, la destrucción del pueblo palestino no habría terminado, y que no terminará «mientras siga prevaleciendo la misma lógica que desencadenó esta destrucción».

En cuanto a algunas propuestas para el futuro de Gaza, como aquella –que calificó de «delirante»– de reubicar a toda la población, Eyal recordó la importancia de examinar cuidadosamente cualquier proyecto de reconstrucción, puesto que «muchos parecen una continuación de la destrucción, pero disfrazados de ayuda humanitaria». Entiendo perfectamente lo que quiere decir. He denunciado, durante años, cómo se ha utilizado la ayuda humanitaria para enmascarar y confundir la profunda inmoralidad del plan de conquista israelí, un plan al que ningún miembro occidental de las Naciones Unidas se atreve a oponerse. De hecho, muchos –como Alemania, el Reino Unido, encabezado por Starmer, el líder del Partido Laborista, e Italia bajo el gobierno de Meloni– lo apoyan activamente.

En una cálida mañana de invierno en Berlín, en el segundo año del genocidio palestino, ante una multitud de estudiantes desmoralizados y policías antidisturbios, Eyal concluyó su intervención con una advertencia

final: «En este caso, la reconstrucción no sería un remedio para la destrucción sino su prolongación: se utilizaría para completar lo que el genocidio no consiguió terminar».

Comparto la consternación de Eyal ante la propuesta del presidente Trump de reconstruir Gaza como una *riviera* mediterránea, tras «limpiarla» de sus habitantes. Un disparate absoluto, ilegal e inmoral, que, tras una reflexión más detallada, encaja perfectamente en los términos de limpieza étnica o, mejor aún, en la incitación a la reubicación forzosa. Un delito reconocido por el derecho internacional que, con las últimas declaraciones de la administración estadounidense, entra oficialmente, por primera vez, en la política exterior de Estados Unidos. Los traslados forzosos y las nuevas expropiaciones, en el contexto de este genocidio, reforzarían la complicidad de otros países con los crímenes que Israel ya ha cometido en las últimas décadas y que se han agravado exponencialmente en los últimos meses, lo que ha intensificado aún más la crisis que amenaza con destruir al pueblo palestino.

No obstante, el mero hecho de que, mientras Eyal Weizman y yo hablábamos de estas cuestiones, el telón de fondo de nuestra conversación estuviese delimitado por furgones policiales, agentes que custodiaban a estudiantes con equipos antidisturbios, y amenazas de arresto contra mi persona, pone de manifiesto que todo el sistema en el que vivimos ya se ha visto seriamente comprometido.

Y nos alienta a que estemos dispuestos a ofrecer toda nuestra contribución, nuestro testimonio y, en la medida de nuestras posibilidades, nuestro compromiso activo para que los horrores del pasado y del presente dejen de delimitar nuestra vida cotidiana.

8

Malak

¿Dónde está el hogar de un refugiado?

> Cuando viajo, siempre llevo demasiadas cosas conmigo […]. Si reflexiono sobre ello, he llegado a la conclusión de que tengo un miedo secreto, pero inextinguible, a no regresar.
>
> EDWARD W. SAID, *Fuera de lugar*

Lo que los palestinos llaman «Nakba», que significa «catástrofe», es el éxodo forzado en el que, entre el final del Mandato británico y los primeros años después de la fundación del Estado de Israel (1948-1949), setecientos cincuenta mil palestinos se vieron obligados a abandonar sus hogares tras la violencia, las masacres y la destrucción sistemática de sus aldeas.

Durante este periodo, vastas extensiones de tierra fueron confiscadas o abandonadas por los palestinos, que huyeron al difundirse las noticias sobre la violencia perpetrada por las milicias judías, como Irgún, Haganá y Lehi, que se habían fusionado con el ejército israelí después de 1948, y luego fueron expulsados a punta de pistola, a pie o en furgones organizados por los soldados israelíes. Así en poco tiempo, cerca de quinientas aldeas y pueblos palestinos fueron destruidos o abandonados. Los historiadores hablan de masacres –con ejecuciones sumarias, violaciones y otros crímenes contra ancianos, hombres, mujeres y niños, como los infames de Tantura y Deir Yassin– que precipitaron la despoblación de la Palestina histórica. Las aldeas destruidas no fueron simplemente abandonadas, sino que muchas de ellas fueron demolidas deliberadamente y las tierras se utilizaron para construir nuevas comunidades judías o para otros fines dentro del nuevo Estado de Israel.

Salman Abu Sitta, fundador y presidente de la Palestine Land Society (PLS) –con sede en Londres y dedicada a la documentación de la tierra y el pueblo palestinos–, y muchos otros historiadores y estudiosos de la Nakba han atestiguado cómo las tierras abandonadas por los palestinos fueron posteriormente ocupadas y utilizadas por el nuevo Estado de Israel. Abu Sitta ha llevado a cabo una profunda investigación centrada en el mapeo de las localidades palestinas anteriores a 1948 y en el estudio de las posibilidades de retorno de los refugiados, y ha señalado que el derecho al retorno no sólo es justo, sino absolutamente factible.

Para los cientos de miles de palestinos confinados en la Franja de Gaza desde 1948, los judíos que ocuparon sus tierras no son más que colonos, colonos que desde los primeros días de la existencia del Estado de Israel defendieron las tierras arrebatadas a sus legítimos propietarios con armas de fuego y utilizaron los kibutz como avanzadillas de defensa, que muchos en el extranjero simplemente veían como motivo de orgullo del gran modelo socialista del recién nacido Estado judío.

Esta historia dolorosa e irreparable se transmite entre los palestinos de generación en generación y es justo recordar que el despojo de los palestinos comenzó mucho antes de 1948, durante los treinta años de colonización británica (1920-1948). Los británicos alentaron continuamente las oleadas migratorias que hicieron que muchos judíos de Europa se establecieran en Palestina, con la intención de escapar de las persecuciones y construir una nueva vida en la tierra «de sus antepasados». Pero esa tierra ya estaba habitada, y la idea de expulsar a su población estuvo clara desde el principio para los líderes sionistas de la época.

¿Cómo podríamos no enseñar esta historia y pretender que la gente simplemente la olvide? Imaginemos qué crueldad pedirles a los armenios que no hablen de la violencia que sufrieron y del gran robo de su vida, tierra y cultura durante el genocidio cometido por los otomanos. Y lo mismo vale para los pueblos originarios de Australia, Estados Unidos y muchos otros escenarios genocidas de la historia.

Sin embargo, cuando trabajé en Palestina como abogada de la UNRWA (Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente) y en los años posteriores, a menudo tenía la sensación de que las administraciones estadounidenses

esperaban que la agencia llevara a cabo una auténtica *pacificación* de los palestinos.

Cualesquiera que hubiesen sido los abusos cometidos contra sus abuelos, sus tierras y sus vidas a partir de 1948, el pueblo palestino debería amar a Israel y, desde luego, no cuestionarlo.

Una de mis tareas, cuando llegué a Palestina en 2010, fue supervisar una auditoría del programa de la agencia sobre los derechos humanos, los planes de estudios y los currículos que se utilizan en las escuelas de la UNRWA.

Esta auditoría se realizó en nombre del donante estadounidense de la UNRWA, un importante contribuyente a las finanzas de la agencia desde siempre, y preparé todo lo necesario para que los tres auditores estadounidenses pudieran llevar a cabo su investigación, que examinó los materiales escolares de la UNRWA para garantizar que no contuviera nada que pudiera incitar al terrorismo, el antisemitismo y la violencia. Obviamente, nunca surgió nada que indicara mensajes contra Israel, incluidos los antisemitas, pero durante años estos programas han estado bajo un ataque constante, acusados por el gobierno israelí y sus aliados de contener mensajes antisemitas.

Si bien la UNRWA, en virtud de un memorando de entendimiento firmado con Israel en 1967, siempre había atendido a cerca de cinco millones de refugiados palestinos en el territorio ocupado, lo que aliviaba a Israel –como potencia ocupante– de esta carga, la situación cambió a partir del proceso de paz iniciado con la Conferencia de Madrid en 1991.

Hasta entonces la cuestión de los refugiados prácticamente no había sido sometida a debate. Pero, en el contexto del proceso de paz, los palestinos, y no sólo ellos, empezaron a reflexionar sobre qué implicaría la paz y la solución de los dos Estados para los refugiados. Toda la copiosa producción de estimaciones, reconstrucciones históricas, análisis jurídicos, cálculos estadísticos y económicos fue un asunto espinoso para Israel, que consideraba que el problema de los refugiados estaba zanjado, muerto y enterrado. «¡Sucedió hace mucho tiempo! ¡Quién piensa en ello ya!», me dijo con indiferencia un conocido jurista israelí durante una reunión en 2017.

Israel no ve a los palestinos, no los escucha, y, lo que es aún más grave, no los «siente». Para la mayoría de los israelíes que intervienen

públicamente, pero también para muchos exponentes de la diáspora judía, sólo hay un punto de vista: el de Israel. Cómo vive Israel la historia, cómo siente el dolor, en qué contexto opera.

Muchos intelectuales, pese a declararse moderados y contrarios a la ocupación, se centran únicamente en condenar la violencia de Hamás, mientras guardan silencio sobre las alarmantes cifras de víctimas palestinas y la destrucción causada por el ejército israelí después del 7 de octubre de 2023.

Repiten acusaciones sin verificar, como la de las violaciones masivas, pero evitan reconocer la brutalidad sufrida por la población palestina.

El lenguaje cambia cuando hablan de los palestinos.

***

Pero volvamos a 2010. Para preparar mi auditoría, tuve ocasión de visitar por primera vez toda aquella tierra, comúnmente llamada la «Franja de Gaza», y de regresar en varias ocasiones en los meses siguientes. Durante una de esas visitas, se había organizado una exposición de pinturas infantiles en el atrio de una escuela, y recuerdo que, entre ellas, algunas me impactaron profundamente. No estaban pintadas sobre papel, como las demás, sino sobre lienzo, y demostraban una maestría y una belleza que no me habría imaginado que encontraría en aquel contexto.

–¿Quién ha pintado estos cuadros? –pregunté a los profesores.

–Una niña de sexto de primaria, es muy buena, ¿verdad?

–Me gustaría tener uno de sus cuadros, este –dije, señalando una imagen que aún retienen mis ojos: dos niñas de caras redondas y ojos tan azules como el cielo que había detrás, por el que vuela una gran paloma panzuda–. Me gustaría conocerla, ¿es posible?

Y así fue como aquella tarde de hace quince años conocí a Malak Mattar, que entonces era una niña de once años, de cara rechoncha y enmarcada por dos trenzas de espeso cabello negro. Recuerdo que era muy guapa y muy tímida, no hablaba inglés, pero, a través de sus profesores, me dijo con dulzura que no podía venderme el cuadro que tanto me gustaba: primero porque pertenecía a la escuela; segundo porque no habría sabido darme un precio. Habría tenido que preguntar si podía aceptar dinero, pero

su tío, un conocido pintor de Gaza, que le había enseñado a pintar, no estaba allí.

Años después, estaba haciendo una búsqueda *online* de una imagen para hacer el cartel de una conferencia, cuando, de pronto, me encontré ante un cuadro, donde unas palomas blancas volaban alrededor de figuras humanas de ojos grandes y rostros dulces, y tuve una corazonada.

–¿Es palestina esta obra? –pregunté.

–Sí, es palestina –alguien me confirmó.

–Debe ser de Gaza, ¿verdad?

–Sí, la pintora es de Gaza. Se llama Malak Mattar.

No tenía duda, sólo podía ser ella, aquella niña que había conocido brevemente muchos años antes en una de las escuelas de la UNRWA.

Le escribí de inmediato y en ese momento lo decidí: era absolutamente necesario utilizar una de sus obras para el cartel de nuestro evento, y así lo hicimos. Era una conferencia organizada para conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Edward Said, un gran intelectual y autor palestino, que había sido profesor de la Universidad de Columbia. La conferencia se celebró en Londres el 3 de octubre de 2023, pocos días antes del acontecimiento que cambiaría para siempre la vida de palestinos e israelíes, y, sin duda, la de todos los habitantes de la Franja de Gaza, incluidos Malak y su familia.

A partir de entonces hemos estado siempre en contacto. Sin embargo, pasaron varios años entre nuestro primer encuentro y el siguiente, que no tuvo lugar en Gaza sino en Londres, a finales de 2024, con motivo de la espléndida conferencia que se impartió en la Escuela de Higiene y Medicina Tropical, en la que participé junto con Ghassan Abu Sitta. Aquella tarde, reconocí a Malak de inmediato en medio de la multitud y, finalmente, después de la conferencia pudimos abrazarnos. Me contó que había salido de Gaza justo el día antes del 7 de octubre y que luego se había trasladado a Londres, donde había sido admitida en un máster en Bellas Artes en la Central Saint Martins, una de las escuelas de artes visuales más importantes del mundo. Sin embargo, su familia, compuesta por sus padres y dos hermanos, se había quedado en Gaza, y buscaba desesperadamente el modo de poder refugiarse en Egipto. Después de sobrevivir milagrosamente a los bombardeos y en condiciones de vida dificilísimas, les llevaría meses conseguir salir de Gaza.

–Al principio –me explicó– parte de mi familia decidió quedarse en el norte. Pensaron: «esta tierra es nuestra y la salvaremos; debemos protegerla de cualquier ambición colonial, de modo que nos quedaremos aquí. Que nos maten si quieren, pero no nos iremos». También porque para mucha gente, incluidos mis padres, la decisión de irse o quedarse siempre ha supuesto un fuerte trauma del pasado: tras la Nakba de 1948, aquellos que abandonaron sus tierras nunca pudieron regresar.

Entonces, una mañana ocurrió algo que los convenció de abandonar el barrio de Rimal, donde vivían. La escuela secundaria donde enseñaba su madre fue bombardeada tan sólo unos minutos después de que ella se hubiera ido, cuando aún estaba en el coche, de camino a casa. De modo que se mudaron y encontraron refugio en el norte de la Franja de Gaza, primero en un barrio llamado al-Karama, luego cerca del hospital al-Shifa. Y en medio de todo esto, la familia tuvo que separarse: los hombres, por un lado, las mujeres y los niños por otro. Una situación descabellada. Unos días después decidieron trasladarse al sur. Las alarmas eran cada vez más frecuentes, oleadas de gente abandonaban sus hogares, y la presión para que los del norte se trasladaran al sur era cada vez mayor.

–Mi familia se fue a Deir al-Balah y, durante cinco meses, vivió en casa de mi tía. Para mí fue una pesadilla, acababa de llegar a Londres y, con todos esos desplazamientos, nunca pude contactar con ellos. No tenía noticias, no sabía cómo estaban, ni siquiera si estaban vivos o muertos. Intenté llamarlos una y otra vez, pero no había conexión y siempre respondía una musiquita. De la emoción por mi nueva andadura en la Saint Martins, que iba a permitirme evolucionar como artista, pasé a sumirme en una angustia por no saber si mis seres queridos estaban a salvo.

Esa noche, después de la conferencia de Londres, Malak y yo sólo conseguimos intercambiar unas pocas palabras, y su relato concluyó muchos meses después. Justo en estos días de marzo de 2025, mientras estaba terminando la redacción del libro, volví a Londres y organicé una cena más íntima, y así Malak pudo, finalmente, contarme la segunda parte de esta complicada y dolorosa historia.

–Pero mucho menos que otras muchas –me aclaró de inmediato después de sentarnos a la mesa, antes incluso de elegir qué íbamos a comer–. En la familia de mi amigo Ahmed, por ejemplo, han muerto todos en el curso de los últimos meses. No le queda nadie.

La familia de Malak, sin embargo, logró sobrevivir.

–Después de intentarlo por todos los medios, nos dimos cuenta de que no quedaba otra opción que reunir una cantidad suficiente de dinero para sobornar a los egipcios, es decir, una fortuna. Cinco mil dólares por persona, en total veinte mil, dado que en mi familia son cuatro: mis padres, mi hermano y mi hermana. Por suerte consiguieron recuperar sus ahorros y salir de Palestina para refugiarse en Egipto. Finalmente, el día de la evacuación, fui a Egipto y pude reencontrarme con ellos. Estaban traumatizados, conmocionados y heridos, incluso físicamente. Cuando bombardearon el edificio de enfrente, las ventanas estallaron encima de mi hermana. Pero ella me contó que los momentos más aterradores fueron los del trayecto de Deir al-Balah a la frontera, que estaba sembrado de los cadáveres de personas asesinadas y abandonadas allí, a lo largo del camino. Rezaron todo el rato, pero cuando llegaron, por fin, a Egipto sintieron una especie de culpa por haber sobrevivido. Mi madre estaba impactada, no dejaba de repetirme: «¿Cómo pude dejar atrás a tanta gente? Sobre todo, a quienes me acogieron, mis amigos, familiares, mis cosas…». Todavía no lo ha superado.

Entonces comenzó otra batalla –en ese caso, legal–, porque el gobierno británico le había negado el visado a la familia de Malak para que pudiera reunirse con ella. Y tuvieron que presentar una demanda para obtener la anulación de esta decisión.

–Asistimos a innumerables audiencias, y los abogados me decían: «Malak, estás librando una batalla que probablemente perderás». Pero me dije: «Bueno, al menos la estamos librando».

Su recurso, cuenta Malak, se basaba en demostrar lo importante que era para ella tener a su familia a su lado. Para respaldar esa solicitud, contaba con testimonios de varios expertos: psicólogos, sociólogos y otros profesionales. El principal obstáculo era que sus seres queridos podían constituir «una amenaza para la seguridad», y en cada audiencia, algún abogado de la parte contraria se refería a ellos como si fueran personas peligrosas.

Era necesario demostrar que todos amaban el arte, el teatro… como si, implícitamente, quien carecía de cultura no merecía tener esa oportunidad.

Después de meses interminables, ganaron. De hecho, en las primeras semanas de 2025, se emitieron los visados, técnicamente sobre la base de una reunificación familiar. Y muy pronto, su familia podrá reunirse con Malak en Londres. En ese momento del relato, cogió el tenedor y, con un suspiro, empezó a comer.

–Mis padres crecieron en Gaza como refugiados, después de que, en 1948, tanto mi familia materna como la paterna fuesen desplazadas a la fuerza de sus pueblos. Mi padre es de Al-Jura y mi madre de Al-Batani al-Sharqi, donde no queda casi nada desde hace ya mucho tiempo. Pero, aunque son lugares que nunca he podido visitar, tengo la sensación de que los conozco bien porque mis abuelos siempre hablaban de ellos. Desde pequeña he desarrollado un fuerte sentido de pertenencia a los países donde están mis raíces; y, naturalmente, mi relación con Gaza es bastante compleja.

Las aldeas de las que me habló Malak fueron borradas del mapa de la historia con la creación del Estado de Israel, pero, de hecho, la tierra, los restos de las casas, las tumbas de los antepasados de las familias palestinas que fueron desplazadas en 1948, siguen allí, en Israel.

–¿Entonces no la sientes como tu casa? –le pregunté.

–Bueno –respondió con una sonrisa elocuente–. En realidad, sí. Soy una refugiada; no es allí donde se desarrolló mi historia familiar, pero es donde crecí y donde comencé a aprender el lenguaje del arte gracias a mi tío, Mohammed Musallam, un artista de fama internacional, que también trabajó como profesor de Arte en Gaza. Y, por lo tanto, para responder a tu pregunta, podría decirte que Gaza no es mi hogar, pero que hoy lo elegiría como tal. Con mayor razón quizá, cuando el barrio donde crecí ha sido prácticamente arrasado y sólo vive en nuestros recuerdos. Mis recuerdos más preciados están en Gaza y, pese a todo, para mí es un lugar donde se puede soñar. Cuando tenía quince años me invitaron a participar en una exposición en Bristol, Reino Unido. Por supuesto, me alegré enormemente. Fui a ver a mi padre y le pregunté: «Papá, ¿puedo ir? ¿Me darán permiso? Dicen que me lo pagan todo, sólo quieren que vaya y hable un poco de mi pintura». Pero él respondió: «¿Crees que Israel dejará que te vayas al extranjero a exponer tus cuadros cuando ni siquiera les dan permiso a los

pacientes de cáncer que están aquí atrapados, muriéndose sin medicamentos?». Sus palabras me dolieron profundamente, pero eso no me impidió seguir pintando, seguir soñando y seguir teniendo ambiciones en la vida. Y lo mismo percibía en todos mis amigos. Todos nosotros teníamos el impulso de lograr algo.

Esta es una particularidad que siempre me ha llamado la atención de los palestinos. Incluso bajo una dictadura militar y un auténtico asedio –al que Gaza ha estado sometida por entero desde 2007– bajo el bloqueo militar (y no sólo militar), bajo la ocupación, en condiciones de vida realmente difíciles, han logrado preservar ese impulso, ese amor por la vida que se refleja en cada palabra y aliento del que me habló Malak, y que he visto, como ella misma cuenta, en tantas personas. Nunca se han dejado aplastar, y eso marca una gran diferencia, porque cuando te comprometes con todas tus fuerzas a vivir una vida justa y digna, nadie puede interferir ni decidir por ti.

***

Tras graduarse de secundaria con nota y de obtener una beca para perfeccionar su arte en Turquía, Malak tardó un año entero en obtener los permisos necesarios para salir. Desde allí podría haber continuado sus estudios en Francia o el Reino Unido, pero ambos países le negaron el visado.

Me contó que, durante el primer año fuera de Palestina, le negaron la entrada en casi todos los países. La idea de libertad que había alimentado durante tanto tiempo se había desmoronado. Creyó que, una vez que saliera de Gaza, por fin sería libre, que tendría alas para volar a donde quisiera. Pero no fue así. Durante su estancia en Turquía aprendió que no basta con salir de Gaza si el mundo entero sigue viendo a los palestinos como una amenaza.

–En cualquier caso –dijo levantando la cabeza y con los ojos brillantes–, me costó lo mío, pero ahora vivo aquí y viajo tanto que a mi pasaporte sólo le queda una página en blanco. ¡Eso, para mí, también es resistencia! –concluyó, riendo–. Es una estupidez ¿verdad?

–No lo creo –le dije. Yo también sonreía, pero me dieron ganas de llorar al pensar en las vicisitudes de Malak, y luego en los sellos de los pasaportes de mis hijos.

–Para mí es importante poder decirles a los colonos: «¿Saben una cosa?, ¡salgo al mundo a dar a conocer mi arte!». Con este espíritu crecí como mujer y como artista en Gaza. En mi primera exposición individual, presenté un gran cuadro sobre la corrupción, sobre las dinámicas de poder, y un antiguo profesor se me acercó y me dijo: «Tu cuadro es interesante, pero tú eres una mujer joven. ¿No sería mejor que pintaras flores, jarrones, algo bonito, y dejaras la política a los hombres?». Tal vez fue este tipo de comentarios lo que, en lugar de desanimarme, me animó a decepcionar las expectativas de los demás y a hacer todo lo posible para que nuestras voces resonaran y pudieran ser escuchadas. De hecho, episodios como estos fueron etapas fundamentales en mi trayectoria artística.

Los desafíos verdaderamente difíciles, me contó Malak, fueron muy diferentes: la tienda de arte donde compraba las pinturas fue bombardeada y ya no existe; la galería donde soñaba con exponer sus obras fue destruida, muchos de los amigos que frecuentaban su casa, donde charlaban y pintaban, fueron asesinados. Esta es la realidad de quienes crean arte en Gaza. Vivir y crear bajo la ocupación.

Con los ojos encendidos, me contó que cuando tenía catorce o quince años recibió un encargo de Tennessee, Estados Unidos: un cuadro de un árbol de Navidad; pero a la hora de enviarlo, en la oficina de correos le preguntaron: «¿Es una obra política?». Cualquier artista que vivía en Gaza siempre tenía que lidiar con algún tipo de censura sobre lo que podía o no pintar, sobre qué símbolos podía o no incluir en su obra. Si una obra se consideraba política, los militares la confiscaban. Entonces, si ella hubiera incluido una *keffiyeh* en un cuadro, ¿se habría considerado un símbolo político? ¿Se la habrían confiscado?

En aquel momento le pregunté hasta qué punto había sido difícil convertirse en artista durante la ocupación.

–Muy difícil –respondió con seriedad–. Fue increíblemente difícil. ¿Sabes por qué nos odian y quieren destruir cualquier manifestación artística? Porque el arte es esperanza. Por eso mataron a Refaat Alareer, que con sus poemas dio esperanza a tanta gente. La realidad más impactante a la que se enfrenta la ocupación es que hablamos con el lenguaje del arte, que

es el lenguaje más poderoso contra toda forma de deshumanización: llegar a otras personas con un poema o una pintura es la mejor forma de desmantelar todos los estereotipos. Por eso creo realmente que el arte es peligroso –concluyó con una sonrisa.

Después de comer salimos a dar un paseo y cruzamos uno de los muchos jardines que salpican el centro de Londres.

Observé el rostro lunar de Malak, de expresión dulce, pero con una mirada marcada y endurecida por la violencia, por la sumisión, mientras me contaba que incluso allí, en Londres, muchas cosas le resultaban muy difíciles. Por ejemplo, estaba buscando una casa donde poder alojar a toda la familia cuando sus padres consiguieran reunirse con ella, pero los alquileres eran demasiado caros y con su beca era realmente complicado. El suyo era un escenario maravilloso, porque estaban todos vivos, sobre todo comparado con la angustia constante que Malak sentía antes de que su familia consiguiera llegar a Egipto, cuando sabía que no tenían comida, estaban sometidos a una lluvia de bombardeos y podían morir en cualquier momento. Sin embargo, me contó, cada vez que conseguían hablar por teléfono, su padre sólo le preguntaba: «¿Qué estás pintando últimamente?». Al principio, Malak no lo entendía. «¿Qué importa, papá?» Luego le aclaró: «Estás ahí por algo, Malak. Tienes que pintar nuestra vida, nuestra lucha, todo lo que estamos pasando. Eres una artista, así que eres nuestra voz».

Me dijo que nunca olvidaría aquellas palabras. Escuchar a un superviviente del genocidio pedirle que diera voz, a través de la pintura, a lo que su pueblo estaba viviendo fue una enorme responsabilidad para ella, y también un honor.

Fue a partir de aquel momento que tomó forma la idea de una obra monumental: un cuadro de casi cinco metros por dos en el que intentó transmitir todo lo que ella no podía expresar con palabras. Lo apodaron *El Guernica de Gaza*, aunque su verdadero título es *No Words*. Es una obra que nace del corazón del genocidio, y está pintada enteramente en blanco y negro, porque, como explicó Malak en una entrevista, «sólo el negro puede reflejar la realidad, una realidad horrible que nos silencia». Malak ya no ve los colores de su tierra.

En las paredes, grafitis gritan en árabe e inglés: «Gaza vivirá para siempre» y «Gaza te perseguirá». En el lienzo pueden verse animales que se alimentan de los cadáveres que yacen abandonados a su suerte. En el

centro, un hombre angustiado monta en burro, con la boca abierta por el dolor, la conmoción y la vergüenza. A su alrededor, cuerpos y escombros: mujeres, hombres, niños. La composición está colmada de crudeza, una violencia que satura el espacio. Las casas, las escuelas, las mezquitas, los centros culturales, todo está destruido. Ya nadie habla en esa obra. Malak pintó en silencio. Pintó la desaparición de periodistas, artistas, poetas, intelectuales. Una obra que hiela la sangre. Malak lo sabe.

Pero su arte es pura expresión, sin filtros, tanto si ve el mundo en blanco y negro como si usa el color a su manera, como la pintura que ilustra la portada de este libro que tienes en tus manos, y que forma parte de una serie de obras que también inspiró el título *Cuando el mundo duerme*.

Cuando nos despedimos con un abrazo, Malak me dijo con una sonrisa triste pero conmovedora:

–Parece que a la gente le interesa ver pintado el dolor de Gaza. Pero no hay suficiente pintura para contarlo todo.

9

Gabor

¿Por qué es tan importante preservar la memoria de un pueblo?

> Neytiri: «La gente del Cielo no puede aprender, vosotros no veis».
> Jake: «¡Entonces enséñame a ver!».
>
> *Avatar*

«Un mes antes de la liberación de Budapest, mientras caminábamos por la calle, mi madre me confió a un completo desconocido, porque ya no estaba segura de poder garantizar mi supervivencia. Los judíos estaban siendo deportados y asesinados de nuevo por los nazis húngaros. No tenía ni idea de cuándo nos tocaría a nosotros, así que ese día me dejó en brazos de un desconocido que conoció en la calle.»

Este es un recuerdo fundamental en la historia de Gabor Maté, médico y psicoterapeuta canadiense de origen húngaro. Hoy, Gabor, trabaja con el trauma y la sanación, y recurre a su propio dolor para proporcionar a los demás algo importante: da esperanza a la gente, les dice cosas sumamente sensatas y preciosas, siempre con gran sencillez. Durante un evento en el que debatíamos sobre la situación en Palestina, lo oí decir sin tapujos, pero con una voz tan tranquila como una caricia: «Hay que ser realmente ignorante para no saber, para no entender, para no ver el colonialismo en Palestina, o para negar que los palestinos son los oprimidos y los israelíes los opresores». Hay algo que no va, afirmó Gabor, en quien no puede ver cómo el judaísmo, su religión, está siendo utilizado en nombre de un etnonacionalismo basado en la premisa de una ideología discriminatoria.

Y esto, para mí, lo convierte en una persona que no es sólo un terapeuta del individuo, sino de la colectividad. Creo que esta es también la razón por la que tanta gente lo escucha.

El trauma, según Gabor Maté, no es tanto lo que le sucede externamente a un individuo, sino lo que le sucede internamente como respuesta a un acontecimiento doloroso. Esto crea una herida profunda que aflorará, tarde o temprano, con el riesgo de limitar para siempre las capacidades emocionales, psicológicas y relacionales de una persona. Sin embargo, si se puede tomar conciencia y desarrollar la compasión, es posible iniciar un proceso de curación.

La *desconexión* de uno mismo y de los demás, que Maté describe como una consecuencia inevitable de cualquier trauma, no sólo afecta al individuo. Una persona puede sentirse aislada, desconfiada y desconectada, y somatizar el sufrimiento en su cuerpo. Pero el mismo sentimiento puede surgir de traumas históricos y generar experiencias compartidas que afectan a familias, comunidades enteras o pueblos, e influir en los vínculos e identidades colectivas. Incluso, como él mismo señala, la transmisión de un trauma, sobre todo cuando se produce por una falta de regulación emocional, también puede interpretarse desde una perspectiva intergeneracional o colectiva. Si los adultos de una sociedad cargan con experiencias dolorosas que han dejado cicatrices profundas, su trauma tiene el poder de transmitirse culturalmente a las nuevas generaciones. Las cicatrices invisibles de los antepasados pueden influir en la forma en que los jóvenes se perciben a sí mismos y al mundo, y perpetuar un ciclo de sufrimiento y desconexión que requiere de un trabajo consciente y, añadiría, compasivo para poder romperlo.

El trauma, según Gabor Maté, «cambia la percepción del mundo».

Cuando grupos enteros interiorizan una visión de la vida influida por su trauma, por su miedo, eso alimenta una sensación constante de amenaza y desconfianza, y afecta su visión colectiva del mundo exterior. No resulta difícil imaginar la importancia de estas dinámicas para las poblaciones que han sufrido opresión, guerras, persecuciones, exilio y exterminio. Y aquí reside el eterno punto de contacto entre judíos y palestinos.

La idea de que el trauma es fundamental para la experiencia colectiva, tanto de los judíos como de los palestinos, es una cuestión que han estudiado profesores a los que tengo en gran estima, como Amos Goldberg y Bashir Bashir en su libro *The Holocaust and the Nakba: A New Grammar of Trauma and History* [Holocausto y Nakba. Una nueva gramática del trauma y la historia]. Ambos señalan que estos acontecimientos –con el dolor, la pérdida y el desconcierto colectivos que los caracterizaron, más allá de sus dramáticas diferencias– han marcado la identidad y la memoria de los dos pueblos. Así, en el paso de una generación a otra, se han convertido en elementos centrales de su historia, y han condicionado no sólo las experiencias pasadas, sino también las relaciones y los enfrentamientos actuales por la dignidad y la justicia. El acto de preservar la memoria es fundamental, precisamente porque –como Gabor Maté suele enfatizar y explicar en uno de sus libros más conmovedores, *The Myth of Normal* [El mito de la normalidad]– el trauma no consiste simplemente en lo que sucedió, a nivel personal y colectivo, sino sobre todo en lo que sucede y continúa sucediendo en el *interior* de las personas en respuesta a esa experiencia. Y esto es especialmente cierto cuando se trata de algo muy doloroso. Por ejemplo, el genocidio de los judíos durante el Holocausto y el genocidio del pueblo palestino que se inició en Gaza y se está perpetrando ante la mirada del mundo.

Según Gabor Maté, toda curación requiere la valentía de afrontar el dolor que llevamos dentro, ya que las típicas y arraigadas convicciones de quien ha sufrido un trauma, como la clásica: «Hay algo malo en mí», no son sólo pensamientos negativos, sino algo que sigue vivo en nuestra neurofisiología, que crea verdaderos sistemas de procesos mentales interconectados. Cuando intentamos evitar el recuerdo del dolor –sea negándolo u ocultándolo inconscientemente bajo sentimientos de culpa, autolesiones o autodesprecio–, en realidad estamos impidiendo que se realice el proceso de curación. Cultivar la memoria emocional es, al contrario, un acto de restaurar la verdad sobre uno mismo o sobre todo un pueblo herido e indignado: sólo reconociendo la herida podemos comenzar a sanarla.

Como me dijo una colega israelí hace tiempo, los judíos, no sólo los que viven en Israel, han tenido muchas oportunidades para afrontar y sanar su trauma colectivo, consecuencia de siglos de persecuciones que culminaron

en uno de los genocidios más atroces de la historia. Esta oportunidad se ha manifestado en momentos de compasión y dolor colectivos, expresados a través de jornadas de la memoria, museos y monumentos conmemorativos en todo el mundo. En las escuelas –al menos en las escuelas de Europa, donde se cometió el Holocausto–, la historia del genocidio judío se enseña con seriedad y respeto, y ofrece a las nuevas generaciones la oportunidad de reflexionar y de confrontarse con ese doloroso pasado.

Resulta interesante observar lo poco que se habla del genocidio de los romaníes y los sinti –el *Porrajmos*, que en romaní significa «gran devorador», o *Samudaripen* «matanza de todos»– que se perpetró durante la Segunda Guerra Mundial, principalmente a manos del régimen nazi. El exterminio afectó a cientos de miles de personas que pertenecían a estas comunidades, y que en tantas partes de Europa siguen siendo discriminadas.

E incluso a los palestinos se les sigue negando esa oportunidad. Nunca han podido cerrar el círculo de su pasado, procesar el dolor colectivo por la pérdida de la tierra, los hogares y la vida comunitaria que tuvieron hasta 1948. Y no sólo no se les han reconocido sus derechos y legítimas demandas de justicia por todo lo que sufrieron en el pasado, sino que su sufrimiento es a menudo invisibilizado e incomprendido, tanto por Israel como por el ecosistema político occidental, que, en última instancia, toma las decisiones, incluso ante las injusticias que sufren hoy en día.

El genocidio que actualmente está perpetrándose en Gaza es una prueba de ello.

En el debate que prevalece en Occidente, parece que no pueda hablarse de la violencia que sufren los palestinos a diario sin considerar primero a Israel y su derecho a la defensa, incluso cuando este derecho se reclama por ese poco de tierra que les queda a los palestinos para tener un Estado, y, por lo tanto, de forma ilegítima. Por supuesto, como todo país miembro de las Naciones Unidas, Israel puede invocar el derecho a la legítima defensa que se halla en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas cuando se cumplan las condiciones, es decir, cuando sea atacado por otro Estado o cuando exista autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin estas condiciones, el uso de la fuerza para librar una guerra es ilegítimo. Y el uso de la fuerza en el caso de Gaza y el resto de la Palestina ocupada es ilegítimo. Como potencia ocupante, el Tribunal de Justicia nos recuerda que Israel no puede atacar militarmente a la población que ocupa militarmente.

Pura lógica expresada en derecho. (Pero, entre otras cosas, ¿se aplica también a los palestinos el derecho a la legítima defensa?)

Además, parece que no se puede hablar de la situación actual en Palestina sin partir del horror del 7 de octubre de 2023, como si las décadas de violencia indescriptible cometidas por Israel contra los palestinos antes de esa fecha –así como el dolor que sufrieron los civiles israelíes en otras ocasiones, por ejemplo, durante la oleada de atentados suicidas de la segunda intifada– no contaran para nada.

Esta lectura selectiva de la historia deja a generaciones enteras en un estado traumático permanente. Un trauma que se renueva todos los días, en la negación del valor de su sufrimiento y en la continuación –de hecho, la intensificación– de la misma violencia que ese sufrimiento sigue causando.

La casi total incomprensión de los derechos de los palestinos a menudo los vuelve invisibles, tanto en la vida como en la muerte, y los fuerza a una inevitable subordinación a la lógica y exigencias de Israel, un Estado que se apropia, día tras día, de la tierra de otro pueblo. Y que, a pesar de ello, logra suscitar constantemente debates sobre su propio derecho sacrosanto a existir. Él, y sólo él. Donde quiera, como quiera, con los medios que considere oportunos.

El mundo contemporáneo lo ha demostrado en infinidad de ocasiones: el colonialismo no sólo impone su dominio sobre un pueblo, y aniquila cualquier futuro posible, sino que también completa la obra borrando la memoria. Destruir o minimizar el recuerdo y el dolor de un genocidio, o de otras atrocidades, significa poner otro palo a la rueda para impedir, a quienes han sido afectados por ese trauma, cualquier forma de curación.

Me parece catártico que alguien como Gabor, quien, como judío, ha experimentado en carne propia los efectos de un trauma histórico y personal que le ha dejado cicatrices emocionales de por vida, hable de estas cuestiones con tanta claridad y rotundidad. Gabor vive actualmente en Canadá, como parte de una «sociedad colonial», en una tierra que fue habitada por otros pueblos antes de que llegaran los europeos para establecerse allí, imponer su poder político y obligar a los pueblos indígenas a asimilar culturalmente su lengua y sus propias costumbres. A los pueblos indígenas no sólo se les ha negado su derecho a la autodeterminación durante siglos de colonización, sino que se les sigue

impidiendo que preserven su memoria colectiva y cultural. El genocidio, en un sentido amplio, también consiste en eso.

***

La última vez que fui a Canadá, a finales de octubre de 2024, había oído hablar de Gabor Maté, pero aún no nos conocíamos personalmente. En aquel periodo, mi cuerpo somatizaba mucho cansancio y preocupaciones. Al otro lado del mundo, mi madre, enferma desde hacía años, estaba atravesando un momento difícil. A la doble culpa –no estar a su lado y dejar que el resto de mi familia se las arreglara sin mí– se añadió un repentino problema de salud que afectaba a mi marido. Estaba agotada emocional y físicamente, y como suele ocurrir en momentos de estrés, sufrí un dolor de espalda insoportable, y también dolores de cabeza y náuseas. Recuerdo que pasé todo el trayecto en coche, desde Ottawa a Toronto, intentando meditar, para insuflar oxígeno y calma a mi espalda mediante el ejercicio mental, pero tenía muy poca energía. En estas condiciones me reuní, al día siguiente, con una delegación de académicos del Centro de Estudios Indígenas de la Universidad de Toronto.

En Europa o Italia, pocos parecen saber que Canadá fue escenario de un genocidio masivo de las poblaciones nativas.

Desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1990, los gobiernos canadienses aplicaron políticas y prácticas sistemáticas para esterilizar a las poblaciones nativas o integrarlas por la fuerza a la cultura dominante. La asimilación se produjo principalmente a través del sistema de escuelas residenciales, diseñado para separar a los niños de sus familias con el fin de obligarlos a adoptar la lengua y los valores europeos. La adopción por parte de familias no indígenas sirvió para romper el vínculo con sus raíces, ya fueran inuit, métis o de las Primeras Naciones. Muchos de esos niños sufrieron maltrato, abusos físicos y sexuales, y otros tantos murieron debido a las condiciones de vida inhumanas. Investigaciones recientes han descubierto fosas comunes y testimonios que ponen de manifiesto el horror de estas políticas genocidas. Este proceso tuvo un impacto devastador en las

comunidades indígenas, puesto que provocó la pérdida de sus lenguas, culturas e identidades, y dejó profundas heridas que les han dejado mella. El Canadá actual reconoce el genocidio, pero, aunque existe un proceso de reconciliación en curso, la verdadera justicia para los pueblos indígenas de esta parte de la Isla Tortuga (nombre con el que muchos grupos étnicos nativos, incluidos los iroqueses y los anishinaabe, llaman a Norteamérica) aún está lejos. Cuando decidí ocuparme del problema palestino sentí que era mi deber reunirme en Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda con representantes de las comunidades indígenas.

Y así fue como ese día, en la Universidad de Toronto, nos sentamos veinte personas alrededor de una mesa, además de mi colega y yo. Por unos instantes, sentí cierta incomodidad. Yo no formaba parte de ese grupo y no estaba segura de cómo debía iniciar la conversación ni cuál era el protocolo que debía seguir. ¿Cómo se saluda? ¿A quién le corresponde romper el hielo? Pero mi indecisión duró poco, porque la conexión que se estableció inmediatamente después, la energía compartida y la apertura recíproca transformaron ese encuentro en una experiencia inolvidable de comunidad y compasión.

Aquellos estudiosos me acogieron y me recitaron su bienvenida en lenguas indígenas: una invocación con palabras de gratitud dirigidas, en primer lugar, a la naturaleza, reconociendo los elementos: agua, tierra, fuego, aire. Se trata de una manera de estar en el mundo que dibuja un horizonte no antropocéntrico, donde el hombre es un hilo en el vasto entramado de la existencia, pero no el centro. Una forma de estar en el mundo que nos restituye una armonía olvidada, nos devuelve a una sabiduría ancestral con su simbolismo mágico: una revelación que, en este momento histórico, tiene el poder de susurrarnos verdades latentes.

Una forma de estar en el mundo que nos invita a ver.

Al empezar la reunión, uno de los *indigenous scholars*, que también era músico, comenzó a cantar. Un canto ancestral, poderoso, cada vez más intenso, de esos que te sacuden por dentro. Y allí, en el interior de esa aula universitaria, parecía que las ventanas temblaran. Era tan fuerte, estaba tan cargado de significado, que en cierto momento casi sentí miedo, pero era un miedo sagrado, porque ya no estábamos en una habitación. Su voz nos había transportado a otro espacio, a otro tiempo.

Y en aquel momento, mientras escuchaba aquel canto, me distraje de mi dolor, como si, por un instante, más allá de mí, con mi cuerpo sufriente, hubiera algo más grande que me atravesara. Como un río. Luego empezaron a repartir tabaco, cada uno tomaba un poco y lo dejaba reposar en la palma de la mano. Poco después, me explicaron que esto sirve para absorber el dolor. Uno de sus líderes había fallecido, y ese gesto los ayudaba a concentrarse, a entrar en un espacio de conexión profunda antes de hablar con los demás. Sostuvieron esa bolita de hojas secas en sus manos, la cargaron de intención, y sólo entonces empezaron a contarme sus historias. Historias duras y conmovedoras. Muchos descendían de familias mixtas, porque, si no ellos mismos, uno o ambos padres habían sido separados de sus hogares y asignados a escuelas o familias de acogida de canadienses blancos. Niños separados de sus padres indígenas para romper el linaje, destruir la transmisión cultural y borrar su identidad.

Y, sin embargo, una a una, esas personas –al igual que las comunidades indígenas a las que pertenecen– reclaman el espacio para vivir su propia identidad. Este proceso de liberación, que pretende reafirmar la identidad, la cultura y la política, no ha nacido hoy, pero ahora parece latir con una fuerza nueva. Y esto me ha hecho reflexionar ampliamente sobre lo que nos está sucediendo a todos.

Hace tiempo que advierto una sensación creciente de renovación en todas partes, como si estuvieran germinando las semillas de una revolución que se prepara para alzarse contra la insatisfacción política. Al igual que ocurre en un cuerpo enfermo cuando se activan los anticuerpos para que las células sanas ayuden a las que están en apuros a combatir las enfermedades, las semillas de la resistencia, que reaccionan y se movilizan ante las injusticias, son en algunos países, especialmente en los occidentales, los anticuerpos de una sociedad sana. Este impulso también existe entre los diversos pueblos de la Tierra, y la solidaridad de los pueblos indígenas y de diversas naciones del mundo con Palestina lo confirman. Lamentablemente la corteza que hay que romper es gruesa. Viene de lejos.

Aquel día los profesores me contaron que el complejo universitario donde estábamos se halla junto a un río que es sagrado para ellos. «Este hormigón lo está asfixiando –dijeron–. Destruyeron los árboles, nos los han arrebatado, pero aún escuchamos sus voces.» Se expresaban con una profunda conciencia, como si la tierra hablara a través de ellos.

De los académicos que estaban sentados alrededor de aquella mesa, algunos me impactaron especialmente. Una mujer de unos treinta años nos contó que había sido adoptada por una familia judía sionista, y que esto le causó un doble tormento, una laceración identitaria que no se cura fácilmente. Otra mujer indígena, menuda, pero de una presencia imponente, estaba sentada a mi lado. Nos dijo que era una *hidden child*, es decir, una niña que había sido escondida para no ser separada de su familia. De hecho, hablaba perfectamente la lengua de su gente, que otros deben recuperar para apropiársela de nuevo. Como ella, todos los asistentes que estaban en aquella sala compartían un vínculo muy fuerte con la tierra, así como una herida profunda y viva, un trauma que llevan dentro y que no pueden sanar a menos que se comprometan a preservar su memoria.

Creo que, en muchos países occidentales, es difícil para muchos comprender realmente qué es el colonialismo de asentamiento y qué implica. La mayoría de los libros de texto con los que estudian los niños italianos y los occidentales en general, hablan en términos absolutamente neutrales –si no incluso heroicos– de los actos de colonialismo violento sobre los que se fundaron las civilizaciones griega y romana en el suelo de mi país, que supuso la aniquilación de pueblos enteros y la supresión del recuerdo de sus culturas, sus lenguas autóctonas y de todos sus saberes. Estos son episodios que se dan por sentados y sobre los que no se considera necesario llamar la atención. Y lo mismo ocurre con el colonialismo más reciente, el que se inició con las carabelas lideradas por el genovés Cristóbal Colón, un acontecimiento, a menudo idealizado como el «descubrimiento de América», que en realidad marcó el inicio de una era de colonización y explotación que provocó la muerte de decenas de millones de indígenas en todo el continente americano. Estos episodios históricos suelen pasarse por alto, pero sus consecuencias han sido devastadoras y duraderas.

Por eso, a veces me pregunto: ¿qué sucede cuando un pueblo es destruido y un cuerpo colectivo desmembrado y abandonado sin reconocimiento alguno, sin asistencia, con heridas internas, traumas que se personifican y pueden resonar en el dolor de muchas generaciones futuras,

como explica Gabor? Al mismo tiempo, hoy en día, surgen nuevas conciencias, acompañadas de un compromiso concreto. Al igual que en Canadá, en muchos otros países surgen y se consolidan estudios sobre culturas y movimientos indígenas que fomentan la memoria para conseguir sanar estas heridas profundas.

***

Apenas unas semanas antes de partir hacia Canadá, participé en un evento público en Washington D.C., en una de las librerías independientes de la cadena Busboys and Poets, un espacio que ha acogido siempre voces rebeldes, literatura afroamericana y textos de resistencia, que constituyen verdaderos contrapuntos al mundo de los *lobbies* que pueblan las calles de la capital estadounidense. Durante los años que, tras dejar Palestina, viví en Washington, Busboys and Poets fue uno de mis refugios. Lo visitaba a menudo, ya fuera para asistir a reuniones, debates y presentaciones de libros, como para disfrutar de un libro y un café en los días de lluvia o de nieve, con Leila, que, cuando era un bebé, iba conmigo a todas partes en el cochecito.

Aquella tarde, en la Busboys and Poets, en la esquina de la calle Catorce con la V, también estaba Hope, una mujer del pueblo piscataway, uno de los muchos pueblos indígenas exterminados por los colones occidentales en el proceso de formación de lo que son hoy los Estados Unidos. Hope inauguró la velada y se presentó como *firestarter* «la que enciende el fuego», y nos trajo las ofrendas de su pueblo y un saludo en lengua lenape, que luego nos tradujo. El dialecto piscataway no se ha conservado, pero la lengua lenape comparte raíces con él. Este poema es de Nora Thompson Dean (su nombre lenape era Weènchipahkihëlèxkwe, «mujer que toca las hojas», quien fue una de las últimas hablantes fluidas del dialecto unami del sur y dedicó su vida a documentar, enseñar y transmitir las tradiciones espirituales y culturales de su pueblo, y colaboró con académicos e instituciones con el fin de preservarlas para las generaciones futuras.

Kuxëna Kishelëmienk,
wanìshi tili nkàski nipain yushe tali, òk wèmi weltëk

kèku ènta milian, wanìshi, mpi òk yu ènta kishux pèchi
òxekamakuna yushe xkwithakamika.

Milinèn weltëk tëmakàn tìlìch kàski ikalìchi pèchi
pètawsinèn yushe ènta xkwithakamika.
Punelìntàmainèn wèmi ènta ahchanilan òk ènta
ahchanaptunhe.
Wanìshi Nuxati, wètënëmai winëweokàn.
Na në lekèch.

Padre nuestro que nos has creado,
gracias porque puedo estar aquí en este lugar, y por
todas las cosas buenas que me has dado, gracias por
el agua y por el sol que brilla encima de nosotros sobre esta tierra.

Danos un buen camino para que podamos
continuar viviendo más tiempo en esta tierra.
Perdónanos cuando procedemos de forma equivocada y
cuando decimos algo erróneo.
Gracias, querido Padre, y acepta de mí esta súplica.
Amén.

Fue muy emotivo recibir esta bienvenida, y también me pareció instructivo para los cientos de personas que acudieron a escuchar el debate. Esto es precisamente lo que debemos hacer: aprovechar cada ocasión para aprender a ver mejor, comprender, preservar y honrar la memoria de los desaparecidos, para luchar junto a quienes resisten, para ayudarnos a sanar las heridas de los pueblos ofendidos.

La unión de diferentes luchas por la autodeterminación, aún inacabada, es un camino que se construye a base de muchas acciones, prácticas y simbólicas, de ruptura con el pasado, y que podemos aprender a incorporar a nuestra vida cotidiana todas las veces que tengamos ocasión.

En mi discurso inaugural, organizado por Busboys and Poets, hice la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que, desde hace décadas, nos reunamos en Norteamérica para hablar de Palestina, sin involucrar jamás a los pueblos indígenas que han vivido en esas mismas tierras, y aún viven, una experiencia colonial y genocida?

Así que unos días después de aquella reunión en la librería, el día que presenté mi informe en las Naciones Unidas, empecé mi intervención de este modo: «Nos reunimos hoy en la tierra de la Nación piscataway, que todavía les pertenece a ellos», e hice el saludo a la tierra que había aprendido de Hope.

Me sorprendió la poca importancia que se les dio a mis palabras. Para nadie fue especialmente relevante oír que, en aquel precioso edificio, donde se celebran las reuniones oficiales de las Naciones Unidas, aquel rascacielos de numerosas plantas e imponentes fachadas de vidrio y acero, en las que se reflejan el cielo y la ciudad circundante, alguien dijera: «Hoy nos encontramos en una tierra que perteneció a un pueblo –los nativos americanos–, que fue víctima de un genocidio cometido por uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad». En aquellas salas se respiraba una confrontación palpable entre la presunta elegancia del poder que rezuma el hormigón y la tierra que se extiende bajo sus pies, horadada por capas de historia, sufrimiento y lucha, y que yace olvidada.

Nadie es libre hasta que todos lo sean. *Todos*. Todos aquellos que han sido invisibilizados en esta Tierra. Todos los pueblos, cuya memoria, tradiciones y cultura han quedado reducidas al folclore; todos aquellos para los que la realización de la libertad frente a la opresión y la necesidad sólo es un horizonte y no un presente.

Actualmente, en Estados Unidos hay museos dedicados a los nativos americanos como el Museo Nacional Smithsonian del Indio Americano, en Washington, donde se exhiben vestimentas tradicionales y tiendas reconstruidas junto a típicos tocados de plumas y reproducciones de cera de escenas de época en que las tribus vivían en libertad, inmersas en la naturaleza y rodeadas de bisontes. Por lo que respecta a la historia, sin embargo, se dice muy poco en las leyendas que acompañan a las diversas imágenes históricas. Casi parece que los nativos americanos se extinguieron por sí solos, y no debido a una serie de políticas y acciones devastadoras por parte de las colonias europeas que se asentaron en el «Nuevo Mundo» a partir del siglo XVI. Posteriormente, a partir del siglo XVII, los asentamientos establecidos por los colonos y la progresiva expansión de sus dominios para la explotación de recursos naturales provocaron diversos conflictos con las poblaciones nativas, quienes se vieron obligadas a ceder sus tierras. Las guerras y la propagación de enfermedades que trajeron los europeos, contra

las cuales los nativos carecían de inmunidad, contribuyeron a un drástico descenso de la población. La hambruna y las políticas de deportación forzosa, como el infame Sendero de las Lágrimas en la década de 1830, provocó el desplazamiento y la muerte de muchos cheroquis y otras tribus.

Pese a que, en la actualidad, muchas tribus están reconocidas a nivel federal, la vida en las reservas sigue siendo muy difícil. Tras siglos de violencia y destrucción de cientos de tribus, las comunidades indígenas todavía se enfrentan a graves problemas: el acceso a los recursos naturales es muy limitado, y el gobierno estadounidense nunca ha reconocido oficialmente el genocidio –o, mejor dicho, los genocidios– que sufrieron los pueblos indígenas.

La falta de justicia histórica deja a los descendientes de los supervivientes en una situación de fragilidad, obligados como están a enfrentarse a desafíos diarios como la pobreza, el desempleo y la dificultad para acceder a los servicios esenciales.

En Canadá, se ha evolucionado un poco más que en Estados Unidos, ya que, al menos, reconoce el genocidio. En todos los eventos públicos, es habitual declarar que se está en territorios que pertenecieron a pueblos indígenas que nunca renunciaron a su tierra ni a su cultura. Se les rinde homenaje, así como a sus antepasados y a sus líderes, pasados, presentes y futuros, pero es preciso que este reconocimiento no sea sólo una cortina de humo y que haya un compromiso real para erradicar la discriminación contra los indígenas americanos. No rindamos homenaje en público para luego continuar con las políticas de saqueo de tierras y recursos, como ocurre en Canadá, pero también en Australia, Nueva Zelanda y Palestina.

Cuando recuerdo la introducción que hizo Hope en Busboys and Poets, temo lo que podría suceder en Palestina si el plan del actual gobierno israelí, apoyado por la administración Trump, se materializa. Dentro de cuarenta años, alguien podría encontrarse en un lugar como Palestina, quizá en un aula universitaria que lleve el nombre de Donald Trump, que rindiera homenaje «a los palestinos, antiguos habitantes de esta tierra», cuando lo único que quede de Palestina sean sus escombros.

Por eso es tan importante que luchemos juntos para comprender, conocer, preservar la memoria y defender a quienes quedan.

Por eso los derechos humanos desempeñan un papel estabilizador, casi terapéutico, nos recuerdan que también somos humanos, incluso si nos encontramos del lado del poder. Sabemos bien que, por naturaleza, somos vulnerables, complejos y estamos fracturados. Y esta fragilidad se refleja inevitablemente en el colonizador, en quien a menudo puede encontrarse algo del drama del colonizado. ¿Cómo olvidar la tragedia que azotó a Irlanda a mediados del siglo XIX, cuando en poco menos de cinco años aproximadamente un millón de irlandeses murieron de hambre, tifus y cólera, mientras que casi dos millones se vieron obligados a emigrar? Hoy en día, los descendientes de esos migrantes representan el 20 % de la población blanca estadounidense, lo que nos indica que, mientras los irlandeses intentaban reconstruir sus vidas en Estados Unidos, contribuyeron, consciente o inconscientemente, al sistema colonial que existía en el territorio norteamericano.

***

Recuerdo cuando vi por primera vez *Avatar*, en Jerusalén. Salí del cine con una idea muy clara: «¡Qué punto de inflexión para Palestina!». Esa historia lo tenía todo: la invasión, la extracción de recursos, la conexión con la tierra, la resistencia, el ancla espiritual para el pueblo oprimido. Fuera del cine, me impactó ver a tantos israelíes que salían llorando. Me llevó un tiempo comprenderlo, escuché y charlé con los espectadores, que no lloraban por lo que habían visto sino porque ellos también se sentían parte del pueblo Na'vi. Se identificaban con los perseguidos, con quienes habían sido expulsados de su tierra por una fuerza militar invencible y sobrehumana.

Esto me abrió los ojos al hecho de que, debido a la persecución que sufrieron durante siglos en Europa y Rusia, muchos israelíes llevan consigo cierto tipo de recuerdo doloroso, como el que menciona Gabor Maté: una forma de disociación emocional que puede ser incluso inconsciente, pero que deja su impronta. Ya sea real o proyectada, esta permanece en el cuerpo, en el lenguaje, en la imaginación. Comprender esta complejidad

hace que toda la situación que estamos viviendo sea mucho menos banal, menos plana.

Cuando las personas son llamadas a comprometerse con los derechos humanos, creo que deberían hacerlo precisamente desde una posición *humana*, radical, pero también esencialmente abierta, donde puede haber acciones correctas e incorrectas, sin necesidad de separar los «buenos» de los «malos». Por lo tanto, es posible aceptar a todos como seres humanos. *A todos*.

Hay algo profundamente perverso en quienes no reconocen la humanidad de los demás.

Para muchos israelíes, esto significa no poder o no querer ver a los palestinos como seres humanos. Y lo mismo ocurre a la inversa, con aquellos palestinos que no son capaces de reconocer la humanidad de los israelíes.

Afortunadamente, aunque todavía son pocos, hay ciudadanos israelíes y judíos en la diáspora que luchan firmemente por los derechos de los palestinos. Este es precisamente el significado del lema: «*Decolonize your mind*». Descolonizar la mente significa romper fronteras y barreras, hacer todo lo posible para liberarnos, por ambas partes, de las superestructuras que nos impiden mantenernos en contacto con lo más humano y verdadero que tenemos en común, en esta Tierra que compartimos y que, en definitiva, es lo único que realmente importa.

«La gran madre no se pone del lado de nadie –dice Neytiri en *Avatar*–. Sólo protege el equilibrio de la vida.»

Preservar la humanidad de los demás, esforzarse para seguir viendo su singularidad sin normalizar ni aplanar, significa contribuir a la lucha contra el genocidio. Todos los colonizadores y todos los instrumentos de genocidio no sólo operan matando a las personas, sino también borrando la identidad de un pueblo.

Si no ¿qué sentido tenía el número que las personas llevaban tatuado en el cuerpo en los campos de concentración? En el interior de aquel espacio, su nombre ya no tenía sentido, y parte de la lucha por la supervivencia consistía en el preciado acto de recordar quiénes eran y quiénes habían sido, preservar el sentido de lo más elevado del ser humano, incluso ante algo que les demostraba lo contrario.

Cordelia Edvardson fue deportada a los quince años a Theresienstadt y luego a Auschwitz con el número A3709, y posteriormente fue corresponsal en Jerusalén durante décadas para uno de los principales periódicos de Suecia; además fue una de las primeras voces judías en denunciar las atrocidades cometidas por el Estado de Israel contra el pueblo palestino. Habló de su experiencia dentro del campo de concentración en su libro *Testimonio del infierno*. De sus relatos que evocan los recuerdos de una niña, se desprende con claridad lo crucial que fue para ella aferrarse a la cultura, al conocimiento, a la poesía para seguir viéndose como un ser humano, en el verdadero y noble sentido de la palabra. Así pues, la historia de Deméter y Proserpina –la princesa que, como una semilla, se adentra en las sombras de la tierra sólo para emerger en el momento oportuno con su flor y su fruto–, no sólo es un mito muy hermoso, sino una promesa de renacimiento que nutre el corazón y nos recuerda quiénes somos, quiénes podemos ser.

La organización de escritores palestinos emergentes We Are Not Numbers también surge de la conciencia de que, en escenarios de guerra y exterminio, las víctimas están expuestas a numerosos riesgos, incluida la pérdida de identidad ante avalanchas de datos estadísticos y recuentos de muertes, que en lugares como Gaza siempre han sido cíclicos. Las víctimas acaban perdiendo rostros, historias y nombres; se convierten en números en los boletines de guerra a los que, día tras día, la gente parece acostumbrarse.

En 2015, en una Gaza ya marcada por el asedio, el poeta Refaat Alareer, quien siempre creyó en el poder de la palabra como forma de resistencia y sanación, quiso cambiar esta lógica con la enseñanza de la literatura, la poesía, y ayudando a muchos jóvenes de Gaza a través del poder de la escritura creativa. Junto con otros activistas, escritores y organizaciones, Refaat se comprometió a apoyar a We Are Not Numbers con el objetivo de devolver la dignidad de la narrativa a las víctimas y supervivientes de todos los crímenes israelíes en Gaza, desde el asedio hasta las numerosas guerras. A través de talleres de escritura, muchos jóvenes palestinos pudieron contar la historia de sus vidas, sus sueños, lo que habían perdido y la esperanza que les quedaba para afirmarse como seres humanos completos, más allá de las etiquetas y los números de las noticias.

Refaat Alareer murió en un bombardeo israelí el 6 de diciembre de 2023, junto a su hermano, su hermana y sus cuatro hijos. El último vídeo

que se conserva de este profesor, a quien le gustaba Shakespeare, había aprendido hebreo y tenía como objetivo de su misión, al contrario de sus amigos y estudiantes, la necesidad de rehumanizar a los israelíes, dura menos de un minuto.

Refaat está visiblemente angustiado y lucha por contener las lágrimas, pero es capaz de mantener la voz firme y clara cuando dice estas palabras: «Sabemos que la situación es desoladora, desesperada, sin salida. Si no hay agua, si no podemos salir de Gaza, ¿qué debemos hacer? ¿Arrojarnos todos al mar y ahogarnos? ¿Suicidarnos en masa? ¿Es eso lo que quiere Israel? Bueno, pues no lo haremos. El otro día les decía a algunos amigos: Soy profesor, probablemente el objeto más peligroso que tengo en casa es un rotulador. Pero si los israelíes nos invaden, si entran casa por casa para masacrarnos, usaré ese rotulador, se lo lanzaré, aunque sea lo último que haga en mi vida. Así nos sentimos todos, en un estado de impotencia absoluta, sin nada que perder». Unos días después, falleció. Tenía cuarenta y cuatro años.

Hoy podemos recordarlo, si difundimos, cada uno como pueda, lo que le sucede al pueblo palestino, porque el conocimiento es fundamental y la memoria es indispensable en cualquier proceso de curación, como nos enseña Gabor Maté.

Podemos recordarlo con un párrafo extraído del prefacio de un libro en el que Refaat recopiló las historias de muchos niños y niñas palestinos, y que se titula *Gaza Writes Back*. No *Strikes Back*, no *Fights Back*, sino *Writes Back*. Gaza responde escribiendo. También podemos reaccionar ante las atrocidades con el arma de un cuento o de un rotulador.

> *Gaza Writes Back* porque escribir historias ayuda a construir la identidad palestina y la unidad nacional. *Gaza Writes Back* porque hay una Palestina que necesita ser recuperada, al menos por escrito, en el estado actual. Gaza cuenta historias porque el arco narrativo de un cuento corto es suficiente para hablar de Palestina. Gaza narra para que la gente no olvide. Gaza responde porque el poder de la imaginación es una forma creativa de construir una nueva realidad. Gaza responde porque escribir es una obligación nacional, un deber con la humanidad y una responsabilidad moral.

A todos los palestinos, y no sólo a ellos, les gusta recordar a Refaat con cometas blancas, un homenaje a su poema «If I Must Die» (Si debo morir).

Si debo morir,
tú debes vivir
para contar
mi historia
para vender mis cosas
para comprar un poco de papel
y algo de cuerda,
para hacer una cometa
(hazla blanca con una larga cola)
para que un niño,
en algún lugar de Gaza,
que mire el cielo a los ojos
esperando a su padre que se fue en una llama
sin despedirse de nadie
ni siquiera de su propia carne
ni siquiera de sí mismo
vea la cometa, la
cometa mía que tú hiciste,
volar allá arriba
y piense por un momento
que un ángel está allí
trayendo el amor de vuelta.
Si debo morir,
haz que traiga esperanza,
¡haz que sea una historia!

Conclusión

El vicio de la esperanza

Camino con orgullo,
camino con la cabeza alta.
Llevo en la mano una rama de olivo,
y el cuerpo sobre mis hombros
y camino, y camino.
Mi corazón es una luna roja
mi corazón es un jardín
lleno de bayas y albahaca.
Mis labios son un cielo que destila,
a veces fuego,
a veces amor.
Llevo en la mano una rama de olivo
y el cuerpo sobre mis hombros
y camino, y camino.

SAMIH AL-QASIM

Cuando el mundo duerme, surgen los monstruos.

Ya tenemos muchos monstruos entre nosotros. En primer lugar, nuestra indiferencia.

Como dice Mariame Kaba, educadora y activista afroamericana, la esperanza es una disciplina. Y yo añadiría que la esperanza puede, y debe, convertirse también en una predisposición, un hábito, en algo que

consideramos indispensable y a lo que estamos tan apegados que no podemos prescindir de ello, más allá de toda lógica o razonamiento.

Aunque hacerlo no siempre es tan fácil como decirlo.

Febrero de 2025. Regresé a mi casa en Túnez, después de una experiencia difícil en Alemania. Entre el miedo a ser arrestada, tener que permanecer lejos de mi familia, quién sabe durante cuánto tiempo, y la conciencia de la gravedad de lo que estaba sucediendo en Europa, sentí una agitación interna que, creo, nunca antes había sentido. Era como si estuviera en un estado de estrés postraumático, y tal vez lo estaba. La verdad es que tenía los nervios a flor de piel, me enfadaba por todo, discutía con mis hijos, a quienes les levantaba la voz por tonterías. No era yo. Mi propia familia me miraba sin verme, sin reconocerme.

Entonces ocurrió algo muy extraño. Mientras mi marido se había llevado a los niños a dar un paseo y yo seguía dando vueltas por la casa como un león enjaulado, intentando recuperar la calma, un pequeño libro captó mi atención cuando pasé por delante de la estantería de mi dormitorio. *La paz está en tu interior*, del monje vietnamita Thich Nhat Hanh.

Sin darme cuenta siquiera, comencé a hojearlo y tuve una revelación, como si de repente esas páginas hubieran empezado a hablarme. Si lo leyeran muchos de mis amigos más cercanos probablemente no entenderían mi entusiasmo, dado que emplea un lenguaje tan simple y esencial que podría confundirse con un libro ligero. Pero para mí, esas palabras daban en el clavo, precisamente porque eran tan claras y me hablaban de algo que, en aquel momento, era imposible y necesario: la idea de recuperar *en mi interior* esa paz por la que lucho todos los días. Me recordaron que, ante todo, tú debes *ser* el cambio si quieres lograrlo, y que no puedes cambiar nada si no cambias tú mismo; que no puedes trabajar por la paz en el mundo si no tienes paz interior, si no eres un auténtico pacifista.

Es un concepto que me resulta bastante familiar e incluso querido, al menos en teoría. De hecho, al leer ese libro, recordé un discurso que di en 2023 con motivo de la Marcha por la Paz en Asís, a la que fui invitada por pacifistas, y dije más o menos esto: «Si no empezamos por nosotros mismos, ¿qué nos queda? La paz se construye con la paz, no pensando en la

guerra, por lo tanto, debemos cambiar el mundo en el que vivimos y en el que vemos las cosas. ¿Por qué a los niños se les enseña *conflict management* en lugar de *restoring peace*? ¿Por qué deben gestionarse los conflictos en lugar de evitarlos? ¿Qué le ha pasado a la diplomacia? ¿Dónde ha terminado?».

Pero traer la paz a nuestra vida cotidiana, hacer de esa esperanza nuestro vicio, es el mayor de los desafíos: y en esto –como explica muy bien el breve libro que providencialmente captó mi atención aquel día difícil– no hay ni puede haber distinción alguna entre nuestra actividad política y nuestro modo de vivir en este mundo.

Las palabras de Thich Nhat Hanh me hicieron reflexionar mucho. ¿Cómo eran los pasos con los que estaba pisando el suelo de mi sala de estar en aquel preciso momento? ¿Con cuánta rabia, con cuánta violencia golpeaba con mis pies la tierra que me sostenía? Por primera vez en muchos días, recordé mi práctica de yoga y respiré profundamente. Me dejé caer sobre el sofá, entorné los ojos un instante y luego retomé la lectura:

> Cuando vivía en Vietnam, gran parte de nuestras aldeas fueron bombardeadas. Junto con los hermanos y hermanas de mi comunidad monástica tuvimos que decidir qué hacer. ¿Deberíamos seguir practicando en nuestros monasterios o abandonar las salas de meditación para ayudar a las víctimas de los bombardeos? Después de considerarlo detenidamente, decidimos hacer ambas cosas: salir al exterior para ayudar a la gente y hacerlo a conciencia. Lo llamamos «budismo comprometido». La conciencia debe ser comprometida. Después de ver es preciso actuar. De lo contrario, ¿qué sentido tiene ver? Debemos tomar conciencia de los problemas que azotan el mundo. Entonces esta conciencia nos ayudará a comprender qué hacer y qué no hacer para ser útiles. Si nos concentramos en la respiración y no perdemos la sonrisa incluso en momentos difíciles, muchas personas, animales y plantas se beneficiarán de nuestras acciones. ¿Masajeas a nuestra madre tierra cada vez que la tocas con los pies? ¿Estás sembrando semillas de paz y alegría? Yo intento hacer esto con cada paso, y sé que la madre tierra lo agradece profundamente. La paz está en cada paso. ¿Estamos listos para continuar el viaje?

La paz es también atención plena (*mindfulness*): ser consciente de lo que haces en cada momento. Cuando comemos, cuando nos movemos, cuando pensamos, cuando estamos con nuestros hijos. ¿Cuántas veces perdemos la presencia en cada acción de nuestra jornada? ¿Cuántas veces corremos sin sentido o nos dejamos distraer por algo que parece más

importante que lo que estamos haciendo? Estas son las preguntas que me planteaba aquel librito, que me invitaba a concederme tiempo para respirar, sin jadear, y centraba mi atención en el aire que entraba y salía de mi cuerpo.

En ese momento, recordé una noche, hace unos años, en Roma, ciudad a la que había acudido para impartir una conferencia. En aquel periodo –diciembre de 2023–, el genocidio ya estaba en marcha, y cuando expresé mi miedo, dije:

–Algún día en Palestina habrá paz, pero ¿a qué precio? Me aterra lo que vendrá después, porque con todo lo que están sufriendo los palestinos en Gaza y Cisjordania no me atrevo a imaginar la violencia que podría desatarse contra los israelíes.

Un hombre del público levantó la mano, para pedir la palabra.

Era Wasim Dabash, profesor italo-palestino de Historia en la Universidad de La Sapienza, quien me respondió:

–No, no habrá violencia. Si todo eso se detiene, cuando se detenga, si no hay más violencia, no habrá otra violencia. Porque a los palestinos no nos incita la sed de venganza, sino la de justicia. Desde 1948 hasta hoy, hemos intentado, como hicimos antes, regresar a Palestina y vivir en paz. Y es evidente que ha habido reacciones contra la opresión, actos de resistencia, cuando el vaso estaba a punto de rebosar. Pero la mayoría de los palestinos nunca han participado en acciones violentas contra los israelíes. Para casi todos nosotros, ser religioso no significa ser intolerante, sino tener a Dios en nuestro interior, es decir, amar la vida, honrar tanto lo que queda como lo que se ha ido, como algo que es propio de esta vida, y no como algo por lo que uno quisiera morir.

Estas palabras fueron muy reveladoras para mí, porque me permitieron comprender que, incluso allí, en aquella conferencia, sin ni siquiera darme cuenta, había aplicado mi punto de vista occidental, habituada como estaba a pensar en términos de la ley del talión. Las palabras de ese sabio profesor, en cambio, me tranquilizaron y también me enseñaron algo importante sobre el significado de la esperanza.

Algo que espero haber sabido transmitir a quien ha leído este libro, y a quien invito a reflexionar acerca de que cada uno de nosotros puede convertirse en portavoz y portador de esa esperanza, y que, cada día, puede

aprender a adoptarla como una postura, como un vicio bueno del que ya no podemos prescindir.

Puedes ser periodista, panadero, abogado: no importa lo que hagas, sino *cómo* lo hagas, cómo te presentes. Porque, como escribe Thich Nhat Hanh, ¿qué sentido tiene ver si no se actúa?

Así que espero que quien lea estas páginas, ahora que ha conocido a las personas que me enseñaron a abrir los ojos, a ver con mayor claridad y a actuar por Palestina, se lleve consigo la idea de que puede ser una luz, siempre, en cada rincón de la Tierra.

FRANCESCA ALBANESE,
marzo de 2025

Agradecimientos

En la introducción de este libro expliqué que había elegido a diez personas como eje central de mis historias, porque de cada una de ellas había aprendido algo fundamental sobre Palestina. La primera es Hind; la segunda es Abu Hassan; la tercera es George; la cuarta es Alon; la quinta es Ingrid; la sexta es Ghassan; la séptima es Eyal; la octava es Malak; la novena es Gabor y la décima es Max, mi compañero de vida, con quien pisé Palestina por primera vez y de la que decidí irme tres años después. Pero Palestina es así: también puedes elegir marcharte, pero si has estado allí, la has visto y la has vivido, Palestina no te abandonará. Mi vida es una prueba de ello.

Al principio, cuando nos trasladamos a vivir a Jerusalén, Max y yo viajábamos mucho, nos desplazábamos constantemente con la intención de conocer esa tierra, y, paradójicamente, era como si no alcanzáramos a ver sus límites. Siguiendo los pasos de la Palestina histórica, en aquel periodo inicial estuvimos en Nazaret, visitamos Galilea, la zona de la costa de Haifa a Jaffa, y luego el sur, el desierto. Todo esto es, hoy, parte del Estado de Israel. Al recorrer aquella tierra aprendimos a familiarizarnos con sus heridas. Heridas evidentes, esculpidas en la piedra. Los domingos íbamos a caminar al bosque que rodea la ciudad, por las colinas que circundan Jerusalén; también ellas son, hoy, parte de Israel. El bosque bajo el que se halla el pueblo de Ein Karem, con sus casitas cuadradas de piedra emplazadas entre cítricos y jazmines. En aquellos paseos conocimos mejor a muchos amigos que nos acompañaron durante un largo periodo de nuestra vida. Y allí empezamos a comprender a qué se referían los palestinos cuando decían: «También aquí las piedras cuentan nuestra historia». Cuando caminábamos por el bosque, a menudo nos topábamos con casas en ruinas y escombros. Eran los restos de aldeas árabes que fueron despobladas y destruidas durante la Nakba de 1948, y sobre las que se plantaron alfombras de árboles. Muchos son un regalo de los judíos de la

diáspora al Estado de Israel, que se proyecta al mundo como un faro, una luz para todos los judíos.

Descubrimos aquella tierra poco a poco, y un tiempo después de mudarnos a Jerusalén Este, comenzaron las protestas en Sheikh Yarrah, exactamente en la zona donde vivíamos, sobre una colina, en una parte tan bonita como devastada de la ciudad. Pero todo Jerusalén Este está devastado, los palestinos pagan unos impuestos muy elevados y, a cambio, sólo reciben los servicios mínimos. La recogida de basura y la electricidad representan sólo el 13 % de lo que pagan; nosotros también pagábamos un impuesto municipal muy elevado. En los alrededores, y al otro lado de la calle, vivían muchas familias palestinas, como la de nuestro amigo George, y muchas de ellas fueron literalmente desalojadas de sus hogares ante nuestros propios ojos. Mientras tanto, llegaron los colonos, quienes, con el respaldo de organizaciones como Ateret Cohanim, la fundación Elad-Ir David y el Fondo de Tierras de Israel, emprendieron auténticas batallas legales contra los residentes palestinos. Presentaron a los tribunales israelíes títulos de propiedad de dudosa autenticidad que databan del Imperio otomano, y los tribunales los aceptaron, lo que permitió que se llevaran a cabo los desalojos de los palestinos, que, al no tener adónde ir, terminaron en las pequeñas casas construidas por la UNRWA, la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados, en tierras que, de 1949 a 1957, fueron administradas por los jordanos. Vimos escenas dramáticas: familias expulsadas, incluso en plena noche, por la policía, que arrojaba al exterior cocinas, mesas, camas. Algunos israelíes protestaron, pero fueron muy pocos. Los palestinos no querían meras protestas, sino acciones concretas, especialmente por parte de los judíos israelíes: aquellos que votan, que tienen derechos en Israel y no creen que protestar una vez por semana, con panderetas y pancartas en Sheikh Yarrah, sea suficiente. Esto es lo que los palestinos dijeron abiertamente cuando, en 2010, se negaron a unirse a aquellas protestas. De modo que nosotros también nos vimos envueltos en el fragor de las manifestaciones, en las que Max participó activamente (yo, no; mi trabajo en las Naciones Unidas me lo impidió). Y así fue como Max conoció a muchos pacifistas de Tel Aviv y como mantuvimos la amistad con algunos de ellos, aunque ahora resulta imposible volver a verlos.

Después de años de conocernos y de haber hablado de muchas cosas, fue allí, en Jerusalén, donde vi cómo emergía el espíritu político y

combativo de Max y cómo lo ponía en práctica. Reconozco que este aspecto de él me impresionó, porque puso en evidencia que era una persona que se entregaba a las cosas, con su refinada inteligencia, un intelectual íntegro, ante todo. Ante la injusticia era tan intolerante como yo; de hecho, solía acompañar a los israelíes de Ta'ayush –una organización que se ocupa de mediar entre colonos y palestinos en Cisjordania–, y ayudar físicamente a los palestinos en sus actividades cotidianas –como cultivar la tierra o pastorear animales– para protegerlos de los ataques, registrar cualquier abuso y actuar como elemento disuasorio de la violencia. A menudo, los viernes se unía a ellos o participaba en las protestas de Ni'lin y Bil'in. Un día volvió de visitar un olivar con una cesta llena de pelotas de goma negra. Nunca había visto nada igual: eran explosivos de gas lacrimógeno que el ejército israelí había lanzado contra los manifestantes. «Se acerca la Navidad.» «Adornaremos el árbol», me dijo con su habitual sarcasmo.

Max podría escribir un libro de los años que pasamos en Jerusalén, sobre su experiencia con el movimiento de resistencia pacífica israelí. Él veía en ese movimiento el germen de algo que estaba destinado a viajar durante un tiempo por dos vías separadas y paralelas: una para los palestinos y otra para los israelíes, las cuales aún tenían un trecho por recorrer antes de juntarse. Los israelíes deberían pagar un precio demasiado alto para poder acoger a los palestinos como un pueblo libre.

Recuerdo momentos maravillosos de la vida en Jerusalén. Teníamos muchos puntos de referencia en la ciudad: nuestro falafel favorito, la Educational Bookshop, donde Max conoció a George, y cuyos propietarios, todavía hoy, recuerdan a mi marido, porque celebraba reuniones *online* en el piso de arriba y, cuando hablaba, ¡sólo se oía su voz! Sin embargo, el periodo que vivimos en Jerusalén fue realmente duro para mí. Me costaba mucho vivir inmersa en el *apartheid*. Jerusalén, como el resto de Cisjordania, es una ciudad distópica.

Todas las veces que alguien venía a visitarnos, acabábamos por recorrer el calvario de la ocupación. ¿Adónde llevábamos a nuestros invitados? Sin duda no a Tel Aviv ni a Nazareth. No, los llevábamos a ver el epicentro de la ocupación: Jerusalén, la ciudad vieja y la parte aislada del muro; Belén, marcada por el muro; Hebrón, invadida por los colonos violentos, los beduinos desplazados de todas partes del valle del Jordán, y luego Nablús, Yenín, Tulkarem y el campamento de Balata. ¿Cuántos amigos y familiares

que vinieron a visitarnos cambiaron de opinión sobre Israel y Palestina? Algunos tenían opiniones bastante sólidas, eran firmes defensores de Israel y no tenían ninguna compasión por los palestinos, a los que consideraban alborotadores y «terroristas». Ninguno de ellos regresó a Italia con la misma opinión sobre Israel. Algunos de nuestros amigos tuvieron reacciones realmente descabelladas: «Pero ¿a mí qué me importa Hebrón? ¡No he venido aquí a ver a estos monstruos! ¿Por qué me lleváis donde están todos estos soldados? ¡Tengo miedo entre toda esta gente armada! ¡Tengo miedo! ¡Vosotros no estáis en vuestros cabales!».

Tras un par de escenas similares, decidimos reducir un poco el número de personas que llevábamos al centro neurálgico de la ocupación. Pese a ello, Max y yo seguimos visitando Palestina. Encontramos nuestros nichos de alivio, incluso entre los rincones de la colonización en curso. Por ejemplo, Sebastia, un pequeño pueblo encaramado a las colinas de Cisjordania, a pocos kilómetros de Nablús. Al llegar, aparece ante nuestros ojos un paisaje salpicado de columnas romanas, restos de templos, un anfiteatro escondido entre los olivos, una basílica cruzada, ahora, en ruinas, y, en el centro del pueblo, entre las casas de piedra, lo que según la tradición debería ser la tumba de Juan Bautista. Ese lugar mágico era nuestro refugio, con las ruinas romanas y la ciudad antigua en gran parte rehabilitada por una pareja italo-palestina de arquitectos, que la convirtió en la primera estructura de hospitalidad generalizada que Max y yo habíamos visto. Recuerdo la casa de invitados y la casita donde se impartían los cursos sobre mosaicos, emplazadas en el corazón del pequeño pueblo. Los residentes palestinos no podían hacer mucho, porque toda la zona estaba bajo control israelí, que no permitía ningún plan de desarrollo ni de rehabilitación, pero la parte del pueblo gestionada por los palestinos se había transformado en una red de casitas acogedoras, una vanguardia de la resistencia emprendedora. Allí hicimos nuestro último viaje, antes de marcharnos de Palestina. Estaba embarazada de cinco meses de Leila.

Ahora, cuando pienso en Sebastia, se me encoge el corazón, porque los israelíes la están destruyendo. También recuerdo la ofensiva israelí en la Franja de Gaza en 2014, en la que murieron dos mil personas, de las cuales más de quinientas eran niños. Estábamos en Washington. Pasé horas con Leila, a la que estrechaba contra mi pecho, mientras leía las noticias que llegaban de Gaza. ¡Cuántos colegas de la UNRWA asesinados, cuánta

destrucción! Parecía algo inimaginable. Y precisamente en aquellos días, Max fue quien me animó a aceptar la propuesta que mi excolega Lex Takkenberg llevaba dos años haciéndome: que escribiéramos juntos un nuevo libro sobre los refugiados palestinos. «No te preocupes –me dijo Max–. Si encuentras financiación, bien, y si no no importa. Céntrate en algo útil, que tenga un propósito, porque lo realmente importante es comprender la cuestión de los refugiados palestinos.»

Estaba hecha un mar de dudas, pero entonces me dije: «Sabes, voy a pensarlo. La verdad es que no sé escribir un libro, pero lo averiguaré, lo aprenderé».

Max me apoyó mucho durante aquel periodo y también mientras escribía el libro, cuando, con mi actitud algo obsesivo-compulsiva, no me sentía capaz de soltar a esta criatura que crecía junto a mis hijos, y que me quitaba tanto tiempo y espacio, una enorme cantidad de energía mental.

La mayor parte de este libro lo escribí entre Washington e Indonesia. Nuestros amigos bromeaban: «Es más fácil ver a Francesca sin sus hijas que sin su ordenador».

Reconozco que nunca se me ha dado demasiado bien establecer límites entre el trabajo y la vida privada, y las barreras se rompieron por completo cuando comencé mi mandato como Relatora Especial de la ONU en 2022.

Al principio fue realmente difícil compaginarlo con nuestra vida familiar. Hasta entonces, y a pesar de tener un trabajo exigente que me obligaba a viajar a menudo, siempre me había ocupado de los niños –desde la escuela a los pijamas–, de la casa y de nuestras tareas en común, de la compra a las vacaciones. De repente, ya no estaba en condiciones de ocuparme de mucho más que de mí misma.

El primer verano que pasamos en Sicilia me dediqué a preparar el informe sobre la autodeterminación, y me recluí a escribir en la terraza del Lido de los Cíclopes, mientras Max y los niños se bañaban y disfrutaban del cariño de familiares y amigos. El segundo verano fue parecido, con las entrevistas a los niños palestinos para mi informe sobre la infancia.

Y entonces llegó el 7 de octubre, que se llevó por delante el mundo tal como lo habíamos visto y vivido hasta entonces, así por completo y de repente. Por primera vez habíamos podido tomarnos tres días de vacaciones con los niños en un complejo turístico, cerca de Túnez, tras haber entregado mi informe sobre menores. Acababa de regresar de Londres, donde había

impartido una importante conferencia con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Edward Said (para la que habíamos elegido un cartel ilustrado por Malak Mattar, la misma artista que pintó el cuadro de la portada de este libro). Recuerdo aquella mañana escalofriante cuando nos despertaron las incesantes llamadas telefónicas que nos obligaron a levantarnos de la cama y tomar precipitadamente el mando a distancia para conectarnos a Al Jazeera. Delante del televisor, a las seis de la mañana, mientras intentábamos comprender qué había pasado, los dos nos quedamos sin palabras.

Pero ¿qué han hecho?, ¿a cuántas personas…?, ¿a cuántos niños han asesinado? De aquellas primeras horas recuerdo la conmoción generalizada ante la falta de una comprensión plena de lo que estaba sucediendo, el miedo por lo que era y por lo que podría ser, mis ruegos a Max para que sacara a los niños de la habitación. A las nueve de la mañana ya había recuperado el control de la situación, no paraba de hablar por teléfono y había comenzado a responder a las peticiones de los periodistas. Las primeras frases pronunciadas en aquellos días, que aún resuenan con fuerza en mi interior: «Espero que el mundo pueda acoger a israelíes y palestinos con espíritu de compasión y sentido común. Que ambos puedan encontrarse en este momento de profundo dolor y comprensión del trauma del otro». Lamentablemente nadie las acogió en el ámbito político.

Mientras tanto, Max y yo continuamos viviéndolo todo juntos, incluso lo relacionado con Palestina.

Durante este último año y medio –la época del genocidio–, Max cambió aún más, tomó las riendas de la familia y se convirtió en mi principal apoyo. Es cierto, al principio me soltaba alguna que otra pulla, como: «Mira, yo también tengo trabajo, ¿eh?» o «Al fin y al cabo, tú nunca estás», me decía cuando faltaba a la escuela de los niños, por ejemplo. Sin embargo, con el tiempo, cambió mucho. A veces se enfada porque trabajo demasiado, porque nunca le pongo límites a nada ni a nadie. Pero siempre me apoya. Incluso cuando piensa que mis tuits son demasiado provocativos. De hecho, siempre es Max quien me dice: «Adelante, adelante con los *zeppate*,[6] porque cuando eres brutalmente honesta la gente te quiere aún más».

Así que le agradezco su apoyo.

Y también le agradezco su trabajo de análisis económico y lo que ha escrito sobre Palestina. No me olvido de que, en uno de los últimos informes que mi predecesor, Michael Lynk, escribió para las Naciones Unidas en 2021, cuando ni siquiera sabía de mi existencia, criticó duramente al Banco Mundial por haber ayudado a normalizar la ocupación israelí. Añadió, sin embargo, que el único informe del Banco Mundial que valía la pena era el que analizaba los costos de la ocupación en Cisjordania para la economía palestina, el primero en el que Max había trabajado cuando en 2012 fue contratado por el Banco Mundial.

Gracias, Max, porque siempre estás lleno de ideas. Gracias por tu bondad y generosidad y porque, para mí, no tendría ningún sentido hablar de Palestina sin ti.

Gracias por las lágrimas que has recogido en estos últimos años y por las que me has ayudado a no derramar con tu fuerza e ironía incendiaria. Gracias por apoyarme en estos años difíciles, por animarme siempre a perseverar, incluso, ante el horror de la muerte que, aunque físicamente lejana, ha soplado opresivamente sobre nuestras vidas y ha atormentado nuestras noches a lo largo de varios meses. Gracias por las muchas veces que me has ayudado a transformar la tristeza y la rabia en determinación, por permitirme actuar con decisión y sin retroceder jamás. Te agradezco que me hayas ayudado a ver, comprender y a mostrar a los demás la naturaleza *mafiosa* del sistema contra el que luchamos juntos, con el fin de construir un presente del que no tengamos que avergonzarnos y para no destruir, o hipotecar aún más, el futuro de nuestros hijos y de otros niños, que no dejan de ser hijos.

Gracias también a todas las almas bondadosas que he conocido a lo largo de estos años, y que son demasiadas para nombrarlas a todas: las llevo conmigo. A mi equipo de incansables «constructores de paz»: Sara Troian, que se dedicó con cuerpo y alma a mi mandato durante dos años, los dos primeros, tan inciertos como cruciales. Te quiero, Sara, y me alegra saber que estás en otra parte haciendo cosas maravillosas. A mis colaboradoras más cercanas, sin las cuales mucho de lo que se ve afuera no sería posible: Melissa O'Donnell, un pilar para mí desde los meses funestos en los que comenzó el genocidio; Amal Loubani, cuya paciencia y amabilidad sólo son superadas por su tenacidad y dedicación al trabajo; y *last but not least* Teresa Rasella, que tiene todo lo que un ángel de la guarda puede tener. A

vosotras tres os digo que me faltan palabras de agradecimiento. Sólo sigamos adelante, el camino aún es largo.

A los investigadores, a mis colegas universitarios, especialmente a Nicola Perugini, de la Universidad de Edimburgo, quien, junto con Luigi Daniele, de la Universidad de Nottingham, es una especie de mago Merlín, una inspiración y un apoyo constantes.

Gracias a la sociedad civil palestina, bajo la ocupación y en la diáspora –son muchos, pero mi agradecimiento es para todos ellos–, y, en Israel, a Amos Goldberg e Itay Epshtain. Daniel Levy ya no está en Israel, pero para mí representa lo mejor de este país.

Agradezco a mi extensa familia de amigos, especialmente a los de Túnez, que me han apoyado tanto, a mí y a mis seres queridos, durante estos meses difíciles: Marija Maya Nikolić y Budimir Buda Milić, Iman Simon, Ahmed Shihab-Eldin, Vittoria Capresi, Stefano Cozzani, Manal Warde y los amigos tunecinos, valiosos defensores de los derechos humanos.

A todos aquellos que conocí en el camino y con los que comencé esta andadura, desde mi querida Ariana en adelante: mi madre Libera, mi hermano Giuseppe y mi hermana Lella. A mi madre mi más profundo agradecimiento por todo lo que me dio, por todas las pequeñas semillas que sembró en mí y por enseñarme a ser independiente, que es la base necesaria para alcanzar la libertad.

A mis hijos Leila y Giordano, con el asombro en el corazón, que es propio de mi experiencia como madre, pero no sin arrepentimiento por el peso que he puesto sobre sus pequeños hombros en los últimos años, llenos de ausencia y pesar provocado por el genocidio que no siempre he sido capaz de mantener encerrado en mi estudio. Y, por último, pero no menos importante, a Angela Lombardo, Marina Mercuriali, Marianna Loy, Adele Iannone y el Studio Littera, quienes ayudaron a traer al mundo a esta criatura que ahora tienes en tus manos y sin cuyas preguntas, consejos y paciente atención, este libro, tan querido para mí, nunca habría visto la luz.

Bibliografía

Hind

ASHLY, J., *Sheikh Jarrah: When my enemy is my neighbour*, Al Jazeera, 3 de octubre de 2016; aljazeera.com/news/2016/10/3/Sheikh-jarrah-when-my-enemy-is-my-neighbour

Defence for Children International, *Two year old Palestinian boy shot in head by Israeli forces dies in hospital*, 5 de junio de 2023; dci-palestine.org/two_year_old_palestinian_boy_shot_in_head_by_israel_forces_dies_in_hospital

Forensic Architecture, *The Killing of Hind Rajab*, 21 de junio de 2024; forensic-architecture.org/investigation/the-killing-of-hind-rajab

Informe de la relatora especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967, Francesca Albanese, UN Doc. A/78/545, 20 de octubre de *2023;* docs.un.org/en/A/78/545 (en inglés).

OCHA (Oficina de Naciones Unidas para la coordinación de asuntos humanitarios), *Displacement of Palestinian herders amid increasing settler violence*, 21 de septiembre de 2023; www.ochaopt.org/content/displacement-palestinian-herders-amid-increasing-settler-violence

OCHA, *Humanitarian situation update #275 Gaza Strip,* 26 de marzo de 2025; reliefweb.int/report/occupied-palestinian-territory/humanitarian-situation-update-275-gaza-strip

UNICEF, *How many children live in the State of Palestine?;* data.unicef.org/how-many/how-many-children-under-18-are-there-in-the-state-of-palestine

Para más información:

LYONS, J.*, Cold stone justice,* ABC News, 10 de febrero de 2024*;* www.abc.net.au/news/20140210/stone-cold-justice-promo/5245064

WACHSMANN, D., *Two kids a day, docufilm,* 2022

Abu Hassan

Amnistía Internacional, *Israel's apartheid against Palestinians: Cruel system of domination and crime against humanity*, 1 de febrero de 2022; www.amnesty.org/en/documents/mde15/5141/2022/en

«Arbitrary deprivation of liberty in the occupied Palestinian territory: the Palestinian experience behind and beyond bars», Informe de la Relatora Especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967», Francesca Albanese, UN Doc. A/HRC/53/59 (28 de agosto de 2023); docs.un.org/en/A/HRC/53/59 (en inglés).

Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (adoptado el 17 julio de 1998, entrado en vigor el 1 de julio de 2002), 2187 UNTS 3; treaties.un.org/doc/Treaties/1998/07/19980717%200633%20PM/volumen-2187-I-38544-English.pdf (en inglés).

OCHA, *Dignity denied: Life in the settlement area of Hebron city*, febrero de 2020; www.ochaopt.org/content/dignity-denied-life-settlement-area-hebron-city

OHCHR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos), *«Tragedy foretold and stain on our collective humanity»*: *Special Rapporteur warns of mass ethnic cleansing in the West Bank*, 18 de marzo de 2025; www.ohchr.org/en/pressreleases/2025/03/tragedy-foretold-and-stain-our-collective-humanity-special-rapporteur-warns

SAND, S., L'invenzione del popolo ebraico, Mimesis Edizioni, Udine, 2024.

«United Nations Standard Minimum Rules for the Treatment of Prisoners (las normas de Nelson Mandela)», Resolución adoptada por la Asamblea general el 17 de diciembre de 2015, UN Doc. A/RES/70/175; docs.un.org/en/A/RES/70/175 (en inglés).

WILES, R., *Remembering the Ibrahimi Mosque massacre*, Al Jazeera, 24 de febrero de 2014; www.aljazeera.com/gallery/2014/2/24/remembering-the-ibrahimi-mosque-massacre

Para más información:

THEROUX, L., *The settlers*, documentario, 2025; www.youtube.com/watch?v=DUeAqykYrGM

George

ALBANESE, F., TAKKENBERG, L., *Palestinian Refugees in International Law*, Oxford University Press, Oxford, 2020.

Asamblea General de las Naciones Unidas, «Resolution 181 (II) B: Future Constitution and government of Palestine», 29 de noviembre de 1947, UN Doc. A/RES/181(II), sección B; docs.un.org/en/A/RES/181(II) (en inglés y francés).

Corte Internacional de Justicia, *Parere consultivo sulle Conseguenze giuridiche della costruzione di un muro nel territorio palestinese occupato*, 2004;

www.icjcij.org/case/131?utm_source=chatgpt.com

Muna El-Kurd: *«You are stealing my House»*, vídeo publicado por UN Exhibits el 23 de noviembre de 2022; www.youtube.com/watch?app=desktop&v=SAEOVWSBzao

PARENZO, S., *Irruzione all'Educational Bookshop, libri confiscati e proprietari in manette*, «il manifesto», 11 de febrero de 2025; ilmanifesto.it/irruzione-alleducational-bookshop-libri-confiscati-e-proprietari-in-manette

Para más información:

East Jerusalem: Sharing our house with Israeli settlers in Sheikh Jarrah, vídeo publicado por *The Guardian* el 8 de junio de 2011; www.youtube.com/watch?v=ksnLom8OD9E&t=189s

Alon

Alianza Internacional para la memoria del Holocausto, *La definizione di antisemitismo dell'Alleanza internazionale per la memoria dell'Olocausto*, 26 de mayo de 2016; holocaustremembrance.com/resources/la.definizione-di-antisemitismo-dellalleanza-internazionale-per-la-memoria-dellolocaust

BARTOV, O., BROWNING, C. R., CAPLAN, J., DWORK, D., FELDMAN, D. *et al.,* «An open letter on the misuse of Holocaust memory», *The New York Review*, 20 de noviembre de 2023; www.nybooks.com/online/2023/11/20/an-open-letter-on-the-misuse-of-holocaust-memory

BLACKHAWK, N., *The Rediscovery of America. Native Peoples and the Unmaking of U.S. History*, Yale University Press, Londres, 2024.

«Combating glorification of Nazism, neo-Nazism and other practices that contribute to fuelling contemporary forms of racism, racial discrimination, xenophobia and related intolerance», Informe de la relatora especial sobre las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas vinculadas de intolerancia, E. Tendayi Achiume, UN Doc. A/77/512 (7 de octubre de 2022); docs.un.org/en/A/77/512 (en inglés).

Comisión Europea, *Definition of antisemitism*; commission.europa.eu/strategy-and-policy/policies/justice-and-fundamental-rights/combatting-discrimination/racism-and-xenophobia/combating-antisemitism/definition-antisemitism_en

Diritti umani in Palestina. La presentazione in Italia del primo rapporto della Relatrice speciale delle Nazioni Unite, Francesca Albanese, «Altreconomia», enero de 2023; altreconomia.it/prodotto/dossier-palestina

Informe de la relatora especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967, Francesca Albanese, UN Doc. A/77/356 (21 de septiembre de 2022); docs.un.org/en/A/77/356 (en inglés).

Jerusalem Declaration on Antisemitism; jerusalemdeclaration.org
OCHA, *Data on casualties*; www.ochaopt.org/data/casualties (última actualización abril de 2025).
ONU, Convención internacional sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial (adoptada el 21 diciembre de 1965, entrada en vigor el 4 de enero de 1969), 660 UNTS 195; volumen-660-I-9464-English.pdf (en inglés).
SERENI, C., *Il gioco dei regni*, Giunti, Florencia, 2022.
SHLAIM, A., *In defence of Francesca Albanese*, 17 de diciembre de 2022; static1.squarespace.com/static/57260f202eeb8180abc89d93/t/6514e875e5bca113a8a0ff6f/1695869046079/Avi+Shlaim+letter.pdf
—, *OomShmoom: Israel's battle against the United Nations*, «Jadaliyya», 7 de julio de 2023; www.jadaliyya.com/Details/45189/OomShmoomIsrael%E2%80%99sBattleagainsttheUnitedNations

Ingrid

«Anatomy of a genocide», Informe de la relatora especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967, Francesca Albanese, UN Doc. A/ HRC/55/73 (1 de julio de 2024); docs.un.org/en/A/HRC/55/73 (en inglés).
B'tselem, *A regime of Jewish supremacy from the Jordan River to the Mediterranean Sea: This is apartheid*, 12 de enero de 2021; www.btselem.org/publications/fulltext/202101_this_is_apartheid
Corte Internacional de Justicia, Consecuencias jurídicas para la permanencia de los Estados sudafricanos en Namibia (África Sudoccidental), pese a la resolución 276 (1970) del Consejo de Seguridad (opinión consultiva), 1971; www.icjcij.org/case/53
DHLAMINI B., *How Irish Dunnes Stores workers who fought against South African apartheid inspire radical Palestine solidarity*, «The New Arab», 28 de julio de 2023; www.newarab.com/opinion/boycottsturntideslessonsirishantiapartheid
«Genocide as colonial erasure», Informe de la relatora especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967, Francesca Albanese, UN Doc. A/79/384 (1 de octubre de 2024); docs.un.org/en/A/79/384 (en inglés).
Human Rights Watch, *A Threshold Crossed. Israeli Authorities and the Crimes of Apartheid and Persecution,* 27 de abril de 2021; www.hrw.org/report/2021/04/27/threshold-crossed/israeli-authorities-and-crimes-apartheid-and-persecution
ONU, Convención internacional sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial (adoptada el 21 diciembre de 1965, entrada en vigor el 4 de enero de 1969), 660 UNTS 195; volumen-660-I-9464-English.pdf (en inglés).

«*Stop the ethnic cleansing*»: *Watch Oscar speech of Palestinian, Israeli directors of No Other Land*, vídeo publicado por Democracy Now! el 3 de marzo de 2025; www.youtube.com/watch?v=kSvdSkanmIs

Yeshi Din, *The occupation of the West Bank and the crime of Apartheid: Legal Opinion*, 9 de julio de 2020; www.yesh-din.org/en/the-occupation-of-the-west-bank-and-the-crime-of-apartheid-legal-opinion

Para más información:

BADIL (Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights); badil.org

BDS (Boycott, Divestments, Sanctions); bdsmovement.net

DANIELE, L., PERUGINI, N., ALBANESE, F., *Humanitarian Camouflage Israel Rewrites the Laws of War to Legitimize Genocide in Gaza*, Instituto de Estudios Palestinos, noviembre de 2024.

LOEWENSTEIN, A., *Laboratorio Palestina. Come Israele esporta la tecnologia dell'occupazione in tutto il mondo*, Fazi Editore, Roma, 2024.

Ghassan

«*A Genocidal Project*»*: Dr. Ghassan Abu-Sittah on Israel's destruction of Gaza health system*, vídeo publicado por Democracy Now! el 20 de diciembre de 2024; www.youtube.com/watch?v=NZoQP3kOj2o

FIFDH 2025, *Crossed voices: Francesca Albanese and Dr. Ghassan Abu Sittah*, vídeo publicado por FIFDH Ginebra, 9 de marzo de 2025; www.youtube.com/watch?v=3tqydN3o0

Gaza surgeon Ghassan Abu Sitta responds to Biden's remarks on Palestinian death toll, vídeo publicado por Middle East Eye el 28 de octubre de 2023; www.youtube.com/watch?v=Vy0OtFBIneI

HORTON, R., «Offline. Israel-Gaza: what comes next?», *The Lancet*, noviembre de 2023; www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736(23)02398-X/fulltext

ICJP, *Dr Ghassan Abu Sittah vindicated as application by General Medical Council to suspend him from practicing is rejected*, 27 de agosto de 2024; www.icjpalestine.com/2024/08/27/dr-ghassan-abu-sittah-vindicated-as-application-by-general-medical-council-to-suspend-him-from-practicing-is-rejected

KELLY, A., OSMAN, H., JALLAD, F., «No rules': Gaza's doctors say they were tortured, beaten and humiliated in Israeli detention», *The Guardian*, 25 de febrero de 2025; www.theguardian.com/globaldevelopment/2025/feb/25/israel-gaza-doctors-surgeons-healthcare-detention-international-law

Médicos sin Fronteras, *Strikes, raids and incursions. Over a year of relentless attacks on healthcare in Palestine*, 7 de enero de 2025; www.msf.org/strikes-

raids-and-incursions-year-relentless-attacks-healthcare-palestine
Physicians for Human Rights, *Unlawfully detained, tortured and starved: the plight of Gaza's medical workers in Israeli custody*, febrero de 2025; www.phr.org.il/wpcontent/uploads/2025/02/6265_DetentionReport_Eng.pdf

Eyal

ALBANESE, F., *Germany tried to silence me, a UN official, for talking about Israel's Genocidal War in Gaza, «Zeteo»,* 19 de marzo de 2025; zeteo.com/p/germanytriedtosilencemeaun
—, TAKKENBERG, L., *Palestinian Refugees in International Law*, Oxford University Press, Oxford, 2020.
Erasing Palestinian life in Gaza: Israel's genocide exposed. Francesca Albanese & Eyal Weizman, vídeo publicado por Palestine Deep Dive el 18 de noviembre de 2024; www.youtube.com/watch?v=8Ouu_ABYJGo
Forensic Architecture, *A cartography of genocide. Israel's conduct in Gaza since october* 2023, 25 de octubre de 2024; forensicarchitecture.org/investigation/a-cartography-of-genocide
—, *Genocide in the Ixil triangle*, 1 de febrero de 2014; forensicarchitecture.org/investigation/environmentalviolenceandgenocideintheixiltriangle
—, *Restituting evidence. Genocide and reparations in German colonial Namibia*, 4 de noviembre de 2022; forensicarchitecture.org/investigation/restituting-evidence-genocide-and-reparations-in-german-colonial-namibia-phase-1
Francesca Albanese, *Eyal Weizman & more expose western complicity on Gaza genocide*, vídeo publicado por DiEM25 el 21 de febrero de 2025; www.youtube.com/watch?v=qwD890CleCk
Health Cluster-Occupied Palestinian Territory, *Unified health dashboard*; app.powerbi.com/view?r=eyJrIjoiODAxNTYzMDYtMjQ3YS00OTMzLTkxMWQtOTU1N WEwMzE5NTMwIiwidCI6ImY2MTBjMGI3LWJkMjQtNGIzOS04MTBiLTNkYzI4MGFmYjU5MCIsImMiOjh9 (última actualización 21 de abril de 2025).
Holocaust Encyclopedia, *How many people did the Nazis murder?*; encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/documenting-numbers-of-victims-of-the-holocaust-and-nazi-persecution
Informe de la relatora especial sobre la situación de los derechos humanos en el territorio palestino ocupado desde 1967, Francesca Albanese, UN Doc. A/77/356 (21 de septiembre de 2022); docs.un.org/en/A/77/356 (en inglés).
ONU, Convención para la prevención y la represión del delito de genocidio (aprobada con resolución de la Asamblea general de la ONU n. 260 A [III] del 9 diciembre de 1948, entrada en vigor el 12 enero de 1951);

www.un.org/en/genocideprevention/documents/atrocity-crimes/Doc.1_Convention%20on%20the%20Prevention%20and%20Punishment%20of%20the%20Crime%20 of%20Genocide.pdf (en inglés).
PAPPÉ, I., *La pulizia etnica della Palestina*, Fazi Editore, Roma, 2008.
ROY, S., *The Gaza Strip. The Political Economy of Dedevelopment*, Instituto de Estudios Palestinos, Washington, 2016.
WEIZMAN, E., *Spaziocidio. Israele e l'architettura come strumento di controllo*, Mondadori, Milán, 2022.

Para más información:

GOLDBERG, A., *Yes, it is genocide*, Medium, 18 de abril de 2024; thepalestineproject.medium.com/yes-it-is-genocide-634a07ea27d4
RAPAPORT, N., RICKETT, O., *Israeli historian produces vast database of war crimes in Gaza*, Middle East Eye, 6 de diciembre de 2024; www.middleeasteye.net/news/israelihistorian-produces-vast-database-war-crimes-gaza
SEGAL, R., *A textbook case of genocide*, «Jewish Currents», 13 de octubre de 2023; jewishcurrents.org/a-textbook-case-of-genocide

Malak

ALBANESE, F., TAKKENBERG, L., *Palestinian Refugees in International Law*, Oxford University Press, Oxford, 2020.
PAPPÉ, I., *La pulizia etnica della Palestina*, Fazi Editore, Roma, 2008.

Para más información:

ABULHAWA, S., *Ogni mattina a Jenin*, Feltrinelli, Milán, 2006.
ABU SITTA, S., *La mappa del mio ritorno. Memoria palestinese*, Edizioni Q, Roma, 2020.
KHALIDI, R., *Palestina. Cento anni di colonialismo, guerra e resistenza*, Laterza, Roma-Bari, 2025.
Palestine Land Society; plands.org

Gabor

BASHIR, B., GOLDBERG, A. (eds.), *Olocausto e Nakba. Narrazioni tra storia e trauma*, Zikkaron, Bolonia, 2023.
Dr. Gabor Maté: 7 impacts of trauma, vídeo publicado por Wholehearted el 10 de noviembre de 2022; www.youtube.com/watch?v=O5jmsJAClpw

Gabor Maté's life advice will leave you speechless, vídeo publicado por Motivation Mentors el 8 de enero de 2025; www.youtube.com/watch?v=fYOvUOPyOcA

MATÉ, G., *Il mito della normalità. Trauma, malattia e guarigione in una cultura tossica*, Astrolabio, Roma, 2023.

—, *The roots of healing*, podcast publicado en la plataforma Sounds True el 21 de marzo de 2017; resources.soundstrue.com/podcast/gabor-mate-the-roots-of-healing

Último vídeo de Refaat Alareer, compartido en Instagram por Mosab Abutoha el 7 de diciembre de 2023; www.instagram.com/reel/C0kLXvxoerW

Working with collective trauma: *Gabor Maté & Thomas Hübl,* vídeo publicado por Science and Nonduality el 15 de agosto de 2019; www.youtube.com/watch?v=FhlVIhjZj4k&t=476s

Para más información:

ALAREER, R., *If I Must Die. Poetry and Prose*, OR Books, Nueva York, 2024.

Notas

1. Alboroto en napolitano. *(N. de la T.)*

2. Organización internacional humanitaria, equivalente a la Cruz Roja en el ámbito musulmán, que simboliza neutralidad y protección en tiempos de conflicto y desastre, y que, junto con la Cruz Roja, tiene por objetivo proteger al personal humanitario y sanitario durante los conflictos armados. *(N. de la T.)*

3. Pañuelo tradicional de Oriente Medio y Arabia. *(N. de la T.)*

4. Prejuicios raciales. *(N. de la T.)*

5. Escudo humano. (*N. de la T.)*

6. En napolitano, sarcasmos, mordacidades. *(N. de la T.)*

